

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS • COLEGIO DE HISTORIA



LOS CIENTÍFICOS REBELDES DE LA ENAH. LA REDEFINICIÓN DE DOS
CIENCIAS EN LA POLÉMICA EN TORNO A LA ANTROPOLOGÍA
INDIGENISTA Y LA ARQUEOLOGÍA MONUMENTAL, 1964-1979.

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

Licenciada en Historia

presenta: **Natalia Yvette Leyte Mejía**

Asesora: Dra. Lourdes Beatriz Urías Horcasitas

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX., 2016.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mi mamá, a mi papá,
y a mi hermano.*

Agradecimientos

Este trabajo es resultado de un camino profesional iniciado varios años atrás en el que me acompañaron diversas personas e instituciones. Sin su apoyo, ideas, críticas, sugerencias y diálogos, sin su amistad y cariño, habría sido imposible recorrer un camino que resultó ser más largo y accidentado de lo esperado. Por su acompañamiento les deseo expresar mi agradecimiento con las siguientes líneas.

En primer lugar, agradezco a la Universidad Nacional Autónoma de México por brindarme la formación superior, por haber sido espacio de aprendizajes primordiales tanto en lo profesional como en lo personal, y un lugar en el cual conviví con gente admirable e hice entrañables amistades. Siguiendo en la línea de las instituciones, asimismo quiero agradecer a la asociación de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades, A.C. por confiar en mi proyecto y otorgarme una beca de vital importancia para la terminación de esta investigación.

Mi agradecimiento hacia Beatriz Urías Horcasitas siempre será escaso frente al significado de su presencia en esta etapa profesional y de vida. De su faceta como docente le agradezco el compromiso y dedicación que siempre puso en la enseñanza de la historia crítica del siglo XX en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras. Siempre estaré en deuda con ella por despertar en mí el interés en el estudio de los intelectuales, las ciencias sociales y sus nexos con el poder, así como por enseñarme a mirar el periodo desde otros espejos. Como directora de la presente investigación, le agradezco su interés en el tema, sus lecturas, pláticas, estimulantes preguntas y acertados comentarios que acompañaron con mucha paciencia todas las etapas de esta investigación. Sin todo lo anterior este trabajo no

sólo se vería disminuido, sino que probablemente no habría sido culminado. Pero sobre todo le agradezco nunca haber perdido la confianza en mí.

Un trabajo de esta naturaleza sólo adquiere valor y significado cuando es leído por otros por lo que también quiero agradecer a los sinodales que hicieron lectura y examen de las ideas que presento. Los comentarios de todos ellos enriquecieron la versión final de este trabajo, así como la preparación de su defensa. A Javier Rico Moreno y Rafael Guevara Fefer, a quienes tuve la fortuna de conocer como docentes además les agradezco por compartir pacientemente su saber conmigo. Las clases de Javier encauzaron mi atención al estudio de México contemporáneo, las de Rafael revelaron a las ciencias como un campo de estudio fértil y apasionante. A Mario Virgilio Santiago Jiménez también le agradezco su interés, disposición, apoyo y consejos. Finalmente, quiero agradecer a Andrés Medina Hernández por la afabilidad y generosidad con la que compartió su enorme saber en la materia desde nuestro primer encuentro. Su recibimiento del trabajo tiene un significado especial para mí al tratarse de la lectura y examen de un antropólogo que además fue un testigo privilegiado de la historia que narro y un especialista en la historia de la antropología. Sus acertados comentarios y críticas fueron fundamentales en la mejoría del escrito.

Otro hondo agradecimiento merece Guillermo Palacios y Olivares, por darme la oportunidad de colaborar dentro de sus proyectos académicos, con los que adquirir experiencias en el campo desde las entrañas mismas de la práctica, pero sobre todo por brindarme su amistad y apoyarme en todo momento.

Laura Rojas Hernández merece también una especial mención. Su acompañamiento ha cubierto casi todas las modalidades en que se puede ser acompañado. Ha estado ahí para

escuchar las dudas que acongojan en algunos momentos del camino y los descubrimientos que animan la búsqueda; ha sido generosa con sus lecturas, sugerencias, críticas y comentarios de los avances de la investigación, así como del escrito final; y ha sido un valioso soporte emocional de los últimos años de estas andanzas. Por su cariñoso acompañamiento estaré siempre agradecida.

A Gemma Libertad Guzmán Luna, Héctor Saúl Bravo Rosete e Israel García Solares les agradezco además de su invaluable amistad, la generosidad de leerme, criticarme y hacer sugerencias que indudablemente fortalecieron mi, a veces, titubeante andar.

Nada de esto habría sido posible sin el apoyo y cariño de mi familia. A mi madre y a mi padre, Carmina y Rubén, les agradezco por educarme con amor e inteligencia. Su esfuerzo para brindarme todo lo que he necesitado para ser yo ha sido monumental e incesante. A mi hermano Rubén le agradezco estar siempre ahí. Además de mi eterno agradecimiento, tienen todo mi amor. El mismo agradecimiento y reconocimiento va para la familia más grande. A mi abuelita Esperanza, a Elena, Arturo, Flora, Espe, Liliana, Ray, Raúl y Jaime, y a mis primos, les agradezco su amoroso apoyo.

Al consejo mayor, Julieta y Gemma, les agradezco todos los apapachos y consejos que con sumo amor me brindaron. Su existencia hizo que todo fuera más fácil. Mariana y su familia tienen mi agradecimiento por su generosidad y afecto. A mi prima Elenita, por su cariñosa compañía. Al otro consejo, Paulina, Laura, Alejandra y Daniela, y a todos los pochangas, Luis Adrián, Arturo, Óscar, Carlos y Gerardo, les agradezco estar conmigo desde siempre. A todas las mininas, gracias por ser un espacio de inspiración, motivación y

risas. En especial a Valeria, Bárbara, Franny, Miriam, Alejandra, Atsiri y Sol, quienes me brindaron su amistad desde el primer partido perdido.

A Daniel por estar ahí en el inicio, por haber prestado oídos a mis disquisiciones sobre las ciencias sociales y la ideología oficial del partido revolucionario, por creer en mí y por impulsarme a mejorar; a mis viejos amigos de la Facultad por acompañarme en los aprendizajes, a mis viejos nuevos amigos Carlos y Héctor por su interés en mis avances en la vida; a mis nuevos amigos de la aventura que se avecina, a Gustavo, Marcos, Andrea, Ania y Julián, por darme aliento en las últimas etapas.

A Israel, por aprender a trenzar mi cabello cuando una muñeca fracturada me aquejaba y tenderme siempre su apoyo incondicional. Gracias por el paciente, cariñoso, divertido y estoico acompañamiento.

Índice

Agradecimientos	5
Introducción	11
Capítulo 1. Los científicos rebeldes	31
1.1 Los Precursores.....	33
1.2 La generación de “Los Magníficos”	49
Capítulo 2. La antropología y el indio	59
2.1 La polémica.....	65
2.2 El programa rebelde.....	76
Capítulo 3. La arqueología y el monumento	86
3.1 El Modo de Producción Asiático y la metodología de la arqueología mexicana	91
3.2 Las dos épocas del Proyecto Cholula.....	102
Conclusiones	117
Hemerografía	127
Bibliografía	129

Introducción

A mediados de los años 60, un grupo de científicos sociales formados en su mayoría entre la década de los 50 y la de los 60 en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) cuestionaron la forma en que las tradiciones antropológica y arqueológica, predominantes en los espacios de enseñanza e investigación, procedían para conocer la realidad mexicana. Estos cuestionamientos se concentraron específicamente en dos tradiciones científicas: en la antropología indigenista que refiere a un conjunto de prácticas y saberes antropológicos que se construyeron a partir de la concepción del indígena en relación con lo nacional; y en la arqueología monumental que alude a la tradición arqueológica que se concentró en el estudio, liberación y reconstrucción de los monumentales edificios erigidos en la época prehispánica.

Las críticas que este conjunto de antropólogos y arqueólogos esgrimieron se manifestaron en un debate público académico que se extendió hasta finales de la década de los 70. En éste sus ideas se confrontaron con las de algunos de los antropólogos y arqueólogos inscritos en las tradiciones científicas impugnadas. En el centro de la polémica se encontraba el reconocimiento de que ambas tradiciones –la indigenista y la monumentalista– se habían forjado bajo la sombra de postulados nacionalistas que para la década de los 60 eran considerados errados, insuficientes y hasta contraproducentes para entender a la realidad mexicana. Cabe destacar que la lectura crítica hacia la antropología y la arqueología, no estaba lejos de ser acertada.

El proceso de institucionalización de la antropología y de la arqueología en México, ocurrido entre 1920 y 1940 estuvo estrechamente vinculado a los proyectos políticos y

culturales que, atravesados por una retórica nacionalista, acompañaron la consolidación del nuevo Estado surgido de la revolución de 1910. La relación fue recíproca. Las consecuencias del vínculo se vislumbraron tanto en la modalidad de los proyectos que articularon al nacionalismo posrevolucionario, como en la forma en que las ciencias antropológicas se configuraron a lo largo del siglo XX.

Las incursiones historiográficas recientes que inscriben la comprensión del desarrollo de las ciencias sociales en esta coyuntura política, coinciden al identificar el origen de esta relación en el proyecto de transformación y modernización de la sociedad mexicana perfilado por la élite política e intelectual que se dirigió principalmente a la población campesina, así como en su homologación con la problemática de la diversidad étnica.¹ Para Beatriz Urías, autora de una de estas incursiones, “la irrupción en el escenario nacional de grandes masas de población que habían participado en la revuelta hizo patente la urgencia de integrarlos dentro de un nuevo marco ideológico, político e institucional”.² En su interpretación, en el marco específico de la ideología revolucionaria,

...el sujeto que había sido el motor del proceso revolucionario debía ser objeto de un cambio sustancial a fin de poder integrarlo en una nueva sociedad de trabajadores-ciudadanos encuadrados dentro de un orden corporativo. Se pensó que esta transformación daría continuidad a los ideales de la lucha armada, pero se realizaría pacíficamente a través de la aplicación de medidas contempladas dentro de la reforma política e institucional que se había iniciado.³

¹ Se hace referencia a los trabajos de: Guillermo Palacios, “Intelectuales, poder revolucionario y ciencias sociales en México (1920-1940)”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 v., Madrid-Buenos Aires, Katz Editores, 2008, v. 2, p. 583-605; Beatriz Urías, *Historias secretas del racismo en México, 1920-1950*, México, Tusquets Editores, 2007; Guillermo Palacios, *La pluma y el arado: los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del "problema campesino" en México, 1932-1934*, México, El Colegio de México-CEH, CIDE-DEP, 1999; Henri Favre, *El indigenismo*, trad. Glenn Amado Gallardo Jordán, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

² Beatriz Urías, *op. cit.*, p. 15.

³ Beatriz Urías, *op. cit.*, p. 12-13.

Por otro lado, la interpretación de Guillermo Palacios agrega que esta necesidad de transformación de las masas campesinas y de su integración al nuevo orden nacional se fundamentó asimismo en el diagnóstico que se hizo de las comunidades agrarias, en el cual era evidente el deterioro de las poblaciones rurales y el cual incluyó “no sin conflictos conceptuales e ideológicos y sin una diferenciación muy clara, la cuestión indígena”.⁴ En resumen, tanto para Palacios como para Urías, en los ideólogos de la revolución se hizo patente la necesidad de crear “un hombre nuevo”. Para ello, continuando con el análisis de Urías, el proyecto de transformación articuló una revolución cultural que buscó modificar las conciencias de los ciudadanos mediante la educación y una “revolución antropológica” basada en el mestizaje y la depuración racial. Sobre lo segundo, fueron varias ciencias sociales las que contribuyeron a definir este proyecto. Específicamente, la antropología promovió una política indigenista de unidad racial. De ahí que la consolidación del nuevo Estado y su propósito de transformación de la sociedad mexicana, según la investigadora, estuvo acompañado de un replanteamiento en la manera de concebir al mundo indígena desde el indigenismo.⁵

El hecho de que la tarea de conocer las condiciones específicas del mundo agrario e indígena fuera asumida por la antropología, aunado a la necesidad de intervención del Estado en la reconfiguración del mundo indígena, tuvo como consecuencia la creación de una tradición antropológica de corte indigenista. En lo general, ésta se orientó a la homogeneización étnica y al mejoramiento de la situación económica y social de las poblaciones indígenas, y quedó vinculada a la agenda política de los gobiernos

⁴ Guillermo Palacios, “Intelectuales”, *op. cit.*, p. 586.

⁵ Beatriz Urías, “Las ciencias sociales en la encrucijada del poder: Manuel Gamio (1920-1940)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, v. 64, n. 3 (jul.-sept., 2002), p. 97.

posrevolucionarios que promovieron una ideología nacional que pretendía pacificar y modernizar a la población, homogeneizarla e institucionalizar a la revolución iniciada en 1910. El intelectual fundador de la articulación entre la antropología y los objetivos del Estado posrevolucionario fue el antropólogo Manuel Gamio, quien desde 1916 hizo un llamado a la intelectualidad mexicana para buscar en su seno –por igual indígena, que mestizo– su identidad. En la introducción a su célebre obra historiográfica *Forjando Patria* escribió: “Toca hoy a los revolucionarios de México empuñar el mazo y ceñir el mandil del forjador para hacer que surja del yunque milagroso la nueva patria hecha de hierro y bronce confundidos. Ahí está el hierro... Ahí está el bronce... ¡Batid hermanos!”.⁶

Durante los últimos años del gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) la relación entre la antropología y el Estado cambió radicalmente en sus formas y sentidos.⁷ Para Palacios, esta transformación estuvo fundamentalmente motivada por un cambio conceptual y de orientación en las políticas públicas dirigidas a las comunidades rurales. La idea de que el camino para la integración indocampesina al Estado-nación –por ende, para la anhelada estabilidad política– estaba en el cambio cultural, perdió poco a poco su vigencia y abrió paso a la apuesta en la reforma agraria y en los “mecanismos de organización gremial” (tales como la creación de la Confederación Nacional Campesina y el Departamento de Asuntos Agrarios del Partido de la Revolución Mexicana).⁸ Fue así como en la conceptualización del “problema campesino” ocurrió una ruptura en la que quedó separada la cuestión agraria de la indígena; “la vasta población campesina, ya culturalmente

⁶ Manuel Gamio, *Forjando Patria*, 2ª ed., México, Porrúa, 1960, p. 6.

⁷ Vid. Haydeé López Hernández, “De la gloria prehispánica al socialismo. Las políticas indigenistas del Cardenismo”, en *Cuicuilco*, n. 57 (mayo-agosto 2013), p. 47-74; y Guillermo Palacios, “Intelectuales”, *op. cit.*, p. 583-605.

⁸ Guillermo Palacios, “Intelectuales”, *op. cit.*, p. 597.

mestizada, debía ser organizada dentro del aparato estatal, mientras que a los indígenas habría que estudiarlos”.⁹

De esta forma, a partir de 1936 se crearon instituciones académicas para el estudio científico y objetivo (lejos de la administración pública) de la realidad de las poblaciones indígenas, con el fin de aportar a la dirigencia política la información necesaria para el tratamiento de los problemas que aquejaban a esa pequeña parte de la población mexicana. Así, en 1936 se fundó el Departamento de Asuntos Indígenas (DAI) después conocido como el Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas (DAAI); entre 1937 y 1939 se fundó el Instituto Politécnico Nacional (IPN), el cual albergó hasta 1942 al Departamento de Antropología (DA); en 1939 se creó el INAH, al que tres años después el DA se incorporó, convirtiéndose en la Escuela Nacional de Antropología, que para 1946 se conocería con la “H” al final (ENAH); en 1940, a partir de los acuerdos del “Primer Congreso Indigenista Interamericano” se creó el Instituto Indigenista Interamericano (III); el mismo año en el que también se creó El Colegio de México (COLMEX) con su Centro de Estudios Históricos (CEH). Todas estas instituciones quedaron insertas en la estructura del Estado, dependientes de su financiamiento y de su apoyo.

Siguiendo la interpretación de Palacios, el nuevo rumbo que tomó “el problema campesino” y la reclusión de científicos sociales en centros académicos, provocó que éstos perdieran el lugar de privilegio como diseñadores y ejecutores de políticas públicas medulares en la edificación del Estado-nación, quedando en una situación de subordinación a la agenda política, distantes de la militancia, al mismo tiempo que ganaban

⁹ Guillermo Palacios, “Intelectuales”, *op. cit.*, p. 596.

institucionalidad en su quehacer científico.¹⁰ Desde la interpretación de Haydeé López Hernández, especialista en la historia de la antropología mexicana, este giro, además de constituir la antesala para que la antropología asumiera la dirección sobre el tema, provocó que la imagen sobre los indígenas se redefiniera en términos de pobreza, marginación, abandono y estancamiento histórico.¹¹

Por otro lado, el cambio en las relaciones Estado-ciencia y el proceso de institucionalización y profesionalización de las ciencias antropológicas, también provocaron que la ENAH estrechara sus relaciones con instituciones extranjeras. En términos de financiamiento, planteamiento de proyectos y de recursos humanos, los vínculos con los organismos gubernamentales fueron reemplazados por los vínculos con instituciones académicas dentro del territorio mexicano, como el IPN, la UNAM, El COLMEX, el INAH o el Museo Nacional de Antropología, y con instituciones estadounidenses tales como la Universidad de Chicago, el Instituto Carnegie de Washington, el Instituto Smithsonian y la Fundación Rockefeller.¹²

Ya durante 1948, el gobierno de Miguel Alemán impulsó de nueva cuenta los proyectos de transformación de la realidad nacional que habían quedado fuera del desarrollismo industrial, a partir de su estudio científico. La creación del Instituto Nacional Indigenista (INI) en 1948, fue el primer paso en el intento por volver a vincular la labor antropológica con los instrumentos políticos encauzados a la solución de la problemática indígena. El segundo paso fue el apoyo que esta institución dio para la formación de una consistente ingeniería social que pudiera hacerse cargo de sus proyectos. A finales de 1950,

¹⁰ Guillermo Palacios, "Intelectuales", *op. cit.*, p. 597.

¹¹ Haydeé López Hernández, "De la Gloria", *op. cit.*, p. 51.

¹² Guillermo Palacios, "Relaciones académicas entre México y Estados Unidos, 1937-1945", en Alicia Azuela y Guillermo Palacios (coords.) en *La mirada mirada: transculturalidad e imaginarios del México revolucionario, 1910-1945*, El Colegio de México, UNAM, 2009, p. 205-214.

Alfonso Caso, director del recién creado INI, puso en marcha un convenio con la ENAH y el INAH con el propósito de crear dentro de la Escuela, a partir del primer semestre de 1951, la Sección de Antropología Social Aplicada. Ésta se encargaría de brindar cursos a los alumnos de últimos semestres de la carrera de etnología, para que éstos emprendieran labores en los centros coordinadores del INI. En el convenio se estipuló que el Instituto asumiría los costos de los salarios de los docentes, becas y viáticos para los alumnos interesados en dar solución a los problemas indígenas.¹³ Finalmente en 1954 se creó la especialidad en Antropología Social dentro del programa de la carrera de Etnología.

Este proceso de institucionalización de las ciencias antropológicas, además de contribuir en la cimentación de la ideología nacional, definió los enfoques teóricos, objetos de estudio, metodologías de trabajo y prácticas académicas y laborales de las disciplinas sociales antes citadas, que en los siguientes capítulos se revisarán de manera más extensa. La antropología indigenista, por ejemplo, concentró sus análisis en modelos teóricos que explicaran los tránsitos socioculturales entre sociedades tradicionales a urbanizadas, en los que se les dio preminencia a los aspectos culturales. En el caso de la arqueología, se privilegió la exploración de edificios monumentales de origen prehispánicos –tal como se hizo en las exploraciones en Cholula, Teotihuacán, o Chichén Itzá– por encima de zonas que incluyeran, por ejemplo, discretos complejos habitacionales.¹⁴ Esta fue la situación de

¹³ Rodolfo Coronado Ramírez, “Escuela Nacional de Antropología e Historia un Proyecto: Político Académico de Estado un conocimiento a su historia 1937 – 1981”, Tesis de licenciatura en Antropología Social, México, ENAH, [1993], p. 132.

¹⁴ En Haydeé López Hernández, “En busca del alma nacional: la construcción de la cultura madre en los estudios arqueológicos en México (1867-1942)”, tesis de doctorado en Filosofía de la Ciencia, México, UNAM, 2010, p. 91, “Monumentalismo” se refiere a la práctica de centrar la investigación en los centros ceremoniales, a expensas de otras áreas, concentrándose en las áreas más espectaculares, con el beneficio añadido de que su reconstrucción podría atraer al turismo. Para ver más sobre el tema *Vid.* Alba Mastache y Robert H. Cobeau, “La arqueología”, en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, 12 v., México, INAH, 1987-1988, v. 5, p. 39-65.

las ciencias antropológicas hasta que en la década de los 60 algunos científicos sociales cuestionaron a esta tradición nacionalista.

...

Como ya se ha apuntado antes, a mediados de la década de los 60, algunos rasgos de la antropología y la arqueología fueron cuestionados por algunos científicos sociales que recién se habían formado en la ENAH. Acerca de estos científicos y de sus ideas contestatarias versa la investigación que a continuación se presenta. De manera específica, se explorará la polémica en torno al indigenismo y al monumentalismo como la manifestación del interés de un grupo de científicos antropólogos por romper con unas tradiciones científicas ligadas a los proyectos ideológico-culturales del Estado posrevolucionario que hasta ese momento se erguían con notable hegemonía sobre otras. El objetivo de la presente investigación es pues, estudiar esta querrela científica a través del examen de la formación del grupo contestatario que adquiere fuerza y poder en el ámbito de las ciencias sociales, y del análisis de las ideas que atravesaron este proceso de impugnación y redefinición.

El argumento principal que se sustenta con esta investigación es que a estos científicos rebeldes, les preocupaba el estado de la antropología y arqueología que se desarrollaba en aquellos años en México, sobre todo, en función del compromiso político y social que a sus ojos debía dirigir el quehacer científico moderno. A través de una postura teórica y política marxista, estos científicos impugnaron los objetivos imperantes de la antropología y la arqueología, la manera en que estaban configurados sus objetos de estudio, las metodologías y modelos interpretativos que se seguían en las investigaciones y que se enseñaban en la ENAH, así como el papel que éstas ocupaban en la sociedad

contemporánea y la relación que guardaban con el Estado y los problemas nacionales. Así, cuestionaron por ejemplo que los objetos de estudio de la antropología estuviesen exclusivamente circunscritos a los grupos indígenas, y que además, éstos fueran concebidos como grupos culturales contrapuestos a la sociedad nacional, o que se elaboraran interpretaciones de acuerdo a modelos culturalistas o funcionalistas, y que se colaborara en la aplicación de las políticas indigenistas sustentadas en el discurso oficialista de la integración nacional.

Por otro lado, se sostiene que estas críticas estuvieron acompañadas de imaginativas propuestas para redireccionar los rumbos seguidos por el quehacer antropológico; propusieron una reconfiguración de los problemas y objetos de estudio tradicionales y la ampliación en los temas, apuntaron al materialismo histórico como modelo interpretativo por excelencia, plantearon una ética profesional en la que los fines de las ciencias antropológicas estuviesen dirigidos por el compromiso político y social para con las clases subalternas, y finalmente, determinaron que las disciplinas debían tener una relación independiente de la gestión pública pero comprometida con la resolución de los problemas nacionales –una vez que estos se definieran con la debida objetividad científica. Por lo anterior, la polémica implicó un amplio y alargado proceso de redefinición y reconfiguración de las ciencias antropológicas, el cual ha sido poco investigado, o en muchos casos, su estudio ha sido relegado a otras disciplinas, con sus respectivas propuestas y limitaciones, en la que sobresalen las reflexiones elaboradas por los propios antropólogos que desde diversos bandos fueron testigos presenciales de la querrela.

Un espacio privilegiado para el estudio de la ruptura entre la tradición nacionalista y la impugnadora son las revistas académicas que circularon en el medio intelectual durante

la querella. Si bien se podría argumentar que el acercamiento a las obras científicas, a las notas de campo, a los informes oficiales o las tesis son espacios propicios para conocer a detalle las ideas y la manera en que éstas son construidas por el científico, es importante destacar el valor de las fuentes periódicas puestas en un contexto de agitado debate, por un lado, y pensadas en relación a un problema histórico que privilegia el descubrimiento de redes y relaciones entre los diversos personajes, instituciones, ideas, así como los ámbitos de enunciación y recepción. Sobre el primer punto es significativo lo que al respecto enuncia la estudiosa Beatriz Sarlo:

...se piensa que la revista hace posible intervenciones exigidas por la coyuntura, mientras que los libros juegan habitualmente su destino en el mediano o el largo plazo. Desde esta perspectiva, “publiquemos una revista” quiere decir “hagamos política cultural”, cortemos con el discurso el nudo de un debate estético o ideológico. [...] Aunque luego la historia pueda desmentirlo, las revistas no se planean para alcanzar el reconocimiento futuro [...] sino para la escucha contemporánea.¹⁵

De ahí que el debate que nos interesa pueda ser seguido más claramente en las publicaciones académicas, aun cuando éstas no hayan sido expresamente creadas para dar soporte a las ideas relacionadas con la polémica que nos atañe, o incluso cuando éstas hayan “sobrevivido” la algidez del ambiente. Sin embargo, se debe tener presente que en el periodo emergieron distintos títulos como *Tlatoani*, *Nueva Antropología*, *Historia y sociedad*, *Antropología y Marxismo*. Y a este fenómeno se le debe guardar un espacio importante en el análisis. Sobre el segundo punto, en relación a las cuestiones que se consideran importantes en el estudio que se propone, se coincide con una perspectiva que

¹⁵ Beatriz Sarlo, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica” en *Cahiers du Centre de Recherche Interuniversitaire sur les Champs Culturels en Amérique Latine, Les discours culturels dans les revues latino-américaines (1940-1970)*, 2000, p. 9-15.

concede a las revistas como medios que permiten “reflexionar sobre los lazos de cultura, las redes y las comunidades académicas que las revistas generan, congregan, canalizan y revitalizan”.¹⁶ Esta consideración ya había sido vislumbrada por los autores Carlos García Mora y Andrés Medina Hernández, quienes elaboraron una labor importante entre 1980 y 1987 de recopilación de numerosos documentos relacionados con esta querrela.¹⁷

...

El periodo elegido para el estudio de esta polémica son los años entre 1964 y 1979. Ambas fechas fueron significativas para la historia del debate académico estudiado a partir de las revistas. En el año de 1964 fue inaugurado el Museo Nacional de Antropología (MNA), un proyecto cultural en el que se manifestaron las ideas del nacionalismo posrevolucionario en el cual los científicos antropólogos estuvieron plenamente involucrados.¹⁸ Incluso para el siguiente año, las especialidades antropológicas de la ENAH comenzaron a impartirse en la planta alta de uno de los dos edificios de este nuevo Museo. Sin embargo, al mismo tiempo, este proyecto fue la ante sala de los cuestionamientos hacia esas ideas y los vínculos entre la antropología y la élite política. Durante los siguientes años, estas posturas fueron expuestas en revistas y obras bibliográficas editadas por las nuevas generaciones de antropólogos, así como en revistas publicadas por las instituciones oficialistas que recuperaban estos textos para acompañarlos de otros con acuciantes críticas hacia las ideas contestatarias.

¹⁶ Aimer Granados, “Introducción” en Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: Redes, política, sociedad y cultura*, México, UAM-Cuajimalpa, Juan Pablos Editor, 2012, p.10.

¹⁷ Andrés Medina Hernández, y Carlos García Mora (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México. (Antología de una polémica)*, 2 v., México, UNAM, 1983-1986.

¹⁸ *Vid.* Andrés Medina Hernández, “Diez años decisivos [1960-1970]”, en Medina y García (eds.), *op. cit.*, v. 1, p. 31-34.

A partir de la década de los 70 el debate dio un viraje cuando algunos de los antropólogos críticos comenzaron a ocupar puestos directivos en algunas instituciones oficiales. Esta estrategia política de conciliación, por un lado, provocó la polarización de las posturas contestatarias, y por otro, transformó el discurso de la corriente oficialista hacia los cuestionamientos. La culminación de este proceso quedó manifestado en tres eventos sucedidos en los últimos años de la década de los 70: el primero, la publicación en 1978 de un suplemento especial del órgano de difusión del INI, *México Indígena*, con motivo de la conmemoración de la fundación del Instituto en el cual se recuperaron algunos de los textos críticos, ya no para criticarlos, sino para presentarlos como ideas que evidenciaban la pluralidad y dinamismo en las ciencias antropológicas; el segundo, la aparición de la revista *Antropología y marxismo* editada por jóvenes antropólogos; y el tercero, el traslado de la ENAH en 1979 a unas nuevas instalaciones ubicadas en la periferia de la ciudad.¹⁹

La delimitación temporal de la investigación parte de la periodización sustentada desde 1983 por los investigadores Carlos García Mora y Andrés Medina Hernández en la obra *La quiebra política en la antropología social en México. (Antología de una polémica)*.²⁰ Para ellos, las posturas críticas en la polémica en la antropología se consolidaron durante la década de los 60 (específicamente desde 1964) y se polarizaron durante el periodo de 1971-1976, a decir, durante los gobiernos de Gustavo Díaz Ordáz y Luis Echeverría Álvarez.²¹ El surgimiento de la polémica para Medina estuvo determinado por las condiciones económicas y políticas en las que se encontraba el país en la década de los 60: la crisis económica y política derivada de la política del desarrollo estabilizador, la

¹⁹ Varios autores, *INI 30 años después: Revisión Crítica. Número especial de aniversario, México Indígena*, 1978, 400 p.

²⁰ Medina y García (eds.), *op. cit.*

²¹ Carlos García Mora, "Presentación" en Medina y García (eds.), *op. cit.*, v. 1, p. 11-17.

erosión del discurso de “unidad nacional” iniciado durante el avilacamachismo a causa del surgimiento de los movimientos sindicales de 1959 y el ambiente intelectual influido por la revolución cubana y los movimientos anticolonialistas potencializaron la aparición de un sector crítico con respecto a las decisiones del Estado mexicano, sobre todo en el ámbito académico de las ciencias sociales.²²

Así, continuando con la interpretación de Medina, el discurso “marcadamente nacionalista, de inspiración vasconcelista” que el gobierno de López Mateos impulsó y el cual volvió a poner al indígena en el centro de los proyectos ideológicos, involucrando para ello a los antropólogos, fue severamente criticado durante el gobierno de Díaz Ordáz, quien además adoptó un abierto anti-intelectualismo. Al respecto escribió el investigador: “Así, antropología e indigenismo retornaron a sus breves espacios burocráticos, pero la convulsión provocada por las grandes tareas museográficas habría de tornarse en profunda inquietud que desembocaría en crítica acerva hacia los fines del decenio”.²³

Esta misma periodización ha sido utilizada en la monumental obra coordinada entre en 1988 por Carlos García Mora, *La antropología en México. Panorama histórico*, convirtiéndose así en una guía para las incursiones en la historia de las disciplinas antropológicas. Así, como se ha mencionado antes, el marco temporal de la investigación parte de esta periodización, sin embargo se ha considerado pertinente su ampliación hasta el año de 1979, una vez que para sus propósitos y metodología resultan significativas la expresión de la transformación del discurso de la corriente oficialista y la polarización de las posturas contestatarias; es decir la publicación del número especial con motivo de la conmemoración de la fundación del Instituto, “INI 30 años después: Revisión Crítica” en la

²² Andrés Medina, “10 años decisivos”, *op. cit.*, v. 1., p. 29-47.

²³ *Ibid*, p. 34.

revista *México Indígena* y del primer número de la revista *Antropología y marxismo*. Cabe mencionar que los antropólogos García Mora y Medina Hernández fueron principales promotores de esta última.

...

La primera tarea del trabajo, el escrutinio del grupo, se abordó mediante un ejercicio prosopográfico articulado por la postura que estos científicos tuvieron frente a la vertiente oficialista de las ciencias antropológicas durante la polémica. Cabe destacar dos aspectos en relación a la metodología seguida. Por un lado. Para el ejercicio se seleccionaron más de una decena de científicos antropólogos que hubieran expresado una postura contestataria a las corrientes tradicionales en las publicaciones periódicas que se determinaron como marco de estudio de la investigación. Posteriormente se compilaron y contrastaron los datos biográficos encontrados en bibliografía secundaria sobre las vidas y obras de los científicos seleccionados en función de los objetivos que la investigación buscaba. En ningún momento se consultaron los archivos personales de estos científicos, ni se realizaron entrevistas. Las fuentes fueron textos escritos para homenajes, biografías, notas necrológicas en publicaciones periódicas y entradas en diccionarios y enciclopedias. En ocasiones éstos se elaboraron a partir de testimonios orales y la mayoría de éstos fueron escritos por sus discípulos. Finalmente la selección de científicos se ordenó en tres categorías que permitieran un mejor entendimiento de la conformación del grupo.

Los objetivos fueron primero, dilucidar quiénes fueron los científicos que participaron en este proceso de crítica y redefinición de las ciencias antropológicas, comprender cómo se relacionaron e identificar qué elementos incorporaron a la nueva definición que proyectaron.

La segunda tarea se realizó en dos partes. La primera consistió en identificar los rasgos de la polémica, en especial, los espacios y modalidades de la querrela científica. La segunda, en hacer examen de las principales tesis contenidas en las críticas y las propuestas de redefinición. Es importante destacar que hay una deliberada preferencia a la voz del grupo contestatario y que esto significó en la mayoría de los casos, omitir la visión oficialista durante la crítica. La voz oficial es una gran ausente de la investigación. Por un lado se puede justificar esta decisión por los pocos espacios que se le han concedido a las voces disidentes, pero es indudable que el proceso de impugnación se comprendería mejor si se incluyera la postura durante estos años, de los científicos que representan a la tendencia oficialista. Ésta quedará como una tarea pendiente para otra investigación. Así mismo, se reitera que el principal marco de estudio de la polémica fueron las revistas académicas, otra deliberada decisión fundamentada en la riqueza de las revistas como fuente privilegiada de historias de intelectuales. Al no considerar las obras antropológicas de los científicos involucrados, limita los alcances de esta explicación, así pues, la consideración de la producción científica queda como una tercera sub investigación pendiente.

La relevancia de la polémica radica en que ésta muestra los cambios ocurridos en las teorías y metodologías de la antropología y la arqueología que se impulsó en México durante la segunda mitad del siglo XX, así como de la transformación de los espacios en las que éstas se enseñaban y se desarrollaban, por otro lado, la querrela da cuenta de cómo incidieron factores tales como la renovación del interés en el marxismo y la emergencia de interpretaciones hechas a través del materialismo histórico en las ciencias sociales, o los cambios ocurridos en la segunda mitad del siglo XX en la concepción de la problemática

indígena y en la historia de las culturas prehispánicas. Finalmente cabe señalar que los estudios sobre la historia de la antropología y arqueología en México se han orientado a dilucidar hasta dónde estas disciplinas han coadyuvado a cimentar la ideología nacional y cómo ésta ha intervenido en su desarrollo. Sin embargo, éstos han dejado de lado varios elementos prioritarios para la evaluación de dichos fenómenos en las últimas décadas del siglo XX, tales como: las implicaciones del declive del discurso nacionalista en las ciencias sociales, así como de las rupturas en las tradiciones antropológicas y arqueológicas con el discurso nacionalista; el papel de la ENAH en la reconfiguración de las ciencias antropológicas; las prácticas y costumbres intelectuales; así como el perfil ideológico de los antropólogos y arqueólogos. Sobre estos temas, esta tesis aporta algunas ideas.

...

La reflexión general del devenir de las disciplinas antropológicas y arqueológicas en México es una actividad relativamente reciente, desarrollada a partir de la mitad del siglo pasado desde una multiplicidad de enfoques y métodos.²⁴ Salta a la vista que tal ejercicio ha sido realizado predominantemente por los mismos antropólogos y arqueólogos. Como consecuencia, estas reflexiones son dirigidas por intenciones diversas que van desde la exaltación de las disciplinas como la *Historia de la arqueología en México* de Ignacio Bernal y las obras de Juan Comas;²⁵ la crítica, como la tesis de Manuel Gándara, los

²⁴ Algunas reflexiones sobre tal historiografía son: Haydé López Hernández, “Nación y ciencia. Reflexiones en torno a las historias de la arqueología mexicana durante la posrevolución” en Frida Gorbach y Carlos López Beltrán (eds.), *Saberes locales: ensayos sobre la historia de la ciencia en América Latina*, México, El Colegio de Michoacán, 2008, p. 83-110; Luis Vázquez León, “La historiografía antropológica contemporánea en México”, en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, 12 v., México, INAH, 1987-1988, v. 1, p. 139-212; Esteban Krotz, *El concepto crisis en la historiografía de las ciencias antropológicas*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1992; Esteban Krotz, “Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica”, en Carlos García Mora (coord.), *op. cit.*, v. 1, p. 113-138.

²⁵ Ignacio Bernal, *Historia de la arqueología en México*, México, Editorial Porrúa, 1979; Juan Comas, “Bosquejo histórico de la antropología en México”, en *Revista mexicana de estudios antropológicos*, n. 11

ensayos de Andrés Medina y de Aguirre Beltrán;²⁶ hasta la proyección de una reorganización administrativa de la antropología mexicana y de sus instituciones, propuesta por César Olivé.²⁷

Más allá de los objetivos de la literatura dedicada a este tema se pueden distinguir dos tendencias metodológicas. La primera, la menos abundante, se refiere a las “memorias institucionales” promovidas y editadas por la ENAH y el INAH con el fin de recuperar testimonios escritos en forma de ponencias de los antropólogos y arqueólogos formados o formadores en la ENAH en torno a momentos y temas significativos para la comunidad científica.²⁸ La segunda engloba a las heterogéneas aproximaciones que se han hecho desde la historia, antropología y filosofía, entre las cuales, se identifican diferentes enfoques principalmente en función de cómo los autores conciben sus objetos de estudio. La tradición “continuista”, por ejemplo, piensa a la ciencia como el resultado de una suma de logros continuos por lo que el relato de la historia de la antropología o arqueología, sólo puede ser la historia del desarrollo progresivo (y positivo) de una sucesión cronológica de proyectos y exploraciones acompañadas por los nombres de los científicos responsables de los logros y los títulos de sus obras.²⁹

(1950), p. 95-102 y Juan Comas, *La antropología física en México 1942-1959. Inventario programa de investigaciones*, México, UNAM, 1960.

²⁶ Manuel Gándara, *La arqueología oficial mexicana, causas y efectos*, México, INAH, 1992; Andrés Medina, “Tres puntos de referencia en el indigenismo mexicano contemporáneo”, en *Notas antropológicas*, México, UNAM, IIA, 1973, p. 19-30; Andrés Medina y Carlos García Mora (eds.), *op. cit.*; Andrés Medina (comp.), *¿Existe una antropología marxista?: escritos exploratorios*, México, UNAM, IIA, 1982; Aguirre Beltrán, Gonzalo, “La antropología social”, en *Las humanidades en México 1950-1975*, México, UNAM, 1978, p. 545-644.

²⁷ Julio César Olivé, *La antropología mexicana*, México, Colegio Mexicano de Antropólogos, 1981.

²⁸ INAH, *Cuatro décadas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, Ediciones Cuicuilco, 1982. (Colección Cuicuilco); Eyra Cárdenas Barahona (coord.), *50 años memoria de la ENAH*, México, INAH, 1993; Eyra Cárdenas Barahona (coord.), *60 años de la ENAH*, México, INAH-ENAH, 1998; Alejandro Villalobos Pérez (coord.), *ENAH: 70 años*, México, CONACYT, INAH, ENAH, 2011.

²⁹ *Vid.* Ignacio Bernal, *op. cit.*; Lorenzo Ochoa, *Quince años de la arqueología en la UNAM (1964-1978)*, México, UNAM, 1983; Eduardo Matos Moctezuma, *Las piedras negadas: de la Coatlicue al Templo Mayor*,

No fue sino hasta principio de la década de los setenta, que las investigaciones comenzaron a ubicar a la actividad científica en grupos sociales, con intereses políticos y económicos propios, con ideologías consecuentes con las condiciones históricas que impactaban en la sustancia teórica, técnica y metodológica de las disciplinas. Estas narraciones de tradición crítica y “externalista” no sólo concibieron rupturas en la tradición científica, sino que se preocuparon por estudiarlas.³⁰ Resulta importante resaltar que curiosamente los estudios historiográficos acerca de las disciplinas arqueológicas y antropológicas en México se nutrieron y fueron impulsados por las querellas en torno a la actividad política y profesional de la antropología y arqueología en México ocurrida a finales de la década de los sesenta del siglo XX. Por un lado, se intentaba comprender la coyuntura en que se encontraban las disciplinas, mientras que por el otro, se proponían soluciones y caminos que tales profesiones debían de seguir frente a un aparente momento de crisis y ruptura. Ambas proyecciones, una hacia el pasado y otra hacia el futuro, resultan convenientes para el estudioso de las ciencias porque proporcionan un rico campo de análisis de las ideas difundidas por los científicos sociales en cuestión.

...

México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998; Juan Comas, “Bosquejo histórico”, *op. cit.*; Juan Comas, *La antropología física*, *op. cit.*; Carlos García Mora (coord.), *op. cit.*

³⁰Vid. Ralph L. Beals, “Anthropology in Contemporary Mexico” en *IV International Congress of Mexican Studies*, Santa Mónica, University of California, 1973, p. 1-19; Luis Villoro, Los grandes momentos del indigenismo en México, 3ª ed., México, FCE, 1996; Ángel Palerm, *Historia de la etnología*, 3. v., México, INAH, CIS-INAH, 1974-1977; Luis Vázquez León, “La práctica de la antropología social durante el cardenismo”, en *Cuicuilco*, n. 5, 1ª época, (1981), p. 8-17; Héctor Díaz-Polanco, *Las teorías antropológicas*, 6 v., México, Línea, 1983; Marcela Lagarde y Daniel Cazés, “Tesis para el estudio histórico de a antropología mexicana” en *Foro universitario*, (enero 1983), p. 21-36; Rutsch, Mechthild, *El relativismo cultural*, México, Línea, 1984, 174 p.; Andrés Medina, *¿Existe una antropología marxista?*, *op. cit.*, Andrés Medina, “Tres puntos de referencia”, *op. cit.*; Josep R. Llobera, *La antropología como ciencia*, Barcelona, Anagrama, 1988; Cynthia Hewitt Alcántara, *Boundaries and paradigms: the anthropological study of rural life in postrevolutionary Mexico*, Leiden, Leiden University, 1982.

La tesis se presenta en dos partes. En la primera parte se examina el perfil de los científicos contestatarios y las redes intelectuales que tejieron con otros científicos e instituciones. En una suerte de biografía colectiva se analizan las características del grupo y se señalan los elementos que introdujeron a la polémica a partir de su formación intelectual y política. La segunda parte de la tesis está dedicada a la revisión de la polémica y de las propuestas que los científicos contestatarios sustentaron. El segundo capítulo corresponde a la polémica en torno a la antropología indigenista, mientras que el tercero alude a la arqueología monumentalista. Finalmente se presentan algunas conclusiones.

Capítulo 1. Los científicos rebeldes³¹

El *universo* de científicos rebeldes al que a continuación se alude, estuvo integrado por más de una decena de jóvenes formados en la ENAH que durante la segunda mitad de los 60 y la década de los 70 blandieron sus plumas, golpearon sus Remingtons e hicieron rodar sus mimeógrafos en contra de la tradición científica hegemónica que pervivía en los espacios de enseñanza e investigación de las ciencias antropológicas. La “terminología cósmica” con la que se les nombra no es exclusivamente retórica. El *universo*, leído como un concepto utilizado por las matemáticas y la estadística para nombrar a un conjunto de elementos que comparten algunas características en común, cuya designación se realiza por conveniencia del propio matemático o estadista, es ilustrativa de una de las principales características de estas fuerzas rebeldes: estos científicos sociales críticos no se organizaron como un grupo formal, constituido bajo estatutos que determinaran explícitamente sus objetivos e intereses. Sin embargo, similar a la forma en que las estrellas se encuentran desperdigadas en el cosmos y su observación es sistematizada mediante trazos imaginarios que las agrupan en constelaciones, la investigación propone una selección de científicos que manifestaron una postura crítica frente a la corriente antropológica oficialista.

La confección de este conjunto pretende ampliar y sistematizar el registro de voces que se encuentran dispersas en la literatura sobre el tema. Ésta, en la mayoría de los casos, ha dejado de lado el análisis de la participación de personajes de menos renombre o que no tuvieron un papel estelar en el proceso. Sin embargo, la consideración de estas posturas enriquece la discusión, una vez que se amplían las fuentes de las ideas y pensamientos, y se

³¹ El término se inspira en el de la obra: Carlos Illades Aguilar, *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México, 1968-1989*, México, Océano, 2012.

recuperan las conexiones de la comunidad científica para así tener más elementos con qué pensar el entorno en que estas ideas se produjeron y se difundieron. Más que un grupo de científicos hubo en esta coyuntura un conjunto de relaciones de amistad, académicas y filiales tejidas entre ellos; así como actitudes, preocupaciones, intereses, planteamientos y experiencias comunes; más aún, ámbitos, mecanismos y soportes materiales en los que se difundieron sus ideas. Es a esta constelación de elementos a la que se llama: *universo rebelde*.

Estos jóvenes se conocieron en la ENAH cuando impartían o atendían los cursos de las carreras de Etnología, Antropología Social, Arqueología y Lingüística, en su mayoría, entre la década de los 50 y la de los 60. Hacia los inicios de la querrela científica (1964-1979) sus edades oscilaron entre los 26 y los 52 años. Nacidos entre 1912 y 1942, la composición del grupo se caracterizó por una amplia gama generacional que permitió la convergencia de ideas y actitudes de al menos tres distintas generaciones.³² En una apuesta por organizar el *universo rebelde*, se percibe una lógica intrínseca al problema histórico que esta investigación aborda, y se reconocen tres subconjuntos en la estructura del *universo*. Al primero lo constituyeron los científicos de mayor edad, quienes fungieron como maestros

³² Para Wigberto Jiménez Moreno, una generación nueva aparece cada 13 años: Wigberto Jiménez Moreno, “Aportaciones de los antropólogos mexicanos formados en la década de los cuarenta” en INAH, *op. cit.*, p. 11-21. Por otro lado, en la tipología propuesta por Enrique Krauze para el entendimiento de la cultura mexicana del XX, esto significa que en el conjunto confluyeron tres generaciones; una minoría, perteneciente a la “Generación de 1929” (1906-1920) y una mayoría repartida entre la “Generación de Medio Siglo” (1921-1935) y la “Generación del 68” (1936-1950). En estos términos, el caso de la antropología provee elementos que ponen en entredicho el método generacional. Los “temples” crítico, cosmopolita y militante, confluyen en un grupo que rebasa los límites biológicos. Al mismo tiempo, esas características deben ser consideradas en el estudio de la historia de la ciencia. Con respecto a lo anterior, la lectura que el método generacional provee acerca del perfil de estos científicos deberá ser completada con la consideración de elementos inherentes a la lógica interna de las ciencias sociales, a la de la historia de la propia antropología y por supuesto, al problema específico que esta tesis propone: la ruptura con una tradición científica nacionalista. Por el otro lado, se parte del supuesto que la lógica interna de las ciencias está relacionada a su vez, con estos elementos generacionales. En conclusión, la relación entre la historia de la ciencia y la de las generaciones es una relación recíproca. Enrique Krauze, “Cuatro Estaciones de la cultura mexicana” en *Vuelta*, v. 5, n. 60 (nov. 1981), p. 27-42.

de la mayoría de los científicos más jóvenes, por lo que se les ha nombrado como “Los precursores”. El segundo, incluyó al grupo nuclear –de mayor popularidad– referido en la historiografía como Los Magníficos, junto con otros jóvenes antropólogos que se han ubicado bajo la categoría de “La generación de Los Magníficos”. El tercero refiere a algunos científicos discípulos de los Magníficos.

El objetivo del capítulo es hacer una descripción del *universo* rebelde; dilucidar quiénes fueron los científicos que participaron en el proceso de redefinición de la antropología en la segunda mitad del siglo XX; determinar cuál fue su papel en el *universo* rebelde e identificar qué elementos incorporaron a la nueva definición que proyectaron. En él se exploran las características que aglutinaron a los científicos en una postura de oposición frente a la antropología y la arqueología hegemónica; las relaciones tejidas entre ellos y en algunos casos con sus interlocutores; al mismo tiempo que se aluden los elementos que introdujeron a la causa. En suma, se buscará resolver porqué estos científicos sociales se alejan de la tradición nacionalista y por qué se suman a la contestataria.

1.1 Los Precursores

Ricardo Pozas Arciniega (1912-1993), Ángel Palerm Vich (1917-1980), Pedro Armillas García (1914-1984) y José Luis Lorenzo Bautista (1921-1996), etnólogos los dos primeros y arqueólogos los últimos, conformaron el bloque de científicos contestatarios de mayor edad. En el ámbito de los procesos sociocognitivos, es decir, los mecanismos de comunicación y aprendizaje del conocimiento, el grupo desempeñó un papel primordial en la introducción de ciertos elementos teórico-metodológicos y políticos que se encuentran

presentes en las propuestas esbozadas por el *universo* rebelde. En específico, aquellos relacionados con el marxismo, para el cual el grupo fungió, como una suerte de puente de pensamiento entre una tradición marxista ligada a la experiencia de la revolución soviética y mexicana, y otra resignificada por los movimientos de izquierda latinoamericanos de mediados del siglo XX.

De igual modo, además de su intervención directa en las polémicas, algunos de ellos tuvieron un papel destacado en la creación y dirección institucional de la antropología.³³ De ahí que en la representación que de ellos hicieron los demás sectores del *universo*, su lugar oscilara entre el de mentores, moderados y hasta cómplices de las prácticas oficialistas que censuraban. Sin embargo, cabe señalar que su participación en la construcción de estas instituciones de investigación y enseñanza antropológica estuvo ligada, entre otras cosas, a su postura disidente del oficialismo, como se verá en los siguientes apartados. No obstante la imagen que de ellos tuvieron los demás antropólogos y aunque ellos mismos no fungieran como vanguardia en el debate público, una vez analizadas sus características, trayectorias y obras a partir del problema de la redefinición de la antropología, cabe concluir que su pensamiento antropológico formó un precedente fundamental de la ruptura con la tradición antropológica hegemónica.

Nacidos en la primera veintena de años del siglo XX, su ubicación generacional parece dar pistas en sentido contrario a este pensamiento contestatario pues biológicamente los cuatro antropólogos correspondieron a la generación edificadora de las estructuras

³³ Como el de Ángel Palerm, sobre todo en la creación de programas de enseñanza fuera de la esfera pública u oficial. Él fue el encargado de crear los departamentos de antropología de la Universidad Iberoamericana y de la Universidad Autónoma Metropolitana, Luis Vázquez León, “Ángel Palerm y la institucionalización de la antropología social en México”, en *Alteridades*, v.8, n. 15 (enero-junio 1998), p. 167-184.

culturales asociadas a la institucionalización de la revolución mexicana.³⁴ Su formación profesional corrió en paralelo a los primeros años de vida de la ENAH, a la cual prontamente se adhirieron como profesores. Cabe recordar que a finales de los 30 y principios de los 40, dicha Escuela se erigió como parte de uno de los proyectos más representativos de los instrumentos de los que echó mano el nacionalismo revolucionario.³⁵ De hecho, a esta misma generación pertenecieron los reconocidos antropólogos de cuño nacionalista, Gonzalo Aguirre Beltrán (1908-1996) e Ignacio Bernal y García Pimentel (1910-1992), con quienes tuvieron una relación cercana, como fue el caso del primero y Ángel Palerm. Sin embargo, en la polémica que dirige esta investigación quedó claro que “los precursores” combatieron desde diferente bando al de sus contemporáneos.

La cláusula que Enrique Krauze anotó para el uso del método generacional en el estudio de la cultura mexicana del siglo XX anticipa una posible explicación al fenómeno: “Aparte de la edad, la extranjería puede introducir discordancia en el esquema. [...] Algunos escritores provincianos retrasaron su integración a la vida cultural de la Ciudad de México y su temple lo denota”.³⁶ Y es que todos, salvo Ricardo Pozas –quien se integró a la vida cultural de la ciudad de México hasta 1929 por ser natural del poblado de Amealco, Querétaro- compartieron la experiencia vital de haber salido exiliados de su natal España luego de la caída de la II República y el haberse asentado en territorio mexicano.³⁷

³⁴ Enrique Krauze, *op. cit.*, p. 27-42.

³⁵ *Cfr.* Luis Vázquez León, “La práctica”, *op. cit.*, p. 8-17.

³⁶ Enrique Krauze, “Cuatro estaciones”, *op. cit.*, p. 28.

³⁷ Fueron ocho los españoles que se refugiaron en México que estuvieron relacionados con el medio antropológico. Dos de ellos, ya con estudios profesionales completados en áreas afines a la antropología se integraron como catedráticos en la ENAH: Pedro Bosch Gimpera y Juan Comas. Mientras que los seis restantes lo hicieron sin estudios superiores: Pedro Armillas, Ángel Palerm, José Luis Lorenzo, Pedro Carrasco, Santiago Genovés Terrazaga y Esteva Fabregat.

En el caso específico de estos intelectuales, sin perder de vista que ninguno de los cuatro emprendió estudios antropológicos previos a su destierro, en la comprensión de la discordancia con el temple de sus coetáneos y su afinidad con generaciones más jóvenes se debe considerar además de la extranjería, el carácter político de su migración y con éste, su pensamiento político y las particularidades de su formación antropológica, así como las características del medio científico en el que se desarrollaron. Estos elementos son en suma los que explican su alejamiento de la tradición nacionalista y su aproximación a la corriente que buscaba romper con ésta, al mismo tiempo que en estos se encuentra información relevante para el entendimiento del proceso de redefinición de la antropología.³⁸

Acercas de la importancia de los anteriores elementos para explicar su distanciamiento de la tradición nacionalista se han elaborado dos hipótesis: la primera es que su postura política de izquierda permitió el aprendizaje y comunicación de ciertos recursos marxistas que acompañaba las propuestas de sus maestros antropólogos, promotores de éste como enfoque interpretativo, apartándolos así del funcionalismo culturalista norteamericano; la segunda es que la organización cerrada y jerárquica, así como el nacionalismo del medio académico acentuaron las actitudes xenófobas esbozadas hacia el grupo. Como consecuencia de esta situación, algunos de ellos se vieron motivados a realizar viajes al extranjero en donde el contacto con otros centros de investigación propició la ampliación del panorama teórico-metodológico, así como la necesidad de

³⁸ Desde 1996, el antropólogo Luis Vázquez León, en el Simposio Internacional dedicado a “Los científicos del exilio español en México” demostró cabalmente la imprecisión historiográfica y lo paradójico de hablar de “la influencia ejercida por los antropólogos sociales españoles en la antropología mexicana” en Luis Vázquez León, “Ángel Palerm”, *op. cit.*

formar centros de investigación y enseñanza independientes del INAH. Sobre estas hipótesis se ahondará en los párrafos siguientes.

Pensamiento político-académico

La visión política de los antropólogos precursores se ubicó en el confín del pensamiento de izquierda, perspectiva desde la cual manifestaron un malestar frente a la realidad social y una vocación explícita de intervención social y política. Ricardo Pozas, luego de su traslado a la ciudad, al término de su formación en la Escuela Normal de Maestros, en 1936, ya participaba en las Juventudes Comunistas y colaboraba “con las acciones del magisterio izquierdista en la época”.³⁹ En el caso de los exiliados, esta postura también antecedió a su formación como antropólogos y fue en términos generales, republicana y antifascista.⁴⁰ La Guerra Civil colocó a los mayores, Pedro Armillas y Ángel Palerm, en la disyuntiva de alistarse o no en ella. Ambos lo hicieron en los frentes republicanos, en los que incluso ambos fueron heridos de gravedad. A Pedro, formado en el seno de una familia monárquica y católica cuyos hermanos pelearon del lado franquista, la experiencia lo enfiló hacia una posición crítica frente al capitalismo. En 1935, a sus 21 años de edad se unió a la Federación de Estudiantes de Cataluña y en 1938 se afilió al Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC). En la conocida entrevista que María de la Soledad Alonso le realizó en 1979, relató:

³⁹ Incluso, parece ser que fue su inquietud por solucionar los problemas del campesino y del indígena, su principal motivo para ingresar a la ENAH en 1940. Luis Vázquez León, "Ricardo Pozas Arciniega" en Carlos García Mora (coord.), *op. cit.*, v. 11, p. 234.

⁴⁰ Para María de la Soledad Alonso y Marta Baranda, el pensamiento político de estos exiliados “por el solo hecho de haber tomado partido durante la Guerra Civil Española, independientemente de su edad y por lo tanto de su actividad en ella, se incluye en lo que llamaríamos liberales de izquierda. Abogan por la igualdad de derechos, por la libertad de pensamiento y por la justicia social.” María de la Soledad Alonso y Marta Baranda, *Palabras del exilio 3. Contribución a la historia de los Refugiados Españoles en México. Seis antropólogos mexicanos*, México, INAH, SEP, Librería Madero, 1984, p. 139.

Yo nunca fui muy activo políticamente, excepto en vísperas de la guerra, porque había que tomar partido y, básicamente, fui a la guerra en defensa de Cataluña, de su estatuto y de la República española como parte de ello [...] No tenía idea de lo que era la ideología, la vida de los obreros, de la clase obrera; la comencé a descubrir con los anarquistas [...] Pero intelectualmente, quizá porque básicamente soy conservador, gente de orden, era evidente que la guerra no se podía hacer dejando la ideología anarquista predominar, y me incliné más bien hacia los marxistas o, más bien, hacia los socialistas y comunistas, porque el marxismo lo aprendí después, lo que tengo de marxista lo aprendí de Kirchhoff en México. [...] Ya digo, yo fui a la guerra por la autonomía de Cataluña. [...] Al final de la guerra, la autonomía de Cataluña tenía muy poca importancia para mí, porque para entonces, como resultado de la guerra, había desarrollado una ideología antiimperialista y anticapitalista burguesa.⁴¹

Para Ángel, integrante del movimiento anarcosindicalista desde los 16 años de edad, la guerra incidió en su giro hacia la militancia en el Partido Comunista en España (PCE), al cual estuvo afiliado entre 1937 y 1945.⁴² En sus propias palabras también en 1979, declaró: “ideológicamente seguía siendo anarquista y nunca he dejado de serlo, es decir, casi temperamental. Me disgusta la burocracia, aborrezco cualquier forma de autoridad ocasional o jerárquica. [...] A mí me importaba la lucha obrera contra la empresa capitalista, o la lucha por el socialismo. Es lo que me importa, es lo que me sigue importando”.⁴³ Por último, el caso de José Luis Lorenzo, el más joven de todos, fue un tanto distinto. Pese a no haberse enlistado con los republicanos y que fue a causa de su padre, militante del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y funcionario durante el

⁴¹ Alonso y Baranda, *op. cit.*, p. 145.

⁴² *Ibid*, p. 141-143.

⁴³ *Ibid*, p. 142-143.

gobierno de la II República, que salió exiliado junto con su familia, su postura también fue concomitante al socialismo.

Una vez instalados en México, ninguno continuó su actividad política en términos partidistas, sin embargo, ésta los acompañó en su desarrollo profesional.⁴⁴ Al respecto, Palerm hizo la siguiente reflexión: “En México existen formas que te permiten actuar y mantenerte activo, que no son necesariamente políticas [...] puedes investigar, puedes publicar, puedes orientar a tus estudiantes o estudiar cierto tipo de problemas y no otros... puedes actuar dentro de tu comunidad de antropólogos, o dentro de la Universidad. Uno está activo ¿no?, pero no por los caminos de la organización política”.⁴⁵ Ricardo Pozas fue el primero en ingresar a la ENAH en 1938, como parte de la primera generación de matriculados. Fue al parecer él quien le habló a Armillas sobre la Escuela durante un banquete que los normalistas organizaron a los exiliados, mismo que cuatro años después se incorporó como estudiante y como profesor de topografía en la institución. Poco después ambos impartieron clases a Ángel y a José Luis, quienes en fechas posteriores a su desembarco en territorio nacional, entre 1941 y 1948, se incorporaron a la Escuela.

La visión política de “los Precursores” permitió una particular afinidad con los planteamientos de algunos de sus maestros que durante las décadas de los 30 y 40 incorporaron a la problemática antropológica “nuevas codificaciones” en las que estaban presentes “elementos simbólicos e ideológicos originados en la experiencia revolucionaria

⁴⁴ Ángel Palerm, todavía participó en el Comité Nacional de las Juventudes Socialistas Unificadas, un órgano representante del Partido Comunista Español, hasta 1945, cuando decepcionado de la Rusia revolucionaria cortó toda actividad política del estilo. Alonso y Baranda, *Idem*.

⁴⁵ *Ibid*, p. 143-144.

rusa o directamente en lecturas de la teoría marxista.”⁴⁶ Estos intelectuales fueron Miguel Othón de Mendizábal (1890-1945) y Paul Kirchhoff Wentrup (1900-1972) en el campo de la etnología y el prehistoriador Vere Gordon Childe (1892-1957) en el de la arqueología. Los primeros dos, entre 1937 y 1938, participaron en la fundación del Departamento de Antropología (DA), antecedente remoto de la ENAH, a lado de Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985) y Daniel Rubín de la Borbolla (1903-1990). En ésta impartieron cursos y seminarios.⁴⁷ Aun cuando el socialista Vere Gordon Childe de origen australiano, nunca pisó suelo nacional, su obra fue bien conocida entre los alumnos de la Escuela. Su propuesta fue descubierta por Pedro Armillas en 1949 cuando realizaba una estancia en Nueva York. A su regreso promovió su estudio con sus alumnos, entre ellos, José Luis Lorenzo, quien en 1958, fue alumno de Childe.

El caso de Othón de Mendizábal es el más notable de los tres por ser un actor principal en la “revolución antropológica” que Beatriz Urías ya ha estudiado a profundidad.⁴⁸ Incluso su figura fue retomada por las siguientes generaciones de estudiantes de las carreras antropológicas como la de padre fundador de la antropología marxista en México.⁴⁹ Sus escritos plagados de las categorías de análisis del materialismo histórico reforzaron esta idea. Un ejemplo es el ensayo “El socialismo y la educación” difundido en

⁴⁶ Palacios, *La pluma, op. cit.*, p. 78. Palacios se refiere a codificaciones elaboradas por intelectuales pedagogos en la representación del problema campesino pero podemos hacerlo extensivo a los antropólogos; la cuestión campesina y la indígena se encontraban mezcladas. *Vid.* Palacios, “Intelectuales”, *op. cit.*

⁴⁷ En 1937 se conformó el Departamento de Antropología como parte de la Escuela de Biología de la Universidad Obrera de México (UOM), un proyecto lombardista en cuya fundación participó Miguel Othón de Mendizábal. En 1938, ésta se integró a la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas (ENCB) del recién creado Instituto Politécnico Nacional (IPN) en cuya creación, también participó Othón de Mendizábal. Hasta su escisión definitiva del IPN, en 1942, cuando se constituyó como Escuela Nacional de Antropología (ENA). Coronado, *op. cit.*, p. 40.

⁴⁸ Urías, *Historias secretas, op. cit.* p. 15-37.

⁴⁹ La escasa historiografía existente los identifica como proemios de la antropología marxista en México, Andrés Medina, *Recuentos y Figuraciones: Ensayos de antropología mexicana*, México, UNAM, 1996, p. 125-173; García Mora (coord.), *op. cit.*, v. 11, p. 247-253. En 1960 se formó un grupo de estudios marxistas que llevó como nombre “Miguel Othón de Mendizábal”, coloquialmente conocido como “MOM”.

1935 en la revista *Crisol*, publicado por el Bloque de Obreros Revolucionarios de México, a la que Miguel Othón de Mendizábal perteneció.⁵⁰ Éste comenzaba con la categórica declaración: “El socialismo es la meta, la estación terminal a la que tendrían que arribar todas las sociedades de estructura capitalista, impulsadas por el motor universal del desarrollo dialéctico de la historia: *la lucha de clases*”.⁵¹

Para la década de los 30y 40 la influencia de la teoría marxista en la reflexión en torno a los problemas nacionales introdujo nuevos recursos a la reflexión sobre el quehacer antropológico. De manera general, al conocimiento científico se le asoció con la resolución de los problemas sociales. Esta relación al revestirse de una codificación marxista, revelaba al conocimiento objetivo de los problemas como un “ineludible requisito previo para la verdadera transformación económica, social, cultural y política de la nación”.⁵² Así, la ciencia debía tener un fin aplicado en la resolución de los problemas específicamente del proletariado –incluidos en él, los indígenas- y el científico adquiriría una responsabilidad revolucionaria. En el mismo texto antes referido, se apuntaba: “En los momentos críticos de transición política y social, juegan un papel de importancia que no es prudente desconocer, las llamadas clases medias de la sociedad, particularmente los funcionarios, empleados, técnicos, intelectuales y profesionistas.” Las cuales, afiliadas,

firme y sinceramente al proletariado obrero y campesino y a las clases pobres más duramente oprimidas por la estructura actual de la sociedad, contribuirán a

⁵⁰ Urías, *Historias secretas, op cit.*, p. 33-34.

⁵¹ Miguel Othón de Mendizábal, “El socialismo y la Educación” en *Obras completas*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1935, v. IV, p. 377. Más adelante se preguntaba retóricamente el autor “¿Por qué el socialismo es la meta inevitable de las sociedades capitalistas?”, a lo que respondía con una síntesis de las formulaciones básicas de la interpretación marxista de la historia, seguida de una caracterización general del socialismo, la descripción imaginativa de esa nueva sociedad futura sin clases, para finalizar con un breve panorama de la situación de la lucha de clases en México.

⁵² Miguel Othón de Mendizábal, “La producción rural” en Othón, *op. cit.*, p. 271.

acelerar el proceso inevitable y entrarán, codo con codo, con los trabajadores manuales, a estructurar, de acuerdo con sus capacidades y su preparación técnica, administrativa o cultural, la sociedad sin clases del futuro.⁵³

Específicamente a la etnología le correspondía resolver los problemas relacionados con la población indígena, “los más genuinos descendientes de los antiguos dueños del país, tan próximos y tan distantes de nosotros en el espacio y en el tiempo”.⁵⁴ En otro escrito, Othón de Mendizábal esbozaba el propósito de esta ciencia: “La función del etnólogo mexicano tiene que ser rápida y concreta. Sin negar su contribución, grande o pequeña, a la ciencia universal, su misión principal será la de explorar las más urgentes necesidades de los grupos indígenas y plantear los medios prácticos para satisfacerlas.” En esta noción se privilegiaba lo local sobre lo universal, así como la eficiencia sobre la profundidad y la especialización. Aunque en algunos textos se reconoció una diversidad de condiciones entre los diferentes grupos indígenas dispersos en el territorio de la república, se le dio prioridad a la identificación y resolución de los problemas básicos, comunes a todas las etnias. Por el otro lado, como se ha apuntado anteriormente, el factor económico cobró relevancia en la determinación de estos problemas. La reflexión en torno a éste se limitó a considerar el atraso en las técnicas de producción de los grupos indígenas y a su posición marginal en el mercado asociada a la inexistencia de medios para transportar sus productos. Problemas que propusieron resolver mediante la difusión de técnicas modernas de producción (escuelas) y su integración al mercado (créditos agrícolas y medios de comunicación y transporte modernos).

⁵³ Miguel Othón de Mendizábal, “El socialismo” en Othón, *op. cit.*, p. 382.

⁵⁴ Miguel Othón de Mendizábal, “Esbozos etnográficos” en Othón, *op. cit.*, p. 159.

De una vez se debe decir que el uso del léxico marxista no implicó la configuración de una seria propuesta de interpretación científica desde el materialismo histórico, ni filosófica, ni políticamente y por ende tampoco significó una ruptura frontal con el indigenismo culturalista. Es más preciso afirmar que éste, a través de la antropología, se nutrió de la codificación marxista que durante el periodo de 1920 y 1940 estuvo en boga en la ingeniería intelectual que contribuyó en el proyecto ideológico posrevolucionario. Estudiosos como Henri Favre y Carlos Illades encontraron la explicación a estas limitaciones en la revolución mexicana, la reforma agraria que acarreó y la fuerte influencia que la Komintern tuvo en la izquierda mexicana durante ese periodo. Al respecto, Illades señaló, “Con escasa autonomía ideológica y teórica con respecto de la Komintern, el marxismo mexicano fue poco fértil en su origen, esto, aunado a la gran sombra que la Revolución Mexicana proyectó sobre cualquier proyecto revolucionario, le generó una complicación adicional.”⁵⁵

Al mismo tiempo que en los escritos de estos intelectuales adheridos al socialismo se incluyó al indígena como parte del proletariado, se destacó su carácter particular fundamentado, sobre todo, en cuestiones culturales. A los grupos indígenas se les continuó representando como entidades aisladas cultural y geográficamente de los centros de la vida moderna, ubicados “A treinta minutos de avión o treinta días de fatigosa marcha por abruptos senderos, a través de selvas impenetrables, de ríos caudalosos, ásperas montañas, páramos o pantanos, coetáneos nuestros, distanciados por milenios de evolución intelectual

⁵⁵ Carlos Illades, *Las otras ideas: estudio sobre el primer socialismo en México, 1850-1935*, México, Ediciones Era, Universidad Autónoma Metropolitana, 2008, p. 274.

y tecnológica”.⁵⁶ Por lo tanto, para los maestros de “los precursores”, la función del antropólogo debía ser:

...valga el término, una avanzada de los ingenieros que construirán los caminos que nos conecten con las regiones aisladoras, que perforen pozos para proporcionar a los sedientes aguas potables, construyan pequeños sistemas de riego que beneficien sus terrenos erizados o drenen los pantanos insalubres; de las brigadas sanitarias, de los organizadores de cooperativas de consumo y de venta en común [...] Así, México seguirá cumpliendo, con plena conciencia, su misión histórica de crisol ardiente de razas y culturas.⁵⁷

Xenofobia selectiva

A principios de la década de los 50, una vez concluidos sus estudios en la ENAH, algunos de “los precursores” tuvieron dificultades para integrarse al medio profesional. Éstas fluctuaron entre el conocido vituperio hispanofóbico manifestado en la prensa, el desempleo, la oposición entre sus pares a su participación en ciertos proyectos y la restricción de su acceso a cargos directivos y administrativos en las instituciones públicas que en ese entonces concentraban la práctica antropológica; el INAH, INI e III.⁵⁸

Seis antropólogos naturalizados de origen español hicieron amplio recuento del fenómeno en las entrevistas que les realizaron en 1979-1980.⁵⁹ En el análisis que las acompaña, Alonso y Baranda hicieron énfasis en el efecto que la política económica ruizcortinista de reducción en el gasto público tuvo en la inestabilidad laboral de estos antropólogos pues para las autoras “ante el problema del desempleo era natural que se viera

⁵⁶ Othón de Mendizábal, “Esbozos etnográficos”, *op. cit.*, p. 159.

⁵⁷ *Ibid*, p. 160.

⁵⁸ Aunque éste último tuviera una justificación jurídica en la aplicación del Art. 30. de la Ley de Extranjería de 1934.

⁵⁹ Además de Armillas, Palerm y Lorenzo, se cuenta con el testimonio de Juan Comas Camps, Pedro Carrasco y Santiago Genovés Tarazaga. Alonso y Baranda, *op. cit.*, p. 103-112.

con recelo a aquellos extranjeros o refugiados que tenían o solicitaban trabajo en esos momentos”.⁶⁰ Más allá de la política económica coyuntural, en otro análisis, Luis Vázquez León coincidió en que las reacciones xenófobas de los antropólogos mexicanos hacia sus pares extranjeros han sido una práctica común y que en ella subyace, entre otras cosas, una imputación hacia los extranjeros “de ser incapaces de experimentar el sentimiento nacionalista de preservación de nuestro glorioso pasado antiguo (y, ligado a él, una herencia indígena constitutiva de la nacionalidad mexicana), precisamente por ser de origen forastero”, tratándose así de “un conflicto étnico-político (pero socialmente competitivo)”.⁶¹

Esta lectura resulta útil para entender, por ejemplo, las reacciones entre el personal del INAH y de la prensa cuando en 1949 Pedro Armillas fue designado para representar a México en el XXIX Congreso de Americanistas, o la oposición manifestada por la arqueóloga Eulalia Guzmán (1890-1985) a que se mandara “a un gachupín a desenterrar los sagrados huesos de nuestro señor Cuauhtémoc” cuando Ignacio Marquina (1888-1981), Jefe del Departamento de Monumentos Prehispánicos, en el mismo año, asignó nuevamente a Armillas para participar en la Comisión de investigadores de los “restos de Cuauhtémoc”.⁶² Sin embargo, habrá de complementar el análisis considerando otras características del medio profesional así como el perfil de los forasteros vilipendiados, puesto que esta reacción no fue evidente hacia todos los refugiados españoles que se

⁶⁰ *Ibid*, p. 103-104.

⁶¹ Vázquez León, “Ángel Palerm”, *op. cit.*, p. 171.

⁶² Alonso y Baranda, *op. cit.*, p. 109.

dedicaron a la antropología, así como tampoco existió en su modalidad inversa hacia todos los compatriotas mexicanos.⁶³

El que la organización de la antropología asociada a estas instituciones oficiales fuese cerrada y jerárquica resultó otro factor determinante. Para Ángel Palerm, fue evidente que:

...quien no rendía pleitesía, homenaje a Caso, pues estaba frito en toda el área de la antropología. La gente que tuvo... como tuve yo y... otros, alguna clase de discrepancia intelectual con Caso pues la pagamos ¿verdad?... Y esto afectó sobre todo a los extranjeros, porque éramos los que estábamos más... los que éramos más vulnerables; pero también afectó a los mexicanos... él transformaba una discusión intelectual fácilmente en un pleito personal y una falta de respeto a él y eso era muy.... muy dañoso....⁶⁴

Por su lado, Pedro Armillas en el mismo tenor apuntó:

El gobierno de Cárdenas, para los más notables, estableció lo que se llamó Casa de España y que fue la matriz del Colegio de México, donde estaban en una especie de jaula dorada, donde hicieron en algunos campos muy buen trabajo y que no fue resentido porque suplementaba, no entraban en competencia directa con lo ya establecido... fueron recibidos con gran acogida... porque no entraban en competencia con nadie en el mundo intelectual de México; eran huéspedes distinguidos y murieron como tales. Nosotros, los jóvenes, no éramos huéspedes y no éramos distinguidos.⁶⁵

Aunque Pedro fallase en vaticinar el lugar privilegiado que la memoria científica les guardaría años después también a estos jóvenes, la observación sí fue atinada en cuanto a la reacción diferenciada hacia los científicos sociales de origen español según su edad, su estatus pero sobre todo, según la naturaleza del trabajo producido. Así pues, es notorio que en ambos testimonios se reconoce, además, una disputa de contenido intelectual entablada

⁶³ El caso de Pedro Bosch Gimpera, dedicado a la prehistoria europea fue mejor tolerado.

⁶⁴ Alonso y Baranda, *op. cit.*, p. 85.

⁶⁵ *Ibid*, p. 107.

con la tradición científica específica en la que se insertaron profesionalmente: la antropológica.⁶⁶

Un punto de quiebre en esta pugna se inauguró en el campo de la arqueología. En 1951 se celebró en la ciudad de Xalapa la V Mesa Redonda organizada por la Sociedad Mexicana de Antropología (SMA) con el tema: “Huastecos, totonacos y sus vecinos”.⁶⁷ En ella, el joven arqueólogo estadounidense William T. Sanders (1926-2008) quien hacía una estancia en la ENAH bajo la asesoría de Pedro Armillas, presentó los resultados de una investigación interesada en estudiar la relación que guardaba el desarrollo de la civilización con las características geográficas -y con éstas, las posibilidades agrícolas-. Con su intervención concluyó que en el altiplano central existían mejores condiciones para el desarrollo de la civilización que en el centro de Veracruz.⁶⁸ El trabajo de Sanders, considerado por Andrés Medina como uno de los primeros trabajos de investigación de campo planteados en el marco del neoevolucionismo, contrastaba con los propósitos usuales de la arqueología hegemónica, los cuales se limitaban a establecer una periodicidad basada en secuencias cerámicas. No fue extraño entonces que Alfonso Caso objetara los resultados de Sanders, pues para él no había duda en que la civilización mesoamericana había comenzado en la costa del golfo con los olmecas, además de que el trabajo le había

⁶⁶ Luis Vázquez León sin ahondar en el tema es el primero en hablar analíticamente al respecto: “Tal parece que su inevitable competencia profesional frente a los pares mexicanos introdujo además factores culturales y de dimensión teórica que resultaron insoportables en su contexto”. Vázquez León, “Ángel Palerm”, *op. cit.*, p. 171.

⁶⁷ La aún existente Sociedad Mexicana de Antropología fue fundada en 1937 por Alfonso Caso, Miguel Othón de Mendizábal, Paul Kirchhoff y Rafael García Granados, entre otros, “con el fin de impulsar la difusión de las investigaciones en México”. Roberto García Moll, “La sociedad Mexicana de Antropología y su contribución bibliográfica” en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, n. 22 (1973), p. 1.

⁶⁸ En 1957 Sanders presentó su tesis doctoral: *Tierra y Agua (Soil and Water): A Study of the Ecological Factors in the Development of Mesoamerican Civilizations* en la Universidad de Harvard. Joyce Marcus, "William T. Sanders 1926-2008. A biographical Memoir", Washington, D. C., National Academy of Sciences, 2011. <http://www.nasonline.org/publications/biographical-memoirs/memoir-pdfs/sanders-william-t.pdf>, consultado el 14/09/2015.

parecido muy teórico.⁶⁹ Lo que sí fue inusual, al parecer, fue la defensa que del trabajo hizo Armillas, la cual terminó en una agitada discusión entre los arqueólogos. Incluso en el discurso de clausura del evento, Ignacio Bernal consideró oportuno omitir la colaboración de Sanders.⁷⁰ El neoevolucionismo fue una corriente que a decir de Medina “habría de enfrentarse al historicismo boasiano dominante en la arqueología oficial. Sobre todo habría de constituirse en una tradición académica vigorosa que ahora domina las interpretaciones teóricas de la mayor parte de los arqueólogos mexicanos”.⁷¹

Pocos años después Armillas y Palerm realizaron su segunda migración, esta vez hacia Estados Unidos. El primero lo hizo en 1955 y en poco más de tres ocasiones regresó a México a dictar algunos cursos y realizar algunas investigaciones. En Estados Unidos desarrolló una prolífica vida académica en varias universidades de la región medio oeste, sobre todo en la Illinois University at Chicago y en la New York State University, en Carbondale en la que dictó clases hasta su muerte en 1984.⁷² El segundo partió desde 1952 hacia Washington, D.C. para trabajar como editor asistente de la Revista Interamericana de Ciencias Sociales, publicación a cargo de la Unión Panamericana, agencia central de la Organización de Estados Americanos (OEA), organismo en donde alcanzó el nombramiento de ayudante ejecutivo de la Secretaría General. A diferencia de Armillas, Ángel Palerm regresó en 1965 para establecerse en la ciudad de México, en donde entre otras cosas, tuvo una decisiva participación en la edificación de diversas instituciones de investigación y enseñanza de la antropología social distintas en muchos aspectos, a las de la

⁶⁹ Andrés Medina Hernández y Alfredo López Austin (eds.), *Origen y formación del estado en Mesoamérica*, México, UNAM, 1986, p. 14.

⁷⁰ *Idem*.

⁷¹ *Ibid*, p. 10.

⁷² Desde 1952 había dejado de trabajar como arqueólogo del Departamento de Monumentos Prehispánicos del INAH en donde había trabajado desde 1942.

vieja estructura antropológica.⁷³ Palerm, desde 1977, tres años antes de su muerte, reconoció con lucidez el lugar que los antropólogos mexicanos de origen español ocupaban en la historia de la antropología en México:

...la vulnerabilidad general del extranjero en México, y en particular, la del que tiene origen español, y aún más cuando su condición inicial es la de exiliado político, fue y todavía es, aprovechada para ataques y críticas cuya verdadera intención es otra muy diferente. El antropólogo exiliado se colocó de esta manera bajo el doble hándicap de pertenecer a un grupo crítico y de ser identificado a la vez como miembro de un grupo extraño.⁷⁴

Llegados a este punto, queda claro que sin haber fungido como vanguardia en el debate público, una vez analizados sus perfiles, trayectorias y obras a partir del problema de la redefinición de la antropología, su quehacer antropológico formó un precedente fundamental de la ruptura con la tradición antropológica hegemónica. Sus ideas fueron transmitidas a las generaciones de antropólogos que en la década de los 50 se formaron en la ENAH.

1.2 La generación de “Los Magníficos”

El *universo* rebelde tuvo un núcleo integrado por jóvenes profesores y estudiantes de la ENAH. El grupo sobresalió por las estrechas relaciones establecidas entre ellos, su notable participación en las discusiones públicas, su destacado papel en la administración de las instituciones de investigación y enseñanza antropológica, pero sobre todo, por el lugar que

⁷³ Entre otros proyectos, fue fundador de los programas de investigación y enseñanza de la antropología social en el Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CIS-INAH) ahora Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) (1973), en la Universidad Iberoamericana (1967) y la Universidad Autónoma Metropolitana (1975). Vázquez León, “Ángel Palerm”, *op. cit.*

⁷⁴ Ángel Palerm, “Sobre los antropólogos españoles de México desde el exilio de 1939” en *Comunidad*, v. 12, n. 51 (1977), p. 331.

ocupa en la memoria y en la representación historiográfica de la antropología mexicana. Ellos eran: Enrique Valencia Valencia (1926-1998), Mercedes Olivera Bustamante (1930), Margarita Nolasco Armas (1933-2008), Juan José Rendón Monzón (1934-2005), Guillermo Bonfil Batalla (1935-1991), Arturo Warman Gryj (1937-2003) y el más joven de todos –y único lingüista- Daniel Cazés Menache (1939-2012), todos ellos bajo la tutela del mayor y más experimentado, Ángel Palerm Vich.

Los jóvenes contestatarios que integran este segundo bloque se conocieron mientras cursaban, entre 1952 y 1968, sus respectivas especialidades en la ENAH, justo cuando se registraba un resurgimiento del interés en las élites políticas e intelectuales por volver a vincular a la práctica antropológica con las políticas públicas trazadas para resolver las problemáticas sociales, especialmente, las relacionadas con las poblaciones indígenas. A su paso por la Escuela, estos inquietos estudiantes optaron por organizarse en círculos de estudio y seminarios extracurriculares. Así surgió a principios de la década de los 50 el grupo de estudio “Miguel Othón de Mendizábal” (MOM), en 1959, el “Seminario de Estudios Antropológicos” (SEA) y a principios de los 60, el seminario conocido como “El grupo de los viernes”. La constitución de estos espacios de aprendizaje alternativos al plan de estudios, permitió el intercambio de ideas entre estudiantes de diferentes generaciones y le dio una identidad y estructura a las facciones diligentes del estudiantado que estaban dispuestas a discutir en torno a la situación política, social y económica en el país, el quehacer antropológico que se desarrollaba en éste, la enseñanza de la antropología en la ENAH y por supuesto, el marxismo.

Al MOM, el más antiguo, lo fundaron alumnos que ingresaron a la Escuela en 1952, entre los que destacan a Rodolfo Stavenhagen, Carlos Navarrete, Carlos Martínez Marín,

Leonel Durán y Mario Vázquez. Durante los siguientes años, se incorporaron al grupo: los magníficos Olivera, Bonfil, Rendón, Nolasco, Valencia y Warman, así como Aura Marina Arriola, Salomón Nahmad, Andrés Medina y hasta Óscar Chávez.⁷⁵ Se trató de un grupo amplio que pervivió hasta la década de los sesenta y aglutinó a varias generaciones. Por sus filas pasaron más de 20 estudiantes, entre ellos, 10 elementos que consideramos parte del *universo* rebelde. En palabras recientes de Mercedes Olivera: “Éramos una tribu de jóvenes inquietos socialmente críticos y un tanto bohemios”.⁷⁶

El espacio se constituyó originalmente para reflexionar sobre la antropología que se practicaba en el país y la que se enseñaba en la ENAH. Les preocupaba la desvinculación de la antropología con los grandes problemas nacionales, que la antropología cultural norteamericana y los estudios de comunidad dominaran en los cursos que se impartían en la ENAH y criticaron vehementemente el papel del antropólogo en la aplicación de las políticas del INI. La constitución del grupo tuvo como correlato el movimiento de oposición articulado en la coyuntura electoral de 1951-1952 en torno a la candidatura presidencial del general Miguel Henríquez Guzmán en su búsqueda para suceder al licenciado Miguel Alemán. Curiosamente para la historiadora Elisa Servín, el henriquismo se erigió como un movimiento que principalmente reivindicó los principios originales de la Revolución de 1910 frente al proceso modernizador desarrollado durante el alemanismo. La naturaleza de las preocupaciones que asaltaron a los jóvenes bien pudieron ser ecos de la fuerte campaña que desde 1951 se desató a lo largo del país.⁷⁷ En un testimonio oral

⁷⁵ Mercedes Olivera, “A 20 años. Diálogo con Guillermo Bonfil” en *Desacatos*, n. 39, (mayo-agosto 2012), p. 176.

⁷⁶ *Ibid*, p. 177.

⁷⁷ Coronado recoge el testimonio de R. Stavenhagen [1988]: “pensábamos que la ENAH no podía estar al margen de los planteamientos ideológico-políticos que se estaban dando en el 52. [...] se consideró como un

recuperado en 1988, Rodolfo Stavenhagen, principal promotor del grupo, recordaba que “había varios de nosotros que pensábamos que no era una visión adecuada, y que el antropólogo no podía desligarse, por ejemplo, del problema de la “reforma agraria”, del “desarrollo agrario”, en general de los problemas campesinos aunque no fueran indígenas, el problema de las migraciones rural-urbana, el crecimiento de las ciudades...”.⁷⁸ El MOM pronto se constituyó como un espacio de iniciación en los estudios extracurriculares del marxismo y de militancia política. Así mismo, el grupo participó en numerosas protestas de diferente índole, contra la invasión de EUA en Guatemala en 1954 o a favor de la huelga estudiantil de 1956. En recuerdos de Mercedes Olivera:

Marchábamos del Hemiciclo a Juárez al Zócalo, llevando las mantas que hacíamos para cada ocasión. Recuerdo que en alguna de esas actividades propusiste [Guillermo Bonfil] con tu habitual picardía que sólo pusiésemos en la manta “LA ENAH PROTESTA”, así nos serviría para otras ocasiones. En efecto, más tarde y en otros espacios protestamos públicamente contra los golpes militares en Argentina, Brasil y, posteriormente, Chile.⁷⁹

Con ánimos similares, algunos años después, en octubre de 1959, un grupo de 31 estudiantes, principalmente de Antropología Social, fundaron el “Seminario de Estudios Antropológicos” (SEA), un espacio diseñado para cultivar una mirada crítica hacia los problemas intrínsecos a la disciplina y a los generados por la aplicación de los conocimientos que resultaban de ésta. En los estatutos del SEA, se vislumbra la consciencia de la existencia de diferentes corrientes en la antropología a nivel mundial y muy *ad hoc* con la época, una preocupación específica por el conocimiento objetivo de la realidad en América Latina, así como el interés por tener un acercamiento con los científicos sociales

grupo de reflexión ideológica sobre la situación actual de México y del mundo en relación con las tareas y retos que enfrentábamos como estudiantes de antropología”. Coronado, *op. cit.*, p. 165.

⁷⁸ Testimonio de Stavenhagen [1988]. *Idem*.

⁷⁹ Mercedes Olivera, *op. cit.*, p. 177.

latinoamericanos. Entre sus actividades propusieron mesas redondas, simposios, cursos, conferencias y la edición de una publicación periódica intitulada, *Cuadernos del SEA*, de los cuales sólo se editaron dos números. Entre los miembros fundadores figuraron personalidades de diferente generación escolar, como Ricardo Pozas Arciniega, José Luis Lorenzo, Enrique Valencia, Rodolfo Stavenhagen, Morris Swadesh, Guillermo Bonfil, Margarita Nolasco, Mercedes Olivera y Juan José Rendón.⁸⁰

Pocos años después, a principios de la década de los 60, Roger Bartra y Arturo Warman animaron la creación de un seminario al asistían entre 10 y 12 alumnos interesados en la problemática marxista. Eduardo Matos Moctezuma y Daniel Cazés participaron en él.⁸¹

Representación del grupo

El grupo fue popularmente conocido con el nombre de “Los Magníficos”.⁸² El nombre fue inventado por don Antonio Pompa y Pompa, director de la Biblioteca Nacional del INAH en esos años. A partir de 1964 comenzó un proceso de reestructuración académica en la ENAH, en el que durante 4 años de debates se discutió sobre los planes de estudio y concluyó con la aceptación de un plan de 5 años para las generaciones que ingresaron al plantel entre 1966 y 1969. En este contexto, fue que el 26 de noviembre de **1968**, el grupo de profesores conocidos como “Los Magníficos” –con excepción de Daniel Cazés– firmó un documento con una propuesta dirigida al director del INAH, Ignacio Bernal, para

⁸⁰ Enrique Valencia, “Ponencia del Maestro Enrique Valencia,” en INAH, *Cuatro, op. cit.*, p. 54-56.

⁸¹ Coronado, *op. cit.*, p. 166.

⁸² Hay en la literatura del tema, algunas variantes sobre los integrantes del grupo: A veces se incluye a Ricardo Pozas Arciniega. Esteban Krotz, por ejemplo, no incluye a Daniel Cazés *Vid.* Esteban Krotz y Ana Paula de Teresa, (eds.), *Antropología de la antropología mexicana. Instituciones y programas de formación*, v. 2, México, RMIFA, UAM-I, Juan Pablos Editor, 2012, p. 27. Ángel Palerm era también conocido como “El Padrino”. Andrés Medina, *Recuentos, op. cit.*, p. 51.

reestructurar la Escuela. El documento se llamó “Proposiciones Generales para la ‘Reestructuración’”.⁸³ Daniel Cazés, en marzo de 1967 había escrito la suya: “La reestructuración de la ENAH, un antropólogo opina”.⁸⁴

El sobrenombre recreaba a otro inventado a mediados de la primera década del siglo XX, al final de la fase armada de la revolución. Éste se había utilizado para referirse a un grupo de intelectuales que, integrados al Estado revolucionario, se asumieron como configuradores del edificio cultural de los principios revolucionarios: este grupo se conoció como *Los Siete Sabios*.⁸⁵ Entre ellos figuró Alfonso Caso, uno de los hombres centrales de “las escuelas de antropología y arqueología mexicana”,⁸⁶ en el parecer de Krauze, las más fructíferas, profundas y representativas de la autognosis que la inteligencia mexicana de la generación de 1915 llevó a cabo.⁸⁷ “Todos ellos fueron hombres con grados universitarios, ideas, libros y conferencias, en su hoja de servicios; hombres que quisieron embridar culturalmente a la Revolución: Caudillos Culturales”.⁸⁸ *Los Siete Sabios*, contemplaron la insurrección sin participar en ella, “heredándola finalmente como único horizonte de interés y responsabilidad”.⁸⁹ Enrique Krauze -el historiador más entusiasta sobre el grupo- rescata la lúcida introspección generacional elaborada por Daniel Cosío Villegas: “...la Revolución nos creó y mantuvo en nosotros por un tiempo largo, largo, la ilusión de que los

⁸³ Coronado, *op cit.*, p. 214-215.

⁸⁴ Coronado, *idem*.

⁸⁵ Se trata de: Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Alfonso Caso Andrade, Antonio Castro Leal, Jesús Moreno Baca, Teófilo Olea y Leyva, Alberto Vázquez del Mercado. Todos estudiantes de Derecho en la Escuela de Jurisprudencia, quienes en 1916 fundaron la “Sociedad de Conferencias y Conciertos con el objetivo de “Propagar la cultura ante los estudiantes e la Universidad de México.” Enrique Krauze, *Caudillos Culturales*, México, Siglo XXI, 2000, p. 74.

⁸⁶ Vázquez León, *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*, México, CIESAS, Miguel Ángel Porrúa, 2003, 385 p.

⁸⁷ Enrique Krauze, “Los templos de la cultura” en *Los intelectuales y el poder en México: memorias de la VI Conferencia de Historiadores Mexicanos y Estadounidenses*, México, El Colegio de México-CEH, 1991, p. 586.

⁸⁸ Krauze, *Caudillos*, *op. cit.*, p. 15.

⁸⁹ Krauze, “Los templos”, *op cit.*, p. 585.

intelectuales debíamos y podíamos hacer algo por el México nuevo que comenzó a fraguarse cuando no se apagaba completamente la mirada de quienes cayeron en la guerra civil. Y ese *hacer* algo no era, por supuesto escribir o siquiera perorar; era moverse tras una obra de beneficio colectivo”.⁹⁰

Para la década de los 60, “Los siete magníficos” eran los nuevos siete intelectuales de otra etapa nacional. El conjunto de científicos sociales fue reconocido como un grupo bien delimitado de intelectuales, ésta última palabra en todas las acepciones posibles de la historia contemporánea mexicana. En él reconocieron a un grupo de agentes críticos de su tiempo, con la vehemente inquietud de incidir en la realidad nacional, lo que implicaba, tener o aspirar a tener una relación particular con el poder, como aquella que sus sabios ancestros había entablado con las élites gobernantes durante la primera mitad del siglo XX. Aun cuando queda indefinido si el epíteto es irónico, despectivo o admirativo, podemos interpretar que en el grupo se reconoce una cercanía –ya sea positiva, negativa o quizás una pretensión desorbitada- con aquel papel que la “inteligencia” de la primera mitad del siglo posrevolucionario desempeñó. Sobre aquel rol, Octavio Paz, dice:

[Una vez cerrado el periodo militar de la Revolución] El intelectual se convirtió en el consejero, secreto o público, del general analfabeto, del líder campesino o sindical, del caudillo en el poder [...] la ‘inteligencia’ [que venía de la clase media] fue utilizada para fines concretos e inmediatos: proyectos de leyes, planes de gobierno, misiones confidenciales, tareas educativas, fundación de escuelas y bancos de refacción agraria, etc. [...] nada más difícil que su situación. Preocupados por no ceder sus posiciones –desde las materiales hasta las ideológicas- han hecho del compromiso un arte y una forma de vida. Su obra ha sido en muchos aspectos, admirable; al mismo tiempo, han perdido

⁹⁰ Krauze, Caudillos, *op. cit.* Sobre *Los Siete sabios*, además del libro de Krauze, basada en su tesis doctoral. *Vid.* Manuel Gómez Morín, "1915", México, Cultura, 1925, 58 p.

independencia y su crítica resulta diluida, a fuerza de prudencia o de maquiavelismo.⁹¹

Asimismo, en la representación del universo rebelde, quedaba la duda de si la nueva inteligencia mexicana de los 60, renunciaría a ser la conciencia de su pueblo en aras de incidir en su cambio.

Finalmente, la última hipótesis sobre el significado es aquella que afirma que el sobrenombre hace alusión al *western* popular en los años 60 intitulado *Los siete magníficos*,⁹² que a su vez es uno de los tantos *remakes* de la versión original del célebre director Akira Kurosawa, *Los siete samuráis*.⁹³ En ambos filmes, un grupo de siete vaqueros/samuráis protegen a una comunidad granjeros/campesina de mezquinos ladrones, trama a partir de la cual se desentraña la paradójica relación entre los protectores y los protegidos. En la versión de Kurosawa, uno de los samuráis, Kikuchiyo, proclama ante sus demás compañeros un conmovedor e inteligente discurso cuyo contenido se asemeja a una parte importante de la tesis de “Los Magníficos”, sobre el cual ahondaremos en los siguientes apartados. Les dijo Kikuchiyo, a sus compañeros samuráis, cuando éstos hablaron en contra de los campesinos:

Well, what do you think farmers are? saints?... They are the most cunning and untrustworthy animals on Earth... If you ask them for rice, they'll say they have none. But they have... They have everything. Look in the rafters, dig in the ground. You'll find it. Rice in jars. Salt. Beans. Saké... Look in the mountains, hidden farms everywhere. And yet they pretend to be oppressed... They are full of lies... When they smell a battle, they make themselves bamboo spears. And then they hunt. But they hunt the wounded and the defeated... Farmers are miserly, craven...mean, stupid...

⁹¹ Octavio Paz, *El Laberinto de la soledad*, México, FCE, 1993, p. 170.

⁹² *Los siete magníficos* dirigida por John Sturges, EUA, 1960.

⁹³ *Shichinin no samurai* dirigida por Akira Kurosawa, producida por Sojiro Motoki, Japón, 1954.

murderous! You make me laugh so hard I'm crying! ...But then, who made animals out of them? **You!... You did -you samurai! All of you damned samurai!... And each time you fight you burn villages, you destroy the fields, you take away the food, you rape the women and enslave the men. And you kill them when they resist... You hear me - you damned samurai?!...**⁹⁴

El nombre fue popular, no sólo entre sus contemporáneos, sino también para las generaciones subsecuentes. Se ha convertido en referente de un grupo de intelectuales, y en el de una época en la historia de la escuela y más aún, un referente de la historia de la antropología en México, debido a la importancia de la ENAH para la disciplina. Hay un antes y un después de “Los Magníficos”. El mote está presente en los testimonios de los coetáneos, en la organización de la memoria –título de las mesas conmemorativas- y en la escasa historiografía que existe sobre el tema.⁹⁵

⁹⁴ [Negritas del autor]. En una traducción de la que escribe: Y bien, ¿qué creían que eran los campesinos, santos?... Ellos son los animales más astutos y poco confiables de la faz de la tierra... Si les piden arroz, dirán que no tienen. Pero sí tienen... Tienen todo. Busquen en los techos, caven en la tierra. Ahí lo encontrarán. Arroz en jarrones. Sal. Frijoles. Saké... Busquen en las montañas, encontrarán sembradíos escondidos por todos lados. Y aún así, pretenden estar oprimidos... Ellos están llenos de mentiras.... Cuando huelen una batalla, se hacen lanzas de bambú. Y después salen a cazar. Pero sólo cazan a los heridos y a los derrotados... ¡Los campesinos son miserables, cobardes... crueles, estúpidos... asesinos! ¡Ustedes me hacen llorar de la risa!... Pero, ¿quién los convirtió en animales? ¡Ustedes!... Fueron ustedes samurai! ¡Todos ustedes malditos samurai!... Y cada vez que ustedes peleaban, quemaban sus pueblos, destruían sus campos, tomaban su comida, violaban a las mujeres y esclavizaban a los hombres. Y los mataban si se resistían... Me están escuchando, malditos samurai?!...]

⁹⁵ En 1980, bajo la dirección de Mercedes Olivera, se llevó a cabo un ciclo de conferencias conmemorativas de la creación de la ENAH. La segunda mesa llevó por nombre “La generación de los magníficos”.

Capítulo 2. La antropología y el indio

Un primer tema en la querrela científica fue la tradición antropológica que se construyó a partir de la concepción del indígena en relación con lo nacional. Como consecuencia del vínculo entre esta disciplina y los proyectos ideológicos de los gobiernos posrevolucionarios, para la década de los 40 la antropología quedó plenamente orientada hacia la búsqueda de la incorporación del indio a la nación. Debido a lo anterior, a partir de ese momento y hasta mediados de la década de los sesenta, la cuestión indígena se convirtió en el tema central de las investigaciones que se realizaban desde esta disciplina en el territorio mexicano, cuyos resultados sirvieron de fundamento para el diseño de programas indigenistas y para la elaboración de programas culturales que construyeran una identidad nacional.

El principal objetivo de estas investigaciones antropológicas fue el conocimiento sistematizado de las condiciones generales en que las poblaciones indígenas se desarrollaban para así encontrar los mecanismos más apropiados para integrarlos a la cultura nacional, por lo tanto, durante este periodo se conformaron modelos teóricos que explicaran los cambios socioculturales. Entre éstos resaltaron los postulados de los estudios de comunidad y los de interdependencia regional.⁹⁶

Los primeros refieren a una categoría aplicada a investigaciones que pretendían entender el cambio social a la luz de los procesos de urbanización, tomando a la comunidad como una unidad espacial y sociocultural. Su metodología consistió en describir exhaustivamente las características de los diversos grupos indígenas, a modo de

⁹⁶ María Ana Portal Ariosa y Paz Xóchitl Ramírez Sánchez, *Alteridad e identidad. Un recorrido por la historia de la antropología en México*, México, UAM-I, Juan Pablos Editor, 2010, p. 169-221.

“inventarios detallados de las características ecológicas y demográficas, así como de la estructura social, los patrones de vida y la visión del mundo de cada uno de los grupos”.⁹⁷ Este método fue promovido por el antropólogo norteamericano Robert Redfield (1897-1958), académico de la Universidad de Chicago, quien en la década de los 30 realizó el primer estudio de este tipo en Tepoztlán y posteriormente, lo repitió en Yucatán con la colaboración de Alfonso Villa Rojas (1897-1998).⁹⁸

Los trabajos de Redfield y Villa Rojas, además de convertirse en un referente metodológico para la antropología fueron un punto de partida para confeccionar una definición de “lo indígena”, el cual fue recuperado por Alfonso Caso para pensar en el objeto de la acción indigenista.⁹⁹ A partir de la investigación realizada en Yucatán para conocer los mecanismos del cambio social tradicional a una moderna, el antropólogo norteamericano propuso el concepto de sociedad *folk*. Éste refirió a un tipo ideal opuesto al urbano que Redfield definió como “una sociedad pequeña, aislada, analfabeta y homogénea con un alto sentido de solidaridad de grupo”.¹⁰⁰ Desde esta perspectiva, se concluyó que el contacto cultural transformaría paulatinamente a las sociedades *folk* en modernas.¹⁰¹

Por otro lado, los estudios de interdependencia estaban interesados en comprender el cambio cultural de las poblaciones indígenas desde la perspectiva de que éstas estaban

⁹⁷ *Ibid*, p. 170.

⁹⁸ Robert Redfield, *Tepoztlán: a Mexican Village. A study of folk Life*, Chicago: University of Chicago Press, 1930, 247 p.; Robert Redfield, *Yucatán: Una cultura de transición*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, 484 p.; *Vid.* Laurencio Sanguino y Mauricio Tenorio, “Orígenes de una ciudad mexicana: Chicago y la ciencia del Mexican Problem (1900-1930)” en *Documentos de Trabajo del CIDE*, n. 47, (diciembre 2007), 51 p.

⁹⁹ *Idem*.

¹⁰⁰ *Idem*.

¹⁰¹ A esta propuesta se le llamó teoría del *continuum folk*. “Esta concepción será aplicada en los programas de cambio cultural dirigido que se pondrán en marcha más adelante”, refiriéndose sobre todo al trabajo del antropólogo Julio de la Fuente y Alfonso Villa Rojas. Portal y Ramírez, *op. cit.*, p. 173.

interconectadas a las culturas urbanas a través de algunas instituciones sociales.¹⁰² Éstos fueron iniciados en México por el antropólogo británico Bronislaw Malinowski (1884-1942) y el etnólogo veracruzano Julio de la Fuente (1905-) con una investigación acerca del sistema de mercados en el Valle de Oaxaca que realizaron juntos en junio de 1940.¹⁰³ Su planteamiento, dirigido desde el funcionalismo, propuso estudiar al mercado –una importante institución social– a partir de la comprensión de cada aspecto de éste y su papel en el sistema social y cultural.¹⁰⁴ La metodología seguida por estos antropólogos abrió un nuevo campo de conocimiento al incluir en los estudios antropológicos la consideración de las relaciones entre las poblaciones no indígenas con las indígenas. Asimismo, las conclusiones a las que estos científicos llegaron hicieron patente las diferencias entre las economías rurales e indígenas con las urbanas, la existencia de instituciones que integraban ambos ámbitos y la concepción de que estas economías eran interdependientes.¹⁰⁵ Este trabajo se puede considerar como antecedente de otros como los estudios posteriores del propio Julio de la Fuente y de Gonzalo Aguirre Beltrán.

Los antropólogos que realizaron este tipo de investigaciones, constituyeron al grupo de científicos que ocuparon puestos en las instituciones públicas indigenistas. De este modo, estos estudios, así como los de comunidad, fueron fundamentales para la elaboración

¹⁰² Entre los trabajos que siguieron esta metodología estuvieron, por ejemplo, las investigaciones de Alejandro Marroquín en el mercado central de los pueblos de la alta mixteca, en Tlaxiaco. *Ibid.*, p. 174.

¹⁰³ En realidad Bronislaw Malinowski había nacido en Polonia pero al final de la primera guerra mundial adquirió la ciudadanía británica. Susan Drucker, “Malinowski en México” en *Anuario de Etnología y Antropología Social*, México, CEAS, v. 1, p. 18-57.

¹⁰⁴ *Idem.*

¹⁰⁵ Bronislaw Malinowski y Julio de la Fuente, “La economía de un sistema de mercados en México. Un ensayo de etnografía contemporánea y cambio social en un vale mexicano” en *Acta Antropológica*, ENAH, 2ª época, v. I, n. 2, 187 p.

A partir de este estudio, los antropólogos concluyeron que en el mercado se manifiestan las diferencias entre las economías rurales e indígenas con las urbanas; que éste funge como una agencia integradora de ambos ámbitos; y que el mercado en la ciudad de Oaxaca ocupaba un lugar dominante e interdependiente de los demás mercados distribuidos en toda la zona. La síntesis se recoge de: Portal y Ramírez, *op. cit.*, p. 177-178.

de los programas que desde las instituciones indigenistas se realizaron para procurar la modernización de las poblaciones rurales.

...

Para la década de los 60, el indio concebido desde la antropología continuó siendo un referente para la construcción de una identidad nacional por lo que la élite política e intelectual impulsó un proyecto cultural de monumentales dimensiones al cual se integraron más de una veintena de antropólogos.

El 20 de agosto de 1962 durante la ceremonia de inauguración del XXXV Congreso Internacional de Americanistas que por cuarta ocasión se celebraba en la ciudad de México, el Secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet, aprovechó la ocasión para anunciar la aprobación del Presidente de la República Adolfo López Mateos (1958-1964) para realizar un proyecto que, a su decir, se impulsaba en pos del rescate y custodia del tesoro que los siglos habían legado a la República: la creación de un “*verdadero* museo de antropología”, como el mismo Torres Bodet lo refirió en sus *Memorias*.¹⁰⁶ Para la realización de este proyecto se planeó la construcción de un vasto y moderno edificio sobre la avenida Paseo de la Reforma, en Chapultepec, el cual sería digno sustituto del antiguo Museo Nacional ubicado en la calle de Moneda en el centro histórico de la ciudad. Finalmente sería “un Gobierno emanado de la Revolución” –apuntaba con altivez el funcionario en su discurso– el que cumpliría con una tarea que el americanismo tenía

¹⁰⁶ Jaime Torres Bodet, *Memorias. La tierra prometida*, México, Porrúa, 1972, p. 380. Las cursivas son del original.

pendiente desde que el maestro Justo Sierra ocupó un cargo homólogo como Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes durante el porfiriato.¹⁰⁷

La idea de construir un nuevo Museo de Antropología había sido sugerida por el propio secretario tres años atrás, desde el primer año del sexenio de López Mateos. Este plan formó parte del programa educativo y cultural que buscaba “la formación del carácter y la integración del ciudadano en el mundo que lo rodea”¹⁰⁸ que el funcionario Jaime Torres Bodet inició durante su primer periodo como Secretario de Educación (1943-1946) durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho (1940-1946). Durante el sexenio de López Mateos éste concluyó con otros tres proyectos culturales relacionados con la construcción de una narrativa histórica nacional: las restauraciones del sitio arqueológico de Teotihuacán (1962-1964), la construcción de la Galería de Historia, conocido popularmente como Museo del Caracol, en la 1ª Sección del Bosque de Chapultepec (1960) y la apertura del Museo Nacional del Virreinato en Tepotztlán, Estado de México (1961-1964).¹⁰⁹

Durante el discurso pronunciado por Torres Bodet en la reunión de americanistas en 1962, el funcionario reconoció la importancia de la actividad antropológica para que México adquiriera “una visión más cabal de su propio ser y de la relación de su ser con la acción de América” y para el tratamiento del problema del indio que debía ser solucionado a través de la integración social. Así mismo, recordó que esta tarea había sido iniciada por el movimiento revolucionario, el cual había concebido a los indios no sólo como herederos

¹⁰⁷ Jaime Torres Bodet, “Comprender lo autóctono, para contribuir a lo Universal” en Discursos de Jaime Torres Bodet, México, Porrúa, p. 49-52 y Torres Bodet, *Memorias, op. cit.*, p. 371.

¹⁰⁸ Jaime Torres Bodet, *Memorias, op. cit.* p. 369.

¹⁰⁹ El escritor Jaime Torres Bodet dirigía en 1958 por segunda ocasión la Secretaría. La primera vez lo hizo durante los últimos tres años del gobierno de Manuel Ávila Camacho, periodo en el que completó su proyecto educativo con la creación del Instituto de Capacitación del Magisterio, el Programa Federal de Construcción de Escuelas, la Campaña Nacional contra el Analfabetismo y la Biblioteca Enciclopédica Popular.

de las civilizaciones prehispánicas sino como compatriotas, contemporáneos y “colaboradores indispensables en la construcción colectiva del porvenir.”¹¹⁰

Para estos momentos, el valor del conocimiento del indígena, además de estar determinado por la construcción de una identidad nacional, cobró una nueva importancia para la proyección de esa identidad en lo universal. El mismo Torres Bodet señaló en el discurso:

El momento histórico que vivimos es, sin duda, inquietante y áspero. Pero se mantiene en nosotros una esperanza: a pesar de las dificultades y de las pugnas, la solidaridad intelectual y moral del género humano ha de afirmarse más cada vez. Sabemos, hoy como nunca, que cuanto más comprendamos lo autóctono, mayormente contribuiremos a la plenitud de lo universal.¹¹¹

A partir de estas ideas en torno al indio, la construcción del edificio destinado al Museo Nacional de Antropología se puso en manos del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, quien estaba ligado al proyecto político posrevolucionario.¹¹² La inmensa tarea museográfica quedó a cargo del director del INAH que en ese tiempo era el antropólogo Eusebio Dávalos Hurtado, quien instauró inmediatamente el Consejo Ejecutivo para la planeación e instalación del nuevo Museo de Antropología, el cual quedó bajo la dirección del arquitecto Ignacio Marquina y la colaboración de al menos 40 científicos y antropólogos del INAH.

Así pues, en febrero de 1963 se inició la labor constructiva del Museo Nacional de Antropología en un terreno ubicado en el bosque de Chapultepec que ocupaba la Secretaría de Comunicaciones y Transportes. El Museo integró elementos de la arquitectura, de las

¹¹⁰ Jaime Torres Bodet, *Discursos*, *op. cit.*, p. 52.

¹¹¹ *Idem.*

¹¹² A él también se le encargó la Galería Histórica.

artes plásticas y de la antropología y arqueología. El objetivo para Pedro Ramírez Vázquez era hacer del museo una “[...] lección permanente para el pueblo; enseñanza y espectáculo que mostrara el pasado, no para regresar a él sino para estimularnos a obtener inspiración y aliento necesario para fincar el futuro”.¹¹³

De lo anterior se concluye que la planeación, construcción e inauguración del Museo Nacional de Antropología (1963-1964) reunió un repertorio de ideas sobre la nación, lo indígena, la modernidad, la historia nacional, el poder, la función de las ciencias antropológicas y la formación de ciudadanos modernos; así como la relación entre el poder y los intelectuales, los antropólogos y arqueólogos y los artistas plásticos. La erección del Museo significó la síntesis de una ideología nacional cimentada en el quehacer antropológico en un contexto en el que algunos antropólogos comenzaron a cuestionar esa relación.

2.1 La polémica

Entre 1964 y 1979 desde trincheras de papel y foros académicos, los científicos rebeldes expusieron sus ideas respecto a la antropología oficialista. La discusión se nutrió de posicionamientos grupales e individuales que quedaron plasmados en ensayos publicados en revistas académicas, obras bibliográficas, mesas en eventos académicos o bien en actos públicos de protesta tales como la renuncia a cargos laborales o marchas políticas.

Aun cuando el debate tuvo antecedentes en la década de los cincuenta, no fue sino hasta la década de los sesenta cuando ésta logró atraer la mirada de un importante número

¹¹³ Pedro Ramírez Vázquez, “La arquitectura del MNA” en *Museo Nacional de Antropología*, México, Artes de México, n. 66-67, v. XII (1965), p. 20 citado en Daniel Juárez Cossío, “El Museo Nacional de Antropología: una crónica de sus primeros 50 años” en *Maya. Coleccionismo y Patrimonio*, s/n., p 6.

de científicos antropólogos. La disputa no tenía un significado menor, en ella se debatió la naturaleza del científico y de la antropología; discutió en torno a los objetos de estudio, temas, objetivos y métodos de las investigaciones antropológicas, así como la relación entre la antropología y el Estado mexicano.

La polémica tuvo dos momentos. El primero cubrió los primeros seis años del periodo, esto es de 1964 a 1970, el segundo momento correspondió a los años que conformaron la siguiente década. La escisión de la querrela corresponde a dos hechos trascendentes, el primero, la muerte de Alfonso Caso en noviembre de 1970 y a la toma de posesión de uno de los Magníficos, Guillermo Bonfil Batalla, a sus 37 años de edad, como director del INAH, en enero de 1972. A partir de estos hechos, tuvo lugar un viraje en la relación de algunos científicos rebeldes con el poder, cambiando así, la posición desde la que enarbolaron sus críticas y propuestas –de una posición al margen del poder a otra de privilegio– y la dimensión de éstas. Así mismo, el segundo momento de la polémica, tuvo como correlato la inauguración de nuevos espacios científicos fuera de las instituciones impulsadas y administradas por el Estado, tales como los institutos de investigaciones en humanidades de la UNAM y los programas de posgrado en la UAM y la UIA. Instituciones en las que algunos de los rebeldes se situaron como cabecillas.

El testimonio más conocido de este proceso es la obra publicada en 1970, *De eso que llaman antropología mexicana* en la que colaboraron cinco miembros de ese universo rebelde que hemos descrito como la agrupación de académicos que deseaban replantear la relación de la antropología y arqueología con el estado mexicano.¹¹⁴ Este testimonio no fue

¹¹⁴ Warman, Arturo, Guillermo Bonfil, Margarita Nolasco, Mercedes Olivera, Enrique Valencia, *De eso que llaman antropología mexicana*, México, Nuestro Tiempo, 1970, 153 p. (Colección La Cultura al Pueblo). La obra ha sido reeditada en diversas ocasiones. La última de ellas se realizó en el 2002. Warman, Arturo,

el único. Por otro lado, las ideas que sobre estas cuestiones se elaboraron, fueron expuestas en soportes materiales de diversa naturaleza, tales como revistas académicas publicadas por instituciones públicas oficiales, como las del Instituto Interamericano Indigenista: *Anuario Indigenista y América Indígena*; publicaciones estudiantiles editadas por la Sociedad de Alumnos de la ENAH como: *Tlatoani*, *Acta Antropológica* y *Apuntes de Etnohistoria*; ediciones políticas: *Historia y sociedad* creada al amparo del Partido Comunista Mexicano,¹¹⁵ y finalmente obras bibliográficas en cuyos temas, metodologías y conclusiones quedaba implícita la postura ideológica del autor. Cabe mencionar los artículos de opinión, editoriales, reseñas, así como actas de congresos y reuniones que después se recuperaron en publicaciones periódicas; todas ellas se caracterizaron por ser escritas bajo la impronta ideológica que hemos mencionado. A continuación se hará un examen de los dos momentos antes esbozados de la polémica en torno a la antropología indigenista.

Para mediados de la década de los sesenta, el debate en torno al indigenismo no era del todo nuevo. Éste se había abierto tiempo atrás cuando apenas dos años después de la creación del INI (1948), El Colegio de México había decidido publicar la tesis de maestría del joven filósofo Luis Villoro titulada *Los grandes momentos del indigenismo en México* en 1950.¹¹⁶ En ella, el autor desplegó un análisis filosófico del modo en que se había pensado al indio en distintas etapas históricas de México y planteaba algo nunca antes

Guillermo Bonfil, Margarita Nolasco, Mercedes Olivera, Enrique Valencia, *De eso que llaman antropología mexicana*, 2ª ed., México, Comité de Publicaciones de los Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2002, 125 p. En el presente escrito las referencias son de la primera edición.

¹¹⁵ Carlos Illades Aguilar, *La inteligencia*, *op. cit.*, p. 52.

¹¹⁶ Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950, 247 p. Existieron tres ediciones de la obra de Villoro. La primera publicada por El Colegio de México en 1950, la segunda por la SEP y el CIESAS en 1987 y la tercera por el FCE en 1996. *Vid.* Ana Santos Ruiz, *Los hijos de los dioses. El grupo filosófico Hiperión y la filosofía de lo mexicano*, México, Bonilla Artigas Editores, 2015.

propuesto: la idea de que lo escrito sobre el indio nada tenía que ver con éste, en cambio, lo decía todo de las “estructuras concienenciales” –cómo él mismo le llama– de los autores que de él se habían ocupado. De este modo, para el filósofo, *lo mexicano* se manifiesta en las ideas que se construyen sobre el indio y no en el indio mismo.

La obra de Villoro aborda por primera vez el tema del “ser indio” en términos del autor sujeto que elabora el discurso de identidad y ya no sobre el “ser indio” como objeto de conocimiento. Es decir, ya no se trataba de definir al indígena, sino de definir al indigenista, aun cuando el autor no escapara a la tentación de apuntalar una solución para la “liberación del indio”. Con esto, Luis Villoro lanzaba una pregunta que retumbaría en las mentes de los antropólogos formados en la disciplina durante la década de los cincuenta y principios de los sesenta: ¿Qué revela pues, el “ser indio” representado por los antropólogos?

En realidad, las ideas esbozadas por Luis Villoro en relación al cuestionamiento del discurso nacional, fueron prácticamente ignoradas en el ámbito académico durante la década de los 50. Los primeros intentos por seguir la discusión de su tesis se elaboraron más de 20 años después. Parece que la iniciativa de cuestionar el contenido del discurso de *lo mexicano* en las políticas indigenistas fue opacada con el impulso otorgado a la labor antropológica encauzada a la solución de la problemática indígena que durante los gobiernos de Alemán (1952-1958) y López Mateos (1958-1964), se circunscribió a la política de “desarrollo estabilizador”. Es decir, en la medida en que el problema de “lo indígena” estaba de lleno en el programa de desarrollo diseñado por el Estado, este esfuerzo

creó un mercado laboral importante para los profesionistas antropólogos recién egresados.¹¹⁷

Para 1960 era indudable el prestigio profesional que habían alcanzado las carreras que se impartían en la ENAH. Un año atrás se había firmado un Convenio de Colaboración entre el INAH y la UNAM para coordinar la enseñanza entre la Facultad de Filosofía y Letras y la ENAH, y desde 1951 el INI con Alfonso Caso a la cabeza, impulsaba y sostenía económicamente un programa de Antropología Aplicada desarrollada como una sub especialidad de la carrera de Etnología.¹¹⁸ Esta notoriedad vino de la mano de un incremento en la población estudiantil que ocasionó que la escuela tuviera que abandonar los pequeños 7 salones de la planta alta del Museo Nacional que se le habían asignado desde 1942 para instalarse en el edificio contiguo, en el número 16 de la calle de Moneda.¹¹⁹

Iniciado el segundo periodo académico, en agosto de ese año, el traslado fue comentado en una de las revistas que la Sociedad de Alumnos de la ENAH (SAENAH) publicaba desde 1952. Hasta ese momento la revista se había perfilado como un medio para la divulgación de los trabajos de investigación producidos por los miembros de la comunidad estudiantil y de sus asuntos internos, sin embargo la pequeña nota dedicada a la mudanza contenía una simiente de crítica y propuesta que en los números posteriores

¹¹⁷ *Vgr.* el INI y los proyectos de Coahuila, entre otros.

¹¹⁸ Escuela Nacional de Antropología e Historia, *Anuario 1960*, México, INAH, [s.f.], p. 4-6. En el mismo Anuario se enuncian sus valiosas atribuciones: "... la Antropología, como carrera profesional, tiene además un significativo valor social. El conocimiento que proporcionan sus diversas especialidades constituye la base racional de todo intento de solución a situaciones culturales en conflicto. Así, los antropólogos intervienen hoy en las siguientes actividades: [...] 3) Intervienen en la integración de más de 7.5 millones de indígena a la vida económica y social nacional. [...] 6) Además, el antropólogo interviene para solucionar mediante sus conocimientos especializados, los problemas económicos y sociales de los grupos rurales que integran el 70% de la población del país. [...]".

¹¹⁹ *Ibid*, p. 7.

permearía el contenido de la revista.¹²⁰ Así en el número 13 de la publicación que en ese momento estaba bajo la dirección de Guillermo Bonfil Batalla, apareció una nota escrita por Enrique Valencia. Ambos para esas fechas aún eran estudiantes de etnología. En la nota Valencia reconocía el valor de la antropología en la construcción de un México nuevo que buscaba en sus raíces históricas una identidad nacional y en el conocimiento de la realidad social para la resolución de los problemas sociales del país y para la planeación de su desarrollo pacífico. Empero, frente al temor de que el reconocimiento que se le hacía a la labor de la escuela fuese motivo de coacción, señalaba la urgencia de un ambiente de libertad de investigación "sin restricciones ni cortapisas"; entereza para señalar los traumas y honestidad intelectual infalible que distinga entre los compromisos de las facciones e individuos y los de la comunidad.¹²¹

En diciembre de 1963 apareció en la portada de la misma revista, una fotografía de unas piernas delgadas y descalzas posadas sobre un campo de apariencia infértil. Al interior del número, el texto alusivo a la imagen titulado "Tzeltal de Tenango Altos de Chiapas" denunciaba la imposibilidad de la plena realización del indígena en México en tanto que sólo poseyera instrumentos y técnicas primitivas para trabajar la tierra y viviera en un mundo capitalista. El texto terminaba con la siguiente acusación: "...el antropólogo, hasta ahora, no ha podido encontrar una verdadera solución a los problemas planteados por las necesidades de los grupos indígenas, no sólo en el sentido biológico sino en el sentido humano".¹²² En el mismo número, la editorial manifestó la necesidad de un proceso de renovación de la manera de proceder de la antropología y apuntaló algunas ideas sobre la

¹²⁰ Se puede encontrar información acerca de la revista en: Monserrat Gali, "Tlatoani" en García Mora (coord.), *op. cit.* y Coronado, *op. cit.*

¹²¹ Enrique Valencia, "Nuestra portada" en *Tlatoani*, n. 13 (ago. 1960) p. 2.

¹²² Ernesto Olvera, "Nuestra portada: Tzeltal de Tenango Alto de Chiapas", fotografía de Alfonso Muñoz, en *Tlatoani*, n. 17 (dic. 1963) p. 2.

problematización antropológica de la situación del indio.¹²³ A partir de la publicación de este número, se inició un debate académico en el que se discutiría álgidamente sobre la relación que guardaban las ciencias antropológicas con la realidad del país, en la que se revisaría a fondo el programa indigenista que hasta ese momento dominaba los centros de investigación antropológica. Después de ese número, pasarían cuatro años para que se publicara el siguiente y último número de la revista.

En 1966, dos años después de la inauguración del Museo Nacional de Antropología, ya bajo el gobierno de Gustavo Díaz Ordáz (1964-1970), el lingüista Daniel Cazés recién egresado de la ENAH, escribió para la revista *Historia y Sociedad* un extenso ensayo en el cual reflexionaba acerca del indigenismo más actualizado de aquella época.¹²⁴ El escrito titulado “Indigenismo en México: Pasado y presente” dialogaba con la obra que años atrás había abierto el debate en torno al tema, el libro de Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*. En el ensayo, el joven lingüista se dispuso a ampliar y actualizar el análisis de Villoro pues, naturalmente, éste se había detenido en su propia contemporaneidad, la década de los 50. Principalmente, el ejercicio dio cuenta de dos aspectos: en primer lugar, para Cazés lo sucedido entre 1950 y 1966 en materia indigenista era tan significativo que ameritaba una pronta y seria reflexión, misma que incluso podría considerarse como un cuarto momento del indigenismo mexicano, cuyo desarrollo bien podría ser el corolario de la obra de Villoro; en segundo lugar, era necesario hacer este análisis desde la antropología. En palabras de Cazés: “Dieciséis años después de haber sido publicada, la obra de Luis Villoro, bien merece un comentario enfocado desde el punto de

¹²³ Editores, “Editorial”, *Ibid*, p. 3. El número incluyó artículos de corte marxista, escritos por Rémy Bastien y Enrique Semo.

¹²⁴ Al parecer motivado por algunas declaraciones formuladas por el personal del INI y publicadas en el diario capitalino *La Prensa* entre el 20 y 26 de marzo del mismo año.

vista de un antropólogo y a la luz de realidades que eran inexistentes cuando el autor formuló su síntesis del pensamiento indigenista en tres momentos culminantes del proceso intelectual de México”.¹²⁵

El interés por discutir las proposiciones de Villoro sobre el tema ganó un nuevo espacio en la vieja revista *Tlatoani* editada por la Sociedad de Alumnos de la ENAH desde 1952. En general, el número publicado en agosto de 1967, estuvo dedicado a reflexionar acerca de las fallas en el proceder antropológico de la época como, por ejemplo, según la editorial del número: “el enclaustramiento que por décadas ha padecido la antropología mexicana en su cuerpo doctrinario, ocupada como está en la mera recopilación de datos y en la descripción monográfica, cuando no en la reconstrucción de fachadas arqueológicas del más puro corte turístico”.¹²⁶ Este fue, por cierto, el último número que la revista publicaría.

En este sentido, el artículo de Daniel Cazés dio nuevas fuerzas a una problemática que desde tiempos de Villoro fue inaugurada: la manera de concebir al indígena a partir del indigenismo mexicano. Así, en los años consecutivos a la publicación de este documento, los antropólogos contestatarios participaron en diferentes foros científicos donde hicieron públicas sus ideas frente a distintos auditorios. El primer encuentro estuvo circunscrito a un proceso interno de reflexión académica en la ENAH en el cual estuvieron imbricados temas de orden más organizativo y burocrático pero que a fin de cuentas sirvió de motivo de asociación entre los integrantes de bloque crítico. El 12 de abril de 1967 la Sociedad de Alumnos de la ENAH organizó una mesa redonda en la que participaron maestros y

¹²⁵ Daniel Cazés Menache, “Indigenismo en México: pasado y presente” en *Historia y Sociedad*, v. 5 (1966) p. 66-84. Señalamos que en ese tiempo Daniel Cazés hacía su doctorado en antropología en la UNAM.

¹²⁶ Editores, “Editorial”, *Tlatoani*, n. 18, p. 2

alumnos de la institución. El tema y título de la mesa fue “La reestructuración de la ENAH”.¹²⁷

El segundo foro fue el VI Congreso Indigenista Interamericano que se llevó a cabo del 15 al 22 de abril del siguiente año en la ciudad de Pátzcuaro, Michoacán. Misma ciudad que en 1940 había visto fundar una tradición indigenista apoyada por el cardenismo.¹²⁸ Así pues, en este VI Congreso Indigenista Interamericano el grupo de profesores ya identificados como críticos participó con algunas ponencias que ponían en entredicho a la teoría, metodología y técnicas, así como el fin político del indigenismo.¹²⁹ En un testimonio oral que fue transcrito en aquel evento y recobrado en la década de los ochenta, uno de ellos recordaba: “En el congreso ya nos caracterizaban como un grupo disidente y se procuró controlarnos a fin de evitar que nuestras denuncias crearan una imagen negativa de la antropología mexicana, sobre todo ante los visitantes extranjeros. Creo que es allí donde empezamos a ser conocidos como la “nueva ola”.¹³⁰ A partir de este punto, las ponencias y ensayos en torno a este debate fueron publicados en revistas editadas por las instituciones a las que sus impugnaciones iban dirigidas.

En abril de 1969 se realizó la 28th *Annual Reunion of the Society for Applied Anthropology*, en las nuevas instalaciones del Museo Nacional de Antropología. En ella, estudiantes de la ENAH presentaron un documento que denunciaba categóricamente que la

¹²⁷ Coronado, *op. cit.*

¹²⁸ El congreso además de constituir un espacio científico y especializado para la exposición de reflexiones antropológicas en torno al problema indígena en el continente americano, era en sí mismo una institución oficial en el tratamiento de la cuestión indígena en México. Éste era organizado por el III, el cual, junto con el INI, fueron los tres órganos indigenistas que determinaron los lineamientos en la representación y el tratamiento del problema indígena en México.

¹²⁹ Guillermo Bonfil, “Tareas de la investigación antropológica en indigenismo” en *América Indígena*, v. 28, n. 4 (oct. 1968), p. 919-927; Mercedes Olivera, “Necesidad de la coordinación entre los diferentes organismos de la investigación social” en *América Indígena*, Instituto Indigenista Americano, v. 28, n. 4 (oct. 1968), p.117-119. Margarita Nolasco y Enrique Valencia, “Problemas sociales y problemas sociológicos en la antropología aplicada”, en *América Indígena*, v. 28, n. 4 (oct. 1968) p. 323-338.

¹³⁰ Coronado, *op. cit.* p. 261.

antropología desarrollada en México fuese servil con los gobiernos represores del movimiento estudiantil. En la reunión se presentó de manera extraordinaria el documento elaborado por el Comité de Lucha titulado “La posición de los estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México ante los problemas del cambio social”.¹³¹ En la sesión del 14 de abril, una vez que los organizadores negaron la palabra a los alumnos suscritos al documento, éstos pidieron al profesor Daniel Cazés, que leyera el escrito quien, al respecto, recordó: “Se armó un desmadre porque los gringos que estaban ahí... es decir, el documento sí hablaba de antropología aplicada, cuando la antropología aplicada del gobierno mexicano habían sido los tanques y la masacre y no sé cuánto [...] Entonces lo leí, lo cual me valió pues algunas amenazas”.¹³²

Tan sólo dos meses después, el 27 de junio de 1969, durante el examen de titulación del estudiante de Etnología Gilberto López y Rivas, los profesores Palerm, Warman, Olivera, Nolasco, Cazés, Valencia, Bonfil y Rendón presentaron públicamente su renuncia a la dirección de la ENAH.¹³³ La historiografía coincide en que el acto fue una forma de protesta ante las medidas administrativas tomadas por la dirección de la ENAH –tales como la retención del pago de Bonfil durante el primer bimestre de 1969 y el veto a Warman como jurado del examen de Gilberto– ante la decisión de la planta docente de tener representación ante la Coalición de Maestros de Enseñanza Media y Superior Pro-Libertades Democráticas a través de Warman, Bonfil y Cazés.¹³⁴ La renuncia fue aceptada por la dirección ocupada por Wigberto Jiménez Moreno. Para la ENAH, el más importante

¹³¹ Estudiantes de la ENAH, “La posición de los estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia ante los problemas del cambio social” en Andrés Medina Hernández y Carlos García Mora (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México. (Antología de una polémica)*, 2 v., México, UNAM, 1983-1986, v. I, p. 359-363.

¹³² Coronado, *op. cit.* p. 319.

¹³³ *Ibid.*, p. 255-256.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 253.

centro de formación de antropólogos y arqueólogos, implicó una transformación de la planta de docentes, a la cual se incorporaron profesores de otros centros de investigación y docencia.

Un año después, a mediados de 1970, los etnólogos Margarita Nolasco, Mercedes Olivera, Guillermo Bonfil, Enrique Valencia y Arturo Warman publicaron una suerte de manifiesto titulado *De eso que llaman antropología mexicana*, en la que sintetizaron los puntos sobre los que estaban en desacuerdo respecto a la situación que la antropología mexicana vivía en ese momento.¹³⁵ La obra constó de cinco ensayos con claras intenciones revisionistas hacia la antropología mexicana. Los primeros tres ensayos, elaborados por Warman, Bonfil y Nolasco, esbozaron agudas críticas sobre la instrumentalización de la antropología; los fundamentos del indigenismo, como modelo interpretativo sobre la situación del indígena en México; y las características de la antropología indigenista aplicada. Los últimos dos, escritos por Olivera y Valencia, denunciaron los problemas organizativos de la investigación antropológica enmarcada en instituciones burocráticas y los conflictos de la enseñanza de la Antropología en la ENAH.

En términos generales, en los escritos contenidos en el manifiesto se expresaron evaluaciones de los efectos del nacionalismo posrevolucionario en la antropología —estas evaluaciones versaron en torno a la temática, métodos, teorías, instituciones y enseñanza de esta disciplina— en los indígenas y en la cultura nacional. En ellas, los autores evaluaron desde diversos puntos de vista la relación entre la disciplina antropológica y el indigenismo emanado de la revolución, así como sus perjudiciales efectos para la ciencia, el indígena y el mestizo.

¹³⁵ Arturo Warman *et al.*, *op. cit.*

La respuesta al manifiesto fue casi inmediata. A finales de ese mismo año, cuando en una entrevista realizada a Alfonso Caso por Demetrio Sodi Morales, Secretario del III desde 1960 a 1974, se le pidió al antropólogo que hiciera además de “una pequeña síntesis de su actitud ante el problema indígena, simplemente para que sea una cosa fresca, dicha por usted para el público que esta tarde nos escucha tan amablemente”,¹³⁶, a decir, una reflexión sobre lo que pensaba de esa “nueva corriente” que se asomaba entre la antropología, éste declaró:

[...] por lo que yo he leído escriben muy mal. Casi no se les entiende el español que escriben, yo los llamaría casi el español de los pepenadores, a tal punto me parece malo; bueno, pues podríamos llamarlos “antropólogos pepenadores”. Nada más que fíjese usted en una cosa, los pepenadores son gente útil porque recogen basura, y estos son gente que esparce basura que produce.¹³⁷

2.2 El programa rebelde

A partir de los escritos que se produjeron en el calor de la polémica que se ha relatado en el anterior apartado, aquellos en los que la generación de los magníficos difundieron sus críticas al quehacer antropológico indigenista, es posible distinguir el esbozo de un programa científico cuyo fin fue –independientemente de su éxito– definir de nueva cuenta a la antropología en México. En la elaboración de este programa, hubo una influencia notable del materialismo histórico.

¹³⁶ "Algunas ideas de Alfonso Caso, una entrevista inédita" Texto completo de la entrevista proporcionado por Demetrio Sodi y transcrito en Andrés Medina y Carlos García Mora en *La quiebra política de la antropología social en México. (Antología de una polémica)*, México, UNAM, 1983, p. 389-394. El texto apareció originalmente en: Demetrio Sodi, "Algunas ideas de Alfonso Caso, una entrevista inédita" en INI, *INI 30 años después*, México, INI, 1978, p. 195-198.

¹³⁷ *Idem.*

No se trató de un proyecto que conglomerara posturas uniformes sobre los temas que los diversos autores abordaron, esto ni siquiera fue patente en el “manifiesto” que elaboraron conjuntamente cinco de ellos, es por ello que la lectura de Arturo Warman hecha en un momento álgido de la polémica, es acertada al decir, “Representamos una corriente, pero difícilmente puede hablarse de nosotros como grupo homogéneo excepto por ser amigos. No pensamos igual, tenemos puntos de vista diferentes y hasta encontrados [...] Sólo nos une el ejercicio de la crítica”.¹³⁸ Sin embargo además de la actitud crítica existieron otros elementos cohesionadores de las propuestas, tales como: su adherencia al marxismo y el compromiso que irrefutablemente se debía asumir con las clases subalternas. Hubo consenso en la necesidad de evaluación y cambio.

Las propuestas que lo conformaron se ciñeron a la problemática de la situación indígena; buscaban reformular la manera en que el problema indígena fue concebido por el indigenismo y la antropología oficialista, replantear la relación entre la población indígena y la no indígena, reelaborar el diagnóstico de las condiciones de vida y sus problemas y plantear nuevas soluciones a esos problemas. La nueva representación del problema indígena implicó, primordialmente, la redefinición del objeto de estudio de la antropología, acompañada de la del sujeto cognoscente y la de su relación con los problemas que pretendió estudiar; dicho de otro modo, significó la redefinición antropológica de “lo indígena”, del científico antropólogo y de la relación entre uno y otro.

Asimismo, a partir de la reconfiguración de esta problemática, surgió el interés por expandir los límites epistemológicos de las ciencias antropológicas más allá del

¹³⁸ Arturo Warman, “Comentario I” en *Anuario Indigenista*, v. XXX (Diciembre 1970), p. 85-86. [Ponencia presentada en el XXXIX Congreso Internacional de Americanistas: Problemas étnicos en la sociedad contemporánea. Comentario a la ponencia Agustín Romano Delgado “¿Nueva tendencia ideológica en la Antropología Mexicana?”].

conocimiento de los grupos indígenas, potencializando los alcances de esta ciencia desde el estudio de la clase gobernante hasta el de los propios científicos antropólogos.¹³⁹ A continuación se hace un análisis del programa con base en una selección de los escritos de los científicos rebeldes que se han presentado en el anterior apartado.

La nueva representación del problema indígena

Un primer consenso en la corriente crítica de la antropología indigenista fue la necesidad de confeccionar una nueva forma de concebir al indígena. Este consenso partió del reconocimiento de que el indigenismo oficialista había definido a este sector de la población a partir de una lectura equivocada y poco científica de la realidad mexicana. Para estos científicos contestatarios, el análisis procedía de un proyecto nacionalista y modernizador impulsado por el Estado posrevolucionario sobre el cual se habían esgrimido una serie de programas que para la década de los 60 resultaban visiblemente ineficientes para el mejoramiento de las condiciones de vida de estos grupos. Para los antropólogos impugnadores, la definición del indio continuó siendo un problema de conocimiento medular para la disciplina. Éste debía ser abordado de una forma objetiva, científica, comprometida y sobre todo, acertada, puesto que esta definición determinaba el diagnóstico que se realizaba sobre la realidad indocampesina y por ende, sobre ésta descansaban las soluciones que se le podían dar a la problemática social y económica de la realidad mexicana.

¹³⁹ No es gratuito que en esta coyuntura se hubiese dado un auge de las reflexiones históricas sobre la antropología en México, en su mayoría elaboradas por los propios antropólogos, así como el impulso de los novedosos estudios antropológicos de la antropología. Por supuesto, no se debe perder de vista que este fenómeno historiográfico responde, así mismo, a la necesidad por explicar a la misma coyuntura.

Por lo anterior, las críticas y las propuestas que se esbozaron para redefinir al indígena estuvieron acompañadas de diagnósticos de la “verdadera” problemática que aquejaba a este sector de la población y de posibles soluciones a estos problemas. Sin embargo, cabe destacar que si bien los antropólogos coincidieron en rechazar la forma en que la antropología oficialista había definido al indígena, los modelos que propusieron para sustituirla fueron motivo de disenso. Estas propuestas de definición partieron de distintas posturas teóricas, políticas y generacionales, sobre todo en lo tocante a la forma en que se interpretó la relación entre el concepto de clase social y el de cultura étnica, por lo que nunca se llegó a un verdadero consenso en la forma de definir a los grupos indígenas y en las soluciones que se debían impulsar en aras de resolver los problemas sociales y económicos en los que estos grupos estaban involucrados.

En contraste a lo que pudiera creerse, lo anterior no repercutió negativamente en el valor de las ideas que los científicos rebeldes expusieron a lo largo de la querrela científica que se ha narrado en el apartado anterior, sino todo lo contrario. El consenso en el disenso por un lado refleja las primeras grietas de un estado general de las cosas, en este caso, manifestó el resquebrajamiento de una concepción antropológica del indígena que había permeado la actividad de numerosos etnólogos, antropólogos, arqueólogos y lingüistas durante la primera mitad del siglo XX. Por otro lado, el disenso en los modelos que buscaban sustituir esta tradicional concepción antropológica del indígena, manifestó la efervescencia teórica y política de los años sesenta que invadió a las instituciones desde donde se confeccionaban las ciencias sociales, las cuales permitieron visibilizar una realidad distinta a la que se representaba en el discurso nacionalista esgrimido por los

gobiernos posrevolucionarios. Partiendo de esta premisa, a continuación se analizan esos consensos y disensos.

...

La vertiente crítica coincidió en rechazar la forma en que la antropología indigenista definía al indígena, porque a su parecer ésta se había formulado a partir de una lectura equivocada y poco científica de la realidad mexicana.¹⁴⁰ Al respecto Arturo Warman expresó, “El pensamiento antropológico se ha desarrollado en el seno de instituciones que no persiguen fines científicos y que establecen límites precisos para su desarrollo y frecuentemente ejercen la censura”.¹⁴¹ En realidad, la mayoría de los textos que sobre el tema del indigenismo elaboraron los científicos rebeldes en algún momento señalaron este punto.

Para los críticos, esta errada lectura tenía su origen en la intrínseca relación que la disciplina mantenía con las políticas institucionales que el Estado mexicano implementaba en las regiones indígenas. Este vínculo, para algunos, podía resultar en una relación de manipulación o instrumentalización por parte del Estado hacia la ciencia antropológica como la siguiente cita lo demuestra: “en muchas situaciones históricas la posibilidad de entender los fundamentos de la conducta social se vislumbra como un recurso poderoso para reforzar la manipulación de las masas dominadas por los grupos dominantes; se

¹⁴⁰ Una síntesis de esta concepción se encuentra en la conocida definición que Alfonso Caso expuso en el texto que escribió siendo ya director del INI. Ésta en sus partes más importantes, versa así: “Es indio todo individuo que se siente pertenecer a una comunidad indígena; que se concibe a sí mismo como indígena porque esta conciencia de grupo ni puede existir sino cuando se acepta totalmente la cultura del grupo; cuando se tienen los mismos ideales éticos, estéticos, sociales y políticos del grupo [...] es una comunidad indígena aquella en que predominan elementos somáticos no europeos, que habla preferentemente una lengua indígena, que posee una cultura material y espiritual elementos indígenas en fuerte proporción y que, por último, tiene un sentido social de comunidad aislada dentro de las otras comunidades que la rodean, que la hace distinguirse de los pueblos de blancos y mestizos.” Alfonso Caso, *Indigenismo*, México, INI, 1958, p. 14-16.

¹⁴¹ Arturo Warman, “Todos santos y todos difuntos” en Arturo Warman *et al.*, *De eso que llaman antropología mexicana*, México, Nuestro Tiempo, 1970, p. 9-38.

procura entonces convertir la disciplina antropológica en un instrumento al servicio de quienes aspiran a mantener el *statu quo* que los beneficia”.¹⁴²

La crítica, además de poner en entredicho la científicidad de las corrientes tradicionales, las caracterizó como ciencias sujetas a objetivos coloniales. La denuncia sobre el carácter colonialista de la antropología, fue una idea reiterada a lo largo de muchos de los pronunciamientos del grupo. Warman llegó incluso al extremo de señalar el fenómeno de forma determinista: “La antropología es muchas cosas; tiene, en consecuencia, muchas definiciones. También tiene muchos propósitos. Sirve lo mismo para un barrido que para un fregado, aunque se la utilice preferentemente para lo segundo”.¹⁴³ Más adelante explica: “...estas ideas tienen un contenido limitado y condicionado por una manera de ser particular. Son conceptos creados por una cultura y sometidos a los propósitos de ésta. La antropología es, en fin de cuentas, una criatura de la civilización occidental.”¹⁴⁴

A este respecto, Guillermo Bonfil Batalla planteó la relación entre las ideas de la antropología indigenista el indigenismo revolucionario que se desarrolló en un momento en el que se forjaba patria. En su colaboración al manifiesto de la antropología impugnadora señaló:

Era un ambiente de euforia revolucionaria, explicable por la curva entonces todavía ascendente del proceso iniciado en 1910. Se estaba “forjando patria” (Gamio), “substanciando la idea de nación” (Aguirre Beltrán). Toda la sociedad mexicana se transformaba mediante conclusiones, muchas veces violentas, para dar lugar a un

¹⁴² *Ibid*, p. 7.

¹⁴³ *Ibid*, p. 9.

¹⁴⁴ *Ibid*, p. 10.

nuevo país que se quería mejor, más moderno, más rico y feliz. La utopía estaba a la vuelta de la esquina. El indio no podía quedarse rezagado.¹⁴⁵

Por otro lado, principalmente se criticó que la antropología oficialista considerara a los grupos indígenas como entidades exóticas y aisladas de los demás sectores de la sociedad. Así por ejemplo, desde 1963, los críticos denunciaban:

Hasta hace poco los antropólogos consideraban que las comunidades indígenas formaban un mundo aparte, extraño y enigmático al cual había que llegar, tras largas peripecias, pensando en descubrir los rasgos más exóticos y extraños a nuestra cultura. [...] el problema radica en que los grupos étnicos han sido ya parcialmente integrados, no por los antropólogos, sino por los explotadores mestizos comerciantes y acaparadores.¹⁴⁶

Como la denuncia lo demuestra, a la idea del aislacionismo en el que vivía el indígena, se contrapuso la tesis de que este sector de la población se encontraban ya integrados a la sociedad mexicana, al estar relacionados económicamente con los sectores no indígenas, más adelante en el mismo texto, se escribió “solamente podremos definir al indígena en función de su desarrollo y de sus contradicciones con el resto de la sociedad mexicana [...] no se va a lograr un mejoramiento esencial del indígena si no se le concibe como parte de un amplio sistema socioeconómico”.¹⁴⁷ El señalamiento de que la definición debía considerar a los grupos indígenas como parte de un sistema más amplio, se presentó de la mano de la idea de que su lugar en ese sistema no era de privilegio, sino de subordinación. A decir de Cazés, “...creemos indispensable plantear una definición del indígena en términos que correspondan a la realidad observable por el científico y no a las conveniencias de la clase gobernante, como es la generalmente aceptada [...] hay algo

¹⁴⁵ *Ibid*, p. 41.

¹⁴⁶ Editores, “Editorial” en *Tlatoani*, n. 17, p. 3.

¹⁴⁷ *Idem*.

mucho más importante que los factores de aislamiento, lingüísticos y culturales, para definir a los indígenas: su situación como subyugados en un régimen local y localista de explotación humana”.¹⁴⁸

En conformidad con lo anterior, Bonfil Batalla escribió:

...al indio hay que ‘integrarlo’, e ‘integración’ –otro término opaco de tanto manosearlo- debe traducirse no como el establecimiento de formas de relación entre los indios y el resto de la sociedad global, puesto que tales relaciones existen (no hay un solo grupo indígena aislado: todos son explotados en beneficio de la sociedad nacional), sino como una asimilación total del indígena, una pérdida de su identidad étnica, una incorporación absoluta a los sistemas sociales y culturales del sector mestizo, cuya valoración se mantiene –en la ideología oficial- tan orondamente alta hoy como se imaginaba en 1920 para el futuro inmediato.¹⁴⁹

Precisamente alrededor de este último aspecto, la idea de que “(no hay un solo grupo indígena aislado: todos son explotados en beneficio de la sociedad nacional)”, fue que el bloque impugnador dedicó la mayor parte de sus críticas y reflexiones. En concordancia, a la concepción indigenista se le criticó el que fundamentara sus tesis en la observación de rasgos culturales y no en los económicos. Éstos a partir de una interpretación marxista – como la de Daniel Cazés– se interpretaron como asuntos meramente “superestructurales”. Para este antropólogo quedaba claro que si en las definiciones indigenistas se incluía la cuestión económica, era sólo para hablar de la “cultura económica”, una vez que las proposiciones de los antropólogos oficialistas estaban más bien encaminadas por la

¹⁴⁸ García y Medina, *op. cit.*, p. 94. Refiere al trabajo que ya hemos comentado: Daniel Cazés Menache, “Indigenismo en México: pasado y presente” en *Historia y Sociedad*, v. 5 (1966) p. 66-84.

¹⁴⁹ Guillermo Bonfil, “Del indigenismo de la revolución a la antropología crítica” en Arturo Warman *et al.*, *De eso que llaman antropología mexicana*, México, Nuestro Tiempo, 1970, p. 39-65.

búsqueda de la modernización de la tecnología de las comunidades indígenas.¹⁵⁰ Para Alfonso Caso, según Cazés en 1966:

el problema indígena [...] se resume a lo siguiente: comunicaciones, economía, educación, salubridad; y ‘economía’ se reduce a ‘problemas forestales, la necesidad de nuevas técnicas agrícolas, las reducidas ganancias que ofrece el comercio de los productos de la agricultura, la necesidad del consumo de productos de otras zonas y del desarrollo, dentro de la autenticidad vernácula, de las artes populares.’¹⁵¹

En las críticas y las propuestas respecto al quehacer antropológico que el bloque impugnador en general articuló a lo largo de la polémica, la consideración de la cuestión económica representó, un asunto primordial en dos sentidos. En el primero porque la mayoría de los textos e investigaciones realizadas por estos antropólogos versaron sobre las relaciones económicas que existían entre los sectores indígenas y los mestizos, ya sea a nivel local, regional o nacional. En un segundo sentido, como ya se ha mencionado antes, las conclusiones a las que llegaron estos científicos fueron motivos de disenso.

...

Una propuesta temprana de definición fue la que Daniel Cazés esbozó en el ensayo que ya se ha citado anteriormente. Para él a la población indígena se le debía concebir como “un estrato particular de la clase social de los explotados [...] este estrato, insistimos, está en plena disolución como tal y va hacia la integración natural al régimen capitalista, como sucede con el resto de la población rural”.¹⁵² En esta concepción se aprecia un primer desdibujo de la distinción entre clase social y condición étnica y la ubicación del indígena dentro de un proletariado rural, o dicho de manera más puntual, la proyección de que en

¹⁵⁰ García y Medina, *op. cit.*, p. 88.

¹⁵¹ *Ibid*, p. 89.

¹⁵² *Ibid*, p. 96.

algún punto futuro los grupos indígenas se integrarían a la clase del proletariado. Para el autor de esta tesis, esta transformación poco tenía que ver la acción indigenista, puesto que a su parecer, éste era un proceso natural del desarrollo capitalista en países como México.

El antropólogo se cuestionaba si es que existían diferencias de base para distinguir a la comunidad indígena de la rural, haciendo alusión a la definición de Caso, expuso su duda, “¿No hay comunidades rurales “mestizas” igualmente aisladas que las indígenas, con rasgos culturales igualmente no europeos, con tipos somático netamente americanos, [...] no hay muchas comunidades ‘indígenas’ igualmente adaptadas a la vida nacional como la generalidad de las mestizas?”¹⁵³

En contraste con aquella definición, Guillermo Bonfil en 1968, durante el VI Congreso Indigenista Interamericano expuso una postura menos radical en la que se limitó a enunciar la necesidad de considerar un marco social amplio que encuadrara a los indígenas y a los tipos de relaciones que existen entre ellos y la sociedad nacional,¹⁵⁴ sin dar por terminada la discusión y reconociendo la importancia de la heterogeneidad cultural, apuntó:

Es indispensable profundizar en la elaboración de las teorías que nos expliquen la estructura y dinámica de sociedades amplias, estratificadas y con culturas heterogéneas que, como las nuestras, incluyen un sector particular de población indígena. [...] los resultados de las investigaciones orientadas de acuerdo con los lineamientos anteriores permitirán aclarar hasta qué grado y en cuales aspectos hay diferencias significativas entre la situación de los grupos indígenas y la de otras comunidades rurales.¹⁵⁵

¹⁵³ *Ibid*, p. 97.

¹⁵⁴ Guillermo Bonfil, “Tareas del quehacer antropológico”, *Op. cit.*, p. 922.

¹⁵⁵ *Idem*.

Capítulo 3. La arqueología y el monumento

Los cuestionamientos que entre 1964 y 1979 se hicieron acerca del quehacer arqueológico que hasta ese momento se realizaba bajo los lineamientos de los organismos científicos oficiales mexicanos y las propuestas que se formularon para modificar los rumbos equivocados que la disciplina en algún momento había tomado, se articularon en torno al lugar que en la arqueología ocupaba el monumento.

Para la arqueología, curtida en el análisis de los restos materiales tales como los artefactos, estructuras y suelos, ese objeto de excesivas dimensiones no sólo representó una fuente abundante de información sobre la actividad humana pretérita, también significó un elemento clave en el desarrollo de técnicas de exploración, liberación, conservación y restauración en dicha ciencia. Al mismo tiempo, el monumento arqueológico –aquel concebido desde la teoría y la práctica arqueológica– para los gobiernos posrevolucionarios implicó un medio para generar recursos económicos a través del turismo que éste atraía; pero sobre todo, encarnó una forma de articular y extender un discurso político e ideológico que reclamaban las circunstancias causadas por la violenta revolución. “Mostar las riquezas pretéritas brindaba beneficios económicos con el ingreso de turistas al territorio y, también y en mayor medida, acrecentaba el prestigio y raigambre histórica del pueblo”, apunta López Hernández.¹⁵⁶

La búsqueda de una identidad en el pasado nacional no es una tradición inventada por los gobiernos posrevolucionarios. Ésta es parte de un nacionalismo cuyos orígenes David Brading, ha encontrado en el patriotismo criollo consolidado para el siglo XVIII, es decir, en “las simpatías a través de las cuales los descendientes de los conquistadores y los

¹⁵⁶ López Hernández, *En busca, op. cit.*, p. 91.

hijos de inmigrantes crearon una conciencia característicamente mexicana, basada en gran medida en el repudio a sus orígenes españoles y alimentada por la identificación con el pasado indígena”.¹⁵⁷ La mayor parte del siglo XIX, advierte Vázquez León, la disciplina de la historia y la construcción de la historia patria fue las encargada de fundar una identidad nacional hasta 1880, cuando bajo el régimen porfirista, la arqueología monumental despuntó como un recurso del poder “en conexión a la erección e museos y los servicios administrativos de inspección de antigüedades” bajo la tutela de Leopoldo Batres.¹⁵⁸ Para Brading, los ideólogos de la revolución recurrieron a estos elementos nacionalistas, “a la tradición, a los mitos e ideas que se formularon durante las guerras de Independencia” tales como “la exaltación del pasado azteca, la denigración de la Conquista, el resentimiento xenofóbico en contra de los gachupines y la devoción por la Guadalupana”.¹⁵⁹

López Hernández por su lado advierte que “El siglo XX representó la aceptación del “primitivo” antes menospreciado por el evolucionismo decimonónico, y los nacionalismos adquirieron un nuevo impulso que tendía a desligarse de la universalidad decimonónica y se acercaba, de manera paulatina, a la exaltación de las localidades en una universalidad diferente”.¹⁶⁰ Todo lo anterior tuvo como consecuencia que el monumento fuera para la arqueología desarrollada después de la posrevolución, por un lado, un medio sumamente redituable en la construcción del prestigio profesional y en la atracción de

¹⁵⁷ David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, tr. Soledad Loaeza, México, Ediciones Era, 1980, p. 15. Más adelante el autor apunta un dato interesante sobre el motor que impulsa la creación de dicha conciencia: “...el patriotismo criollo expresaba los sentimientos e intereses de una clase alta, a la que se le negaba su derecho de nacimiento: el gobierno del país”. *Ibid*, p. 16.

¹⁵⁸ Vázquez, El Leviatán, *op. cit.*, 113-114.

¹⁵⁹ *Ibid*, p. 11 y 15.

¹⁶⁰ *Ibid*, p. 91. La investigadora apunta que la elección de los sitios monumentales estuvo también relacionada con inquietudes de origen teórico: “los lugares trabajados, de hecho, se encontraban relacionados, de una u otra forma, con el origen de la civilización. Cholula era el lugar al que, de acuerdo a las fuentes, habían migrado los pobladores de la gran Tollan tras su caída; mientras que Chichén Itzá presentaba tales similitudes con el Altiplano [...] y, finalmente, Tenayuca era uno de los centros aztecas que podían responder a las inquietudes del último pueblo de importancia antes de la Conquista.” p. 92

recursos, y por otro, un objeto central en sus investigaciones, metodologías y en las narraciones difundidas en los informes, obras bibliográficas y en los ensayos publicados en revistas académicas. El vínculo entre la arqueología y el monumento se convirtió en una cuestión medular para el desarrollo de la disciplina. La relación entre la arqueología y el monumento, apunta López Hernández, dirigió sus esfuerzos “hacia ‘al sostenimiento del prestigio de la nación, haciendo patente la cultura y la grandeza de los pueblos que nos precedieron’, y hacia la demostración de las contribuciones del país a la cultura universal”.¹⁶¹

Bajo esta tesitura, para la década de los 20, las investigaciones arqueológicas realizadas en el territorio nacional conducidas por la Dirección de Arqueología, según apunta con acierto López Hernández, siguieron las siguientes pautas: la liberación de los principales edificios de cada zona, la reconstrucción de los edificios, la ubicación de acuerdo a su estilo arquitectónico, la realización de exploraciones estratigráficas, el establecimiento de secuencias cronológicas a partir de los restos cerámicos y la realización de estudios basados en fuentes coloniales o en los glifos de los restos escultóricos y arquitectónicos.¹⁶² Así mismo, cabe anotar que la liberación de monumentos –el retiro de agregados de épocas posteriores que demeritan al monumento por no estar integradas a él– para ese entonces, ameritó la aplicación de conocimientos especializados en ingeniería y arquitectura por lo que no fue sorprendente para estos años, la participación de arquitectos en las investigaciones arqueológicas, como la del arquitecto Ignacio Marquina.¹⁶³ Si bien la relación entre el monumento y la disciplina arqueológica entre los 20 y los 40 sufrió

¹⁶¹ *Ibid*, p. 92. La autora cita a Roberto Gallegos (coord.), *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacán*, México, INAH, 1997, 674 p., p. 420-422.

¹⁶² López Hernández, *En busca*, *op. cit.*, p. 90.

¹⁶³ *Idem*.

transformaciones debido a algunas modificaciones en la forma en que los objetos arqueológicos fueron concebidos por sus estudiosos, se puede afirmar que la relación siguió siendo fundamental en el desarrollo de la disciplina y en la construcción del discurso ideológico político difundido por los gobiernos posrevolucionarios subsiguientes. Al respecto apunta Pérez Montfort, “Si bien el nacionalismo ya formaba parte del enorme bagaje cultural que el México revolucionario heredaba del conflictivo siglo XIX, un fuerte impulso introspectivo, con ciertos aires renovadores, se dejó sentir en el país a partir de la instauración de la llamada ‘era de los caudillos’.”¹⁶⁴

Para la década de los 60, la importancia del monumento arqueológico para el gobierno de López Mateos fue evidente cuando el 14 de septiembre de 1964, el presidente tomó un helicóptero a Teotihuacán para inaugurar las restauraciones que el arqueólogo Ignacio Bernal había dirigido en la zona. En la ceremonia, en palabras del Secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet “Carlos Pellicer recitó un poema cálido y caudaloso. Escuchamos una cantata de Blas Galindo. Y Bernal relató cómo había trabajado el Instituto de Antropología para cumplir la misión que le encomendamos”.¹⁶⁵ Esta misión había iniciado dos años atrás y había contado con la cuantiosa cantidad de 20 millones de pesos y la cooperación de arqueólogos como Jorge R. Acosta, Ponciano Salazar Ortegón, y un joven pasante de la especialidad de arqueología, Eduardo Matos Moctezuma y consistió llanamente en la restauración de los principales edificios de la zona. En las memorias de Jaime Torres Bodet, ni siquiera se hace mención de una investigación arqueológica en el sitio.¹⁶⁶

¹⁶⁴ Ricardo Pérez Montfort, “Indigenismo, hispanismo y panamericanismo en la cultura popular mexicana de 1920-1940” en Roberto Blancarte (comp.), *Cultura e identidad nacional*, 2ª ed., México, FCE, CONACULTA, 2007, p. 516.

¹⁶⁵ Torres Bodet, *Memorias, op. cit.*, p. 384-385.

¹⁶⁶ *Ibid*, p. 385.

La ceremonia fue parte del tour que el presidente realizó en el marco de las celebraciones septembrinas que se realizaban todos los años para conmemorar el inicio de la nación independiente. Tres días después de ésta, el Ejecutivo se volvió a rodear de la estirpe de arqueólogos para celebrar que “Cuauhtémoc no murió en vano”, como dictó el discurso inaugural del funcionario Torres Bodet, porque, “Junto a los restos de un mundo prócer, México proseguía, perseverante, atrevido y fiel...” el Secretario recordó, “Por algo habíamos dispuesto que -entre las inscripciones tomadas de varios textos precolombinos- figurase ésta: Toda luna, todo año, todo día, todo viento, camina y pasa también. También toda sangre llega al lugar de su quietud”.¹⁶⁷

Una interpretación crítica de los motivos subyacentes a la inscripción de estas palabras en las paredes del nuevo monumento erigido en la mitad del Bosque de Chapultepec y la selección de esas palabras y no de otras, es la que elaboró **Octavio Paz** en 1969. El autor vio en este monumento “una arquitectura hecha de la materia solemne del mito”, en el que, “la antropología y la historia se han puesto al servicio de una idea de la historia de México y esa idea es el cimiento, la base enterrada e incommovible que sustenta nuestras concepciones del Estado, el poder político y el orden social”.¹⁶⁸ Es decir, la idea de una historia lineal, en la que la diversidad mesoamericana, sus conflictos y problemas, se presentó como los preliminares de la cultura hegemónica, la azteca con su imperio exaltado y glorificado en las salas del Museo, es decir el de México-Tenochtitlán. Para el escritor, la exaltación del periodo azteca justifica la supervivencia de un modelo de dominación que trae “quietud a la sangre”, de la misma forma en que los conflictos de la revolución fueron apaciguados por un régimen dominante y autoritario, en aras de mantener la unidad

¹⁶⁷ *Ibid*, p. 384.

¹⁶⁸ Paz, *op. cit.*, p. 315-316.

nacional y lograr la modernización de la nación. Octavio Paz escribió “hay un puente que va del tlatoani al virrey y del virrey al presidente. La glorificación de México-Tenochtitlan en el Museo de Antropología es una exaltación de la imagen de la pirámide azteca, ahora garantizada, por decirlo así, por la ciencia. El régimen se ve transfigurado, en el mundo azteca”.¹⁶⁹ De este modo, el monumento arquitectónico y el arqueológico adquieren una relevancia central para el discurso oficial del partido revolucionario. Para Paz “El culto que se propaga entre sus muros es el mismo que inspira a los libros escolares de historia nacional y a los discursos de nuestros dirigentes: la pirámide escalonada y la plataforma del sacrificio”.¹⁷⁰ Es decir, una historia lineal y progresiva, en la que es necesario el sacrificio de algunos aspectos por el bienestar de otros.

Este intelectual no fue el único que miró críticamente esta simbiosis entre el monumento y la arqueología, junto con él, un grupo de antropólogos y arqueólogos durante quince años, desde la construcción de esta monumental obra arquitectónica, expresaron sus inconformidades hacia el lugar privilegiado del monumento en el discurso arqueológico. Estas manifestaciones son las que se rescatan en los siguientes apartados para ser analizadas en función de la tesis de que entre 1964 y 1979 hubo una reconfiguración de la arqueología y que esta partió del cuestionamiento hacia el lugar privilegiado que el monumento tenía en la disciplina.

3.1 El Modo de Producción Asiático y la metodología de la arqueología mexicana

A mediados de la década de los 50, la circulación de un manuscrito de Karl Marx suscitó entre algunos círculos académicos el debate público en torno a las tesis que a partir del

¹⁶⁹ *Ibid*, p. 317.

¹⁷⁰ *Ibid*, p. 316.

materialismo histórico se sostenían sobre la evolución histórica. La trifulca no era para menos pues se trató de un manuscrito prácticamente inédito en el que, en palabras de Eric J. Hobsbawm, desde un “materialismo histórico en su aspecto más fértil” un Marx maduro exponía su análisis del mecanismo del cambio social y de las diferentes épocas del progreso humano que de éste dependen, nunca antes presentado con tal profundidad.¹⁷¹

El manuscrito llevó el título *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, una traducción del original en alemán *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie* y fue redactado entre 1857 y 1858 durante la preparación de las obras *Contribución a la crítica de la economía política* y *El capital*. De los *Grundrisse* sobresalió el apartado “Formas que preceden a la producción capitalista. (Acercas del proceso que precede a la formación de la relación de capital o a la acumulación originaria)”, que informalmente fue conocido como “Formas precapitalistas de producción” o las *Formen* por su nombre original en alemán “*Formen die der kapitalistischen Produktion vorhergehen*”.¹⁷²

La valía específica de las *Formen* radica en que en ellas Marx expuso el contenido de su teoría de la evolución social y económica; para él, el contenido de la historia misma, es decir el progreso, es objetivamente observable en “la creciente emancipación del hombre con respecto a la naturaleza y en su creciente control sobre ésta”.¹⁷³ Por lo tanto, el texto refiere al proceso de transformación de las relaciones de producción y las formaciones

¹⁷¹ Karl Marx y Eric J. Hobsbawm, *Formaciones económicas precapitalistas*, 2ª ed., México, Siglo Veintiuno, 1989, 119 p., p. 10. [1ª ed. 1971]. Más adelante Hobsbawm afirma: “Puede decirse sin vacilación que cualquier análisis histórico marxista que no tenga en cuenta esta obra —es decir, prácticamente todos los análisis anteriores a 1941 y, por desgracia, muchos de los posteriores— debe ser reconsiderado a su luz.”

¹⁷² Un magnífico análisis de “Las Formen” se encuentra en el ensayo introductorio que Eric J. Hobsbawm preparó para la primera edición del manuscrito publicada por Siglo Veintiuno en 1971 que se ha citado anteriormente: *Ibid.*

¹⁷³ *Ibid.*, p. 13.

económicas-sociales particulares determinadas por éstas, en las que sobresale el examen de diferentes modos precapitalistas de producción.¹⁷⁴

Uno de los aspectos más polémicos del contenido de las *Formen* fue la incorporación del sistema asiático a la tabla de periodos históricos, también conocido como el Modo de Producción Asiático. Si bien en el Prólogo de la *Contribución a la crítica* Marx había apuntado las épocas de progreso: “el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués”¹⁷⁵, en las *Formen* el autor anotó el análisis que lo llevó a introducirlo. Partiendo de la observación de sistemas no europeos, Marx concluyó que de la sociedad comunal primitiva había diversos caminos hacia el progreso, estos podían ser los seguidos por los sistemas orientales, los antiguos o los germánicos.¹⁷⁶ En el estadio asiático, existe la propiedad comunitaria o tribal de la tierra y un modo de manufactura y agricultura autosuficiente, del cual se producen excedentes con los que se costean los gastos de las operaciones necesarias como la guerra o la irrigación, que realiza una unidad mayor bajo la forma de un gobierno despótico. En este estadio, la enajenación del excedente es el germen de la dominación señorial, a partir del cual se puede desarrollar un sistema feudal. Finalmente, Marx alude al caso de México y Perú antiguo, junto con los remotos celtas y algunas tribus de la India para ejemplificar el contenido de este tipo de propiedad comunitaria.¹⁷⁷

En realidad el volumen de los *Grundrisse* fue publicado por primera vez en Moscú en 1939-1941 pero debido al testimonio que evidenciaba en Marx un punto de vista multilineal acerca del desarrollo histórico y a la coyuntura en la que se publicó el inédito

¹⁷⁴ *Ibid*, p. 13-17.

¹⁷⁵ Karl Marx, “Prólogo”, citado en *Ibid*, p. 11

¹⁷⁶ *Ibid*, p. 32.

¹⁷⁷ *Ibid*, p. 33 y 70.

manuscrito de Marx -en pleno estalinismo- la obra permaneció en el olvido hasta que las *Formen* y, en su totalidad los *Grundrisse* fueron publicados en Berlín en 1952 y 1953, respectivamente.

En México, las ideas esbozadas acerca de las *Formen* y el Modo de Producción Asiático causaron un revuelo académico en los círculos marxistas, en el que la antropología y la arqueología fueron un suelo fértil para su discusión. En especial los círculos de antropólogos y arqueólogos formados en la ENAH, sobre los que se ha hablado en el primer capítulo. En el otoño de 1965 las *Formen* fueron traducidas por primera vez al español por el exiliado español Wenceslao Roces y publicadas por “una deferencia del Fondo de Cultura Económica, la más prestigiosa casa editorial de Latinoamérica, y del Dr. Wenceslao Roces”¹⁷⁸ en el tercer número de la revista *Historia y Sociedad*, dirigida en ese entonces por Enrique Semo.¹⁷⁹ Aunque dicha traducción estuviese contemplada para ser publicada como parte de la colección “Obras fundamentales Karl Marx y Friedrich Engels” a cargo del Fondo de Cultura Económica, la versión publicada en la revista fue la única que circuló en el medio mexicano durante las dos décadas siguientes.¹⁸⁰

Una vez que las ideas de Marx versaban sobre la periodización de la historia y que sus postulados emanaban de observaciones históricas de sociedades precapitalistas, fue lógico que los arqueólogos y los antropólogos que desarrollaban sus actividades en México, consideraran importante tomar el asunto en sus manos. Al menos lo fue en un momento en el que estas disciplinas habían iniciado un proceso de revaloración de sus objetivos,

¹⁷⁸ Redacción, “Formas de propiedad precapitalistas. Nota de la Redacción” en *Historia y Sociedad*, n. 3 (otoño 1965), p. 1.

¹⁷⁹ Karl Marx, “Formas de propiedad precapitalistas” en *Ibid*, p. 1-34.

¹⁸⁰ El manuscrito completo fue publicado varios años después por el Fondo de Cultura Económica: Karl Marx, *Grundrisse: Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política 1857-1858*, tr. Wenceslao Roces, 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1985. (Obras fundamentales Karl Marx y Friedrich Engels, v. 6-7).

métodos y prácticas. De este modo, no fue extraño que la traducción de Wenceslao Roces apareciera acompañada por un ensayo de Roger Bartra, Jefe de Redacción de la revista *HyS* y cursante de la carrera de etnología de la ENAH.¹⁸¹

Al mismo tiempo que en Chapultepec se inauguraba un Museo Nacional de Antropología sobre idearios nacionalistas, para otro tipo de arqueólogos, los planteamientos modelados por el materialismo histórico develaron a las sociedades prehispánicas como parte de un esquema histórico universal, pero sobre todo, de progreso. Éste último un atributo por demás importante en un contexto en el que se debatía sobre el lugar de las naciones “subdesarrolladas” en el nuevo mundo creado después de la segunda guerra mundial. “¿Y cómo se puede comprender la interacción del mundo precapitalista con la moderna sociedad capitalista y con el imperialismo económico, interacción que ha producido esto que llamamos países subdesarrollados?” sería la pregunta que rondaría la mente de los antropólogos interesados en las interpretaciones elaboradas desde el materialismo histórico.¹⁸²

El episodio del Modo de Producción Asiático, o dicho de otro modo, el recibimiento de las *Formen* en el campo de la arqueología, visto a la luz de los propósitos de esta investigación, que sostienen que durante 1964 y 1979 hubo una reconfiguración de la antropología y la arqueología, revela información clave en el entendimiento de este fenómeno. En primera instancia, el debate fue recibido y nutrido por integrantes del *universo rebelde* que en páginas anteriores se ha analizado; segundo, éste motivó la exposición de propuestas para modificar el campo de la arqueología que se nutrieron de posturas desde el materialismo histórico; tercero, la expresión de estas ideas implicó la

¹⁸¹ Roger Bartra, “Sociedades precapitalistas. Reflexiones en torno a un texto inédito de Marx” en *Historia y Sociedad*, n. 3 (otoño 1965), p. 35-42

¹⁸² Bartra, *Ibid*, p. 42.

creación de nuevos medios para exponer y difundir las ideas; y cuarto, el episodio denotó diferencias entre las generaciones de rebeldes. Estos aspectos serán analizados a continuación.

...

Aunque el enfoque marxista en la tradición arqueológica en México se puede rastrear desde los últimos años de la década de los 40, es indudable que éste se vio renovado a partir de la discusión acerca del Modo de Producción Asiático.¹⁸³ En este segundo aire de reflexión, fueron en particular los etnólogos Roger Bartra y Ángel Palerm, los científicos más interesados en promover el debate público sobre el México antiguo bajo estos nuevos enfoques y consideraciones teóricas. El primero, además de escribir algunas reflexiones al respecto y de poner a disposición del medio académico mexicano los textos más importantes sobre la cuestión, se preocupó por introducir al debate la perspectiva de antropólogos y arqueólogos originarios de las repúblicas socialistas soviéticas.

La primera publicación conocida por Roger Bartra fue una reflexión sobre la importancia del método tipológico y de la periodificación en la arqueología de las sociedades prehistóricas, que promovía en la arqueología la misión de “reflejar la conexión histórica fundamental que se observa entre los fenómenos socio-económicos de los grupos humanos prehistóricos a lo largo de su desarrollo, a través de los restos materiales que dejaron sobre la tierra”.¹⁸⁴ El texto fue publicado en 1964 -un año antes de que el apartado de las *Formen* iniciara su circulación entre el medio editorial mexicano- en el quinto

¹⁸³ Lo anterior es posible a través de los trabajos de Pedro Armillas y José Luis Lorenzo, ambos seguidores de las ideas del marxista Gordon Childe Manuel Gándara, Fernando López e Ignacio Rodríguez, “Arqueología y marxismo en México” en *Boletín de Antropología Americana*, n. 11 (julio 1985), p. 5-17.

¹⁸⁴ Roger Bartra, “La tipología y la periodificación en el método arqueológico” en Suplemento de la revista *Tlatoani* (n. 5, 1964), p. 13-14.

suplemento de la revista *Tlatoani* con el título “La tipología y la periodificación en el método arqueológico” cuando Bartra era aún estudiante de la carrera de etnología.

En este escrito, Bartra estableció cuáles eran los objetivos de los “arqueólogos auténticamente científicos”; estos debían considerar como fin último de esta ciencia, la comprensión de las leyes objetivas que han determinado el desarrollo de las sociedades, estudiar al hombre como un ser creador y productivo y a los hechos históricos relativos a la producción de los medios necesarios para satisfacer las necesidades básicas del mismo. Los objetivos anteriores estaban fundamentados en una idea ulterior sobre el lugar de las ciencias en las sociedades, resumida en la siguiente oración: “Si la ciencia arqueológica quiere encontrar una función positiva en la sociedad, debe señalar con vigor, dentro de sus posibilidades, el camino del progreso”.¹⁸⁵

Determinados por los objetivos anteriores, Bartra señaló algunos aspectos de la metodología arqueológica, sobre todo en relación al tratamiento del objeto de estudio de la arqueología y sus fuentes. Al respecto, el autor apuntó como necesario el estudio de los materiales con los que el hombre trabaja, al ser éstos “restos de los antiguos medios de producción o huellas dejadas por la actividad productiva del hombre”.¹⁸⁶ Es decir que el autor concibe al artefacto arqueológico como “un producto del trabajo humano, y como tal, una expresión de la actividad determinante del desarrollo de las sociedades”.¹⁸⁷ Dicho de manera más puntual: “Nosotros partimos del hecho de que los restos arqueológicos son representativos, en su mayoría, de una parte fundamental de la totalidad humana: el

¹⁸⁵ *Ibid*, p. 11-12, 43.

¹⁸⁶ *Ibid*, p. 12.

¹⁸⁷ *Ibid*, p. 29.

desarrollo de las fuerzas productivas. Estas incluyen al hombre como fuerza de trabajo, a los instrumentos de trabajo y a los objetos sobre los que se desarrolla el trabajo.¹⁸⁸

En el texto también se señalaba una crítica a la arqueología limitada a la descripción de los materiales arqueológicos sin generar clasificaciones que ayudaran a una real periodificación de la historia universal del hombre:

El arqueólogo, a diferencia del antropólogo, no puede tratar directamente con su objeto de estudio, sino que se limita a conocerlo a través de los restos materiales que las sociedades ya desaparecidas nos han dejado. Esta circunstancia ha provocado, en innumerables casos, que los arqueólogos se olviden de su verdadero objeto de estudio: el hombre. La influencia de las características del material arqueológico ha hecho caer a muchos investigadores en un empirismo que no ha ido más allá de describir y clasificar piedras y cacharros.¹⁸⁹

Para la superación de este tipo de arqueología, el autor propuso la elaboración de una clasificación en un nivel superior, cuyo objeto fueran culturas y no artefactos. El trabajo de sistematización de estos artefactos, según este etnólogo, se debía completar con el ejercicio de relacionar el estudio de los restos arqueológicos con los nexos que unen las categorías, descubrir la conexión entre éstos, que refleje una ley que caracterice la totalidad del estado de las cosas en un momento dado.¹⁹⁰ De esta forma, para el autor, la labor del arqueólogo es crear periodificaciones basadas en los cambios cualitativos en el desarrollo de la sociedad, a decir, las relaciones de producción y el desarrollo de las formaciones sociales determinadas por los modos de producción.¹⁹¹

En las últimas páginas del ensayo, aparecía una crítica a las periodificaciones de la historia mesoamericana elaboradas por los arqueólogos Ignacio Bernal, Alfonso Caso,

¹⁸⁸ *Ibid*, p. 30.

¹⁸⁹ *Ibid*, p. 12.

¹⁹⁰ *Ibid*, p. 32.

¹⁹¹ *Ibid*, p. 42.

Julian Steward y Pedro Armillas, éstas fueron impugnadas por “levantar el edificio de la evolución humana sobre bases dispersas y poco homogéneas” en la que cada periodo fue establecido sobre diferentes criterios, algunos tecnológicos, socio económicos y en su mayoría estéticos.¹⁹²

Al siguiente año, la traducción de las *Formen* publicado en la revista *HyS* estuvo acompañado de otro texto de Bartra en el que dirigió una crítica a los científicos sociales que a su parecer habían hecho un mal uso del concepto marxista que propone una separación entre la ciudad y el campo, como la base de todo régimen de división de trabajo, porque al parecer del autor, éstos habían puesto de lado las demás categorías, como la estructura de clases. A Pablo González Casanova, Rodolfo Stavenhagen, André Gunter Frank, Gonzalo Aguirre Beltrán, Ricardo Pozas Arciniega, ubicados en “la izquierda” y Robert Redfield, George M. Foster, Giedon Sjoberg, Horace Miner y Sidney Mintz, en la “derecha”, dice el autor que Marx podría decirle a estos "continuadores" una frase que se le atribuye al poeta Heine: "he sembrado dientes de dragón y he cosechado pulgas".¹⁹³ En la segunda parte del texto, a la luz de los postulados de las *Formen*, Bartra elaboró un análisis sobre las tesis del modo de producción asiático y de los problemas de las sociedades precapitalistas, así como de su influencia en los sistemas capitalistas posteriores. A partir de este resumen apunta el conflicto del enfoque unilineal y multilineal de la evolución humana y lanza una pregunta que en sus próximas publicaciones buscó responder: "¿En qué medida la historia precapitalista de nuestras sociedades se puede examinar a la luz de estos

¹⁹² *Ibid*, p. 43.

¹⁹³ Bartra, “Sociedades, *op cit.*, p. 35-42.

conceptos?”¹⁹⁴ Ambos ensayos fueron publicados en repetidas ocasiones, por lo que estos textos tuvieron una amplia circulación en el medio académico.

Como anteriormente se ha señalado, Roger Bartra no sólo se interesó en escribir sobre el tema, también puso especial interés en la compilación de textos que pudieran dar mayor luz sobre el asunto. De esta manera, en 1969, coordinó la publicación de dos obras de similar naturaleza: una publicada por Grijalbo, en la que el etnólogo -ya para entonces titulado- planificó un volumen integrado por el artículo que anteriormente había publicado para *HyS* del que se ha hablado con anterioridad y cinco textos que abordaban el tema del modo de producción asiático de manera general escritos por un francés, un polaco, un soviético, un checoslovaco y él mismo, publicados originalmente en revistas editadas en Repúblicas Socialistas Soviéticas.¹⁹⁵ Y otra publicada por Era, en la que coordinó una obra de mayor contenido analítico que constó de una antología de textos de Marx y Engels; reflexiones teóricas de antropólogos e historiadores soviéticos; y estudios interpretativos del modo de producción en sociedades no europeas.¹⁹⁶

Para la década de los 70, el estudio sobre el origen del Estado en Teotihuacán se convirtió en una forma de observar el tránsito de una comunidad primitiva a una clasista, desde una perspectiva que consideraba la existencia de etapas generales y necesarias de la sociedad pero en la que cada sociedad presentaba características particulares. En palabras del propio Bartra, “el uso del concepto marxista de modo de producción asiático en la interpretación del grado de evolución alcanzado por los pueblos del México antiguo se

¹⁹⁴ *Ibid*, p. 42.

¹⁹⁵ Roger Bartra (ed.), *El modo de producción asiático*, tr. Roger Bartra, México, Grijalbo, 1969. [Título de la obra original en francés: *Le monde de production asiatique*]. Nowe drogi, órgano teórico y político del Comité del Partido Obrero Unificado Polaco; un discurso de clausura de una discusión organizada por el Instituto de los Pueblos de Asia de la Academia de Ciencias de la URSS 1965 en Moscú; Eirene, revista de estudios griegos y latino editada por la Academia de Ciencias Checoslovaca.

¹⁹⁶ Roger Bartra, *El modo de producción asiático. Antología de textos sobre problemas de la historia de los países coloniales*, México, Era, 1969.

convierte en una alternativa no sólo interesante, sino también necesaria”.¹⁹⁷ Esta cuestión fue muy importante para los grupos de científicos que buscaban respuestas sobre el tránsito de las sociedades latinoamericanas hacia una sociedad sin clases.

Las investigaciones posteriores de Roger Bartra tuvieron como objeto el desarrollo de los campesinos y la estructura agraria y fue hasta 1975, que finalmente el autor esbozó a partir de estudios arqueológicos tres estudios interpretativos del México antiguo a la luz de los conceptos sobre los que años atrás se había debatido bajo el argumento de que “Las sociedades del México antiguo, y en particular Teotihuacán, presentan nuevas facetas del problema, haciéndonos ver que el paso de la comunidad primitiva a la sociedad clasista está lleno de matices aún no estudiados”.¹⁹⁸ Por otro lado esta perspectiva vino de la mano de una impugnación de aquella arqueología desligada de estos propósitos, como se manifiesta en el mismo texto de Bartra:

...es de lamentarse que las excavaciones arqueológicas practicadas recientemente en Teotihuacán no hayan sido encaminadas a resolver los grandes interrogantes que plantea esta antigua urbe, a aclarar la base de su economía, las formas de su vida social, etc. Una arqueología al servicio del turismo que no busca sino hacer “atractiva”, “bonita”, y “cómoda” una antigua ciudad para placer y solaz de los visitantes, es una arqueología caduca.¹⁹⁹

La discusión acerca del Modo de Producción Asiático impulsó en el *universo rebelde*, una nueva forma de concebir la historia de las culturas prehispánicas, así como la revisión de la forma de concebir a las fuentes, el objeto de estudio, los objetivos y la metodología de la arqueología. Ambas actividades vinieron de la mano de la creación de nuevos medios

¹⁹⁷ Roger Bartra, *Marxismo y sociedades antiguas. El modo de producción asiático y el México Prehispánico*, México, Grijalbo, 1975, p. 28.

¹⁹⁸ *Ibid*, p. 100.

¹⁹⁹ *Idem*.

que soportaran estas ideas. Por un lado se crearon revistas académicas nuevas como la revista Historia Tlatoani, por otro, fue importante las editoriales como el Fondo de Cultura Económica, Siglo Veintiuno y Grijalbo.

3.2 Las dos épocas del Proyecto Cholula

Como parte del programa internacional e interdisciplinario de estudios del hombre y de su medio en el valle de Puebla-Tlaxcala iniciado en 1962 en el que participaron la Fundación Alemana para la Investigación Científica, el INAH, la UNAM, El Colegio de México y el IPN entre 1966 y 1970 se realizaron algunas investigaciones arqueológicas en la zona poblano-tlaxcalteca. El curso de estas investigaciones reveló un momento de tensión entre la arqueología tradicional y la arqueología contestataria. En el centro del debate se encontraba la concepción misma del quehacer arqueológico. Puso en evidencia la dificultad para empatar las perspectivas, la hegemonía de la arqueología tradicional sobre cualquier otra, sus relaciones con el poder, obviamente, las posturas de los contestatarios y finalmente, la necesidad de crear nuevos espacios para la difusión de estas ideas no-oficialistas. Finalmente prevaleció la tradicional.

Primera época, 1966-1967

En 1966 el director del INAH, Eusebio Dávalos Hurtado propuso realizar una investigación antropológica integral en la región poblano-tlaxcalteca. El plan fue aprobado por el propio Secretario de Educación Pública, Agustín Yáñez y contó con la cooperación del Estado de Puebla. La concepción del proyecto tuvo dos principales referentes que determinaron las expectativas que sobre éste se tenían: la investigación en la población del Valle de

Teotihuacán puesta en marcha decenios atrás por Manuel Gamio (1918-1922) y los trabajos de restauración del sitio arqueológico de Teotihuacán que recién se habían realizado entre 1963 y 1964.²⁰⁰

El primero desde años atrás se había convertido en un hito en las investigaciones antropológicas. Los estudios en el Valle de Teotihuacán planteaban la necesidad de comprender la situación *integral* de la población mexicana para así encontrar los medios necesarios para promover su desarrollo.²⁰¹ De este modo, se puso de manifiesto la necesidad de que las ciencias sociales estuvieran al servicio del Estado para asesorarlo en el diseño de políticas públicas que intervinieran exitosamente en el desarrollo de las comunidades agrarias.²⁰² Es por ello que para algunos historiadores “La propuesta de Gamio era, en cierta medida, la base fundadora de la articulación entre la intelectualidad académica y el Estado posrevolucionario en México”.²⁰³ Por otro lado, los objetivos de estas investigaciones descansaban sobre el fin último de formar una nacionalidad coherente y definida, es decir una verdadera patria.²⁰⁴ El que éste tipo de investigaciones fueran aún para la década de los 60 referentes en los diseños de los estudios antropológicos da cuenta de que para esa época prevalecía un régimen que buscaba resolver problemas nacionales por medio de instrumentos científicos.

²⁰⁰ A decir de Olivé Negrete, en el programa de trabajo “Se proyectaron investigaciones arqueológicas para conocer las formas prehispánicas de distribución de la población, de organización social y de sus sistemas de cultivo, una investigación demográfica, de tipo histórico, sobre Cholula y otra sobre las relaciones étnicas en el valle de Puebla y Tlaxcala.” Julio César Olivé Negrete, INAH, una historia, 2 v., México, INAH, 1995, p. 55.

²⁰¹ Se dividió al país en 10 regiones culturales que se debían estudiar sucesivamente, aunque en realidad sólo se estudió la primera región en los estados de México, Hidalgo, Puebla y Tlaxcala a través de una muestra representativa en el Valle de Teotihuacán. Los objetivos de la investigación era por un lado conocer las condiciones económicas del territorio y los antecedentes históricos, el estado físico y cultural en la población del valle, para así encontrar las formas adecuadas para transformarla, procurando su mejoría física, intelectual, social y económica.

²⁰² Guillermo Palacios, “Intelectuales”, *op. cit.*, p. 588-589.

²⁰³ *Ibid*, 589.

²⁰⁴ Manuel M. Marzal, Historia de la Antropología, Quio-Ecuador, Abya Yala, 1996, p. 403- 458.

Sobre el segundo referente –las restauraciones de la Pirámide del Sol y la de la Luna dirigidas por el arqueólogo Ignacio Bernal- basta señalar que una parte nodal del programa propuesto por Eusebio Dávalos, fueron las investigaciones arqueológicas en la región, entre las que destacó la exploración de la monumental pirámide de Cholula. Por lo anterior cabe la interpretación de que el gobierno de Díaz Ordáz buscara repetir la fórmula de las restauraciones del sitio arqueológico de Teotihuacán dirigidas entre 1963 y 1964 por el arqueólogo Ignacio Bernal. Fue bajo estos dos modelos que en 1966, el Proyecto Cholula, del cual algunas personas hablaban como el escaparate arqueo-antropológico de los Juegos Olímpicos de 1968, dio inició.²⁰⁵

Por decisión de Eusebio Dávalos, la investigación fue encomendada a un grupo de jóvenes investigadores recién egresados de la ENAH bajo la dirección del arqueólogo Miguel Messmacher. Entre ellos figuraron los nombres del arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma, los antropólogos sociales y etnólogos Florencio Sánchez Cámara, Ricardo Ferré D’Amaré, Marcela Lagarde y el lingüista Daniel Cazés; todos ellos, antropólogos de la generación de los magníficos –con excepción de Lagarde, quien fue alumna de ellos. A Matos Moctezuma, por ejemplo, quien había obtenido su título apenas un año anterior, se le puso al frente de las excavaciones de la Gran Pirámide de Cholula.

Asimismo, al proyecto se integró un grupo de antropólogos que se acababan de incorporar a la planta de investigadores del INAH y que pertenecían al grupo nuclear de los magníficos. Se trataba de Guillermo Bonfil Batalla, Margarita Nolasco, Mercedes Olivera y Arturo Warman, quienes en 1965 habían iniciado un proyecto de investigación sobre las relaciones interétnicas que buscaba ensanchar la perspectiva de la antropología social, el

²⁰⁵ “rumored to have been the archeoanthropological showcase for the 1968 Olympics”. Joseph B. Mountjoy, "Proyecto Cholula. I. Marquina Review" en *American Anthropologist*, v. 74, n. 1/2 (feb. - abr. 1972) p. 123.

cual, en un principio, se adecuaba muy bien a la investigación integral que un año después Dávalos inició en la zona poblano tlaxcalteca.²⁰⁶ Sin embargo, este grupo participó en el Proyecto Cholula desde posiciones opuestas a la antropología indigenista que hasta ese momento dirigía las actividades del INAH.

Ellos partían desde la perspectiva de que se requería expandir los límites temáticos de la antropología social desarrollada en México, la cual siempre había estado restringida a los grupos indígenas y de la necesidad de transformar la forma en que éstos se concebían. En la introducción que Guillermo Bonfil preparó en 1970 -tres años antes de que éste fuera nombrado como el nuevo director del INAH- para la publicación de su tesis de doctorado basada en sus investigaciones en Cholula, el antropólogo escribía: “La gran mayoría de los sectores y grupos que forman la sociedad mexicana ha quedado fuera del foco de los antropólogos, si no al margen de su interés. Aunque hay una creciente reacción en contra de ese exclusivismo, todavía estamos muy lejos de equilibrar la balanza”.²⁰⁷ Más adelante el autor proponía despojar a la disciplina de una concepción errónea del indio basada en la representación del pasado indígena como magnificente y particular que considera a los grupos indígenas como sus herederos directos. Esta idea también se fundamentaba, según el autor, en la oblicua lectura que se hacía acerca de la visible “miseria y explotación de los indios” que contra todo sentido hacían de ellos un ‘problema social’.²⁰⁸ Para Bonfil Batalla,

²⁰⁶ Guillermo Bonfil Batalla, *Cholula. La ciudad sagrada en la era industrial*, México, UNAM, 1973, 7-8 p. Los resultados de estos trabajos al mismo tiempo sirvieron para que estos antropólogos obtuvieran sus grados de Doctores en Antropología dentro del programa de posgrado recién creado en la UNAM. Margarita Nolasco quedó encargada de un estudio etnológico general de la región: *Cuatro ciudades: el proceso de urbanización dependiente* (1976); Mercedes Olivera elaboró un estudio de comunidad: *Pillis y macehuales. Las formaciones sociales y los modos de producción de Tecali del siglo XII al XVI* (1975); Guillermo Bonfil estudió la ciudad de Cholula: *Modernización y tradicionalismo. Dialéctica del desarrollo en Cholula de Rivadavia* (1967).

²⁰⁷ Guillermo Bonfil Batalla, *Cholula, op. cit.*, p. 7.

²⁰⁸ Idem.

incluso en el limitado campo de estudio para el antropólogo, los objetivos estaban lejos de cumplirse:

la antropología como vocación para el estudio de los indios. No está mal, sólo es insuficiente. En efecto, aun dentro de ese estrecho marco y como quiera que se vea el problema, a los indios no los conoceremos realmente si hacemos abstracción del mundo que los rodea, al que de muchas formas están ligados [...] De ahí que la primigenia vocación indigenista deba ensancharse para ser consecuente con su propio interés, con su materia propia.²⁰⁹

De este modo las propuestas de trabajo que los antropólogos siguieron en los estudios en Cholula, más allá de estudiar las particularidades de las dinámicas sociales, económicas y políticas de los grupos de indígenas, pretendían entender el medio al que éstas se desarrollaban y comprender el lugar que aquellos ocupaba en él: “en la forja de ese mundo siempre ha estado el indio como sustento, como base humana fundamental -está en las fábricas y en las carreteras, en las grandes ciudades, en los vicios y las virtudes de nuestra vida pública, en las esperanzas más interiores. El indio está en nuestra historia, está en nosotros”.²¹⁰

En un tenor similar, diferente de los propósitos tradicionales de estas disciplinas, en el campo específico de la arqueología, las investigaciones de este proyecto se plantearon sobre objetivos que aludían a la científicidad de los métodos por encima de la promoción turística del sitio, así como la consideración del ambiente, la cultura y la demografía en los análisis de la cultura material. Su objetivo era:

...el conocimiento científico y conservación de los objetos o restos materiales prehistóricos e históricos que aparezcan en el área, así como la difusión y adecuación turístico-cultural de los resultados, con los consiguientes beneficios sociales y

²⁰⁹ *Ibid*, p. 7-8.

²¹⁰ *Ibid*, p. 8.

culturales para el área. [...] Cholula tratada como entidad orgánica, viva y con proyecciones al futuro y no como un mero asiento de culturas pretéritas o lugar de recreo para turistas. [...] solo mediante el conocimiento científico de la realidad regional en sus tres aspectos fundamentales de población, medio ambiente y cultura, en su acepción antropológica se podrá tipificar y significar la consistencia socio-cultural del área.²¹¹

De esta forma, los planteamientos que el equipo sostenía resultaron inusuales para la tradición que se seguía en el INAH y a poco menos de un año de iniciadas las investigaciones en la zona, Alfonso Caso expresó su inconformidad con el desarrollo del proyecto al Secretario de Educación Pública, quien resolvió instalar una comisión para revisarlo. Ésta fue integrada por el mismo Caso, Ignacio Marquina, Ignacio Bernal, José Luis Lorenzo y Jorge Acosta, casi todo ellos antropólogos experimentados de la “vieja guardia”, quienes decidieron renovar la planta de investigadores y regresar a los cauces tradicionales. Por tanto los integrantes originales del proyecto fueron destituidos y reemplazados por nuevos científicos, quedando la dirección del proyecto en manos del mismo arqueólogo que había dirigido los trabajos de restauración en el sitio arqueológico de Teotihuacán, Ignacio Bernal. A la muerte de Dávalos en 1968, Bernal tuvo que abandonar el proyecto para ocupar el puesto de director del INAH, dejando a su colega y amigo, el arquitecto Ignacio Marquina como director del proyecto. En la suerte de memorias de Eduardo Matos Moctezuma publicada en décadas posteriores el arqueólogo apuntó sobre lo sucedido:

Lo que pasó fue que la cúpula del poder arqueológico, por entonces en manos de don Alfonso Caso, no estuvo de acuerdo con el planteamiento que le dábamos al proyecto. Se dijo que eso no era arqueología. [...] En realidad se trataba de una lucha

²¹¹ Miguel Messmacher *et. al.*, *Cholula: Reporte preliminar*, México, Editorial Nueva antropología, 1967, p. 3.

generacional entre una visión tradicional de la antropología, representada por Alfonso Caso, y una posición más moderna, como la que dirigía Migue Messmacher.²¹²

Dicho de otro modo, los jóvenes antropólogos fueron reemplazados por la élite de arqueólogos que mantenían una buena relación con los funcionarios públicos sin importar que las investigaciones antropológicas fueran puestas bajo la dirección de un arquitecto.

El informe alternativo

La tensión en la relación entre los jóvenes antropólogos y la vieja guardia se agudizó cuando la Comisión y la Dirección de Publicaciones del INAH se negaron a publicar los resultados de los trabajos que hasta ese momento se habían realizado. La respuesta de los jóvenes no se hizo esperar. A pocos meses de su destitución, estos noveles investigadores fundaron con sus propios fondos una editorial para asegurar que su postura y el resultado de sus investigaciones fueran difundidos. A la nueva editorial, se le llamó “Nueva Antropología”, una fórmula sintáctica que en la época apareció reiteradamente en los títulos de artículos, ensayos, libros y títulos de revistas hasta convertirse en una suerte de frase nominal –curiosamente casi siempre asociada a otras cuatro palabras: crisis de la antropología. Como sucedió en este caso, “El Proyecto Cholula y la crisis de la Antropología en México exigen publicaciones donde se expongan sin restricciones acientíficas las concepciones ampliamente contextuales de la Antropología Moderna”, se expresaba en la introducción de la obra que motivó la incursión de estos antropólogos en el mundo de la edición. La editorial, a decir de los firmantes, estaría al alcance de todos los que desearan “hacer ciencia sin intereses ulteriores [...] La ciencia requiere presencia de

²¹² En una entrevista realizada a Eduardo Matos. David Carrasco, Leonardo López Luján y Eduardo Matos Moctezuma, Los rompimientos del centauro. Conversaciones con Eduardo Matos Moctezuma, México, Porrúa, 2007, p. 56

ánimo para aceptar la verdad de los hechos y de las explicaciones científicas. A este servicio estarán dedicadas las publicaciones y las actividades de Nueva Antropología”.²¹³ La sentencia que acompaña su creación y ésta misma, manifiestan la voluntad –o necesidad- de los creadores de distanciarse de los circuitos editoriales académicos tradicionales.

De este modo, a pocos meses del dictamen de la Comisión, se puso en circulación una precaria edición de apenas 141 páginas impresas en papel económico bajo el título de *Cholula: Reporte preliminar*. El documento estuvo integrado por una recopilación de artículos que daban muestra de los resultados de esta primera fase de investigación y de su posicionamiento frente a la tradición que los removía del campo de trabajo. En sus primeras páginas se lee: “Nos someteremos con este informe al juicio de la crítica científica y al sensato juicio de las altas autoridades del país, con la conciencia de que estamos contribuyendo al progreso de la Antropología en México y que nuestra actitud implica la crítica constructiva necesaria para el adelanto de la Ciencia en México”.²¹⁴ La declaración era una anticipada justificación de la escritura de un reporte alternativo que enarbolaba una propuesta anti-oficial.

Las características formales externas de aquel informe son en sí manifestaciones de la postura del grupo en el debate. Ya se ha hablado de las condiciones de su edición, a éstas se le debe agregar brevemente otras dos: la primera, que el escrito consta de un prefacio cuya autoría se le atribuye a “Los integrantes del Proyecto: Científicos, Técnicos y Manuales”, el cual es un elemento que demuestra la intención de reconocer los diferentes tipos de trabajadores involucrados en una investigación arqueológica en la que al

²¹³ Messmacher et. al., *op. cit.*, p. 1

²¹⁴ *Idem.*

tradicional reconocimiento de la labor de los científicos, se le agrega la visibilización del trabajo de los técnicos y de los peones.²¹⁵ La segunda es el reducido espacio que se le da al registro fotográfico de la zona arqueológica en comparación con la cantidad de fotos que habitualmente acompañaban los informes oficiales de este tipo.

Por otro lado, de los aspectos internos generales del texto resaltan otros elementos. En el prefacio antes mencionado se anotaba: “El Proyecto Cholula reanuda la actitud científica dentro de la investigación antropológica que en 1917 Don Manuel Gamio iniciaría”.²¹⁶ Lo que quiere decir no sólo que, para ellos entre 1917 y 1967 no hay una actitud verdaderamente científica en la antropología, sino que se conciben a sí mismos como herederos de la tradición de Gamio, con la que compartían, según ellos, la científicidad en las investigaciones y la búsqueda de la aplicación del conocimiento científico en la resolución de problemas de la realidad mexicana. El pensar los trabajos de Manuel Gamio como referentes, sin embargo, fue un aspecto que compartieron con el ala tradicional, como en páginas anteriores se ha demostrado. Un segundo elemento sobresaliente fue su denuncia de la intervención en las regiones motivada por la acumulación de ganancias económicas generadas por el turismo. A esta situación oponían una motivación científica que enunciaron de la siguiente forma:

Los autores del informe creen en la necesidad de integrar al Hombre con sus circunstancias; contribuir al progreso del país integrando su pasado a nuestra estructura actual; explicar los factores que confluyen en el fenómeno social, su proyección y planear, con deseo de crear modelos científicos, el desarrollo futuro del área y la región económicamente afectada en torno al hombre.²¹⁷

²¹⁵ *Idem.*

²¹⁶ *Idem.*

²¹⁷ *Idem.*

A estos propósitos se les podía acompañar, a su parecer, de una “adecuación turístico-cultural de los resultados”²¹⁸ sin que esto significara concebir a la región como “escaparates turísticos”.²¹⁹

En el campo específico de la arqueología, los trabajos realizados por Miguel Messmacher y Eduardo Matos Moctezuma manifestaron una postura contraria a la tradición arqueológica que se limitaba a realizar investigaciones concentradas en los centros ceremoniales o en las construcciones más espectaculares que anteriormente se ha definido como arqueología monumentalista. Lo anterior es visto a partir de dos ejes: las propiedades de los problemas de conocimiento que los arqueólogos plantearon en sus investigaciones y el uso particular que le dieron a la fotografía en sus informes.

Con respecto al primer punto, cabe comenzar el análisis puntualizando que los estudios de Eduardo Matos como jefe de excavaciones de Tlachihualtépetl, es decir el basamento piramidal de enormes dimensiones también conocido como la “Gran Pirámide de Cholula” –la más grande del mundo- él mismo complementó con una investigación sobre los cuerpos de agua adyacentes al sitio arqueológico en relación a las hipótesis sobre el desarrollo de la agricultura en la zona poblano-tlaxcalteca. Sus resultados se presentaron en el reporte alternativo antes enunciado bajo el título de “Estudio de la agricultura y su relación con los patrones de asentamiento”.²²⁰ El arqueólogo pocos años atrás había realizado una investigación sobre manantiales cercanos a Teotihuacán y sobre el control de agua y su relación con el surgimiento de la ciudad siguiendo los estudios de arqueólogos

²¹⁸ Bonfil Batalla, *Cholula, op. cit.*, p. 7.

²¹⁹ Messmacher, *op. cit.*, p. 1

²²⁰ Bonfil Batalla, *Cholula, op. cit.*, p. 9.

como Pedro Armillas, William T. Sanders y Gordon Childe que concluyó en su tesis de grado por parte de la ENAH.²²¹

Como se verá más adelante, la tendencia en la arqueología de poner énfasis en el papel del medio geográfico en el desarrollo de la sociedad y sobre todo el de los sistemas hidráulicos, emergió durante la década de los 50 al mismo tiempo que el debate en torno a la categoría marxista conocida como el Modo de Producción Asiático.²²² De este modo, el problema de conocimiento planteado por Matos Moctezuma tuvo su origen en una discusión circunscrita a la teoría del materialismo histórico en la cual se partía de la tesis de que el abastecimiento de agua en las sociedades es un factor fundamental para la comprensión de la historia de las formaciones sociales durante el periodo prehispánico. Más aún, éste se distanciaba de los problemas sustentados por la corriente monumentalista, al no mostrar un particular interés en la reconstrucción de los monumentos, ni en los elementos estéticos o simbólicos, ni en las tipologías a partir de rasgos culturales o estéticos, o en los sistemas constructivos. En cambio había un interés por analizar aspectos ligados a los modos de producción a través de la cultura material.

Por otro también fue notable el uso que se le dio a las imágenes fotográficas que acompañaron al informe preliminar. El reporte de Miguel Messmacher acerca de “los patrones de asentamiento y la arquitectura en Cholula” constó de 15 fotografías, mientras que el escrito elaborado por Eduardo Matos Moctezuma y Pablo López Valdez sobre “El Edificio No. 1 de Cholula”, estuvo acompañado únicamente de dos.²²³ Las fotografías en lo general demuestran una pretensión de registrar objetivamente el proceso de exploración del

²²¹ Eduardo Matos Moctezuma, *La Revolución urbana en la Cuenca de México*, Mime. 100 p., 1965.

²²² Véase apartado 3.1 El Modo de Producción Asiático y la metodología arqueológica.

²²³ Miguel Messmacher, “Los patrones de asentamiento y la arquitectura en Cholula” en Messmacher, Miguel *et. al., op. cit.*, p. 7-17, 15 láminas y Eduardo Matos Moctezuma y Pablo López Valdez, “El Edificio No. 1 de Cholula”, en Messmacher, Miguel *et. al., op. cit.*, p. 43-46, 2 láminas.

sitio; en ellas aparecen trabajadores realizando mediciones, excavaciones o cualquier otro tipo de procedimiento técnico. Éstas están acompañadas por títulos con categorías especializadas que describen la fase del proceso registrado gráficamente. Así por ejemplo se puede leer debajo de una fotografía “Sistemas Reticulares”. En ningún caso, aparecen imágenes de las construcciones sin ningún tipo de intervención y tampoco de registran restauraciones, en una fórmula de “antes y después” de la intervención. Este uso contrastó con el de los informes oficiales.

La visión oficialista

Aun cuando el presidente Gustavo Díaz Ordaz no le prestara tanta atención al proyecto como la que Luis Echeverría le prestó al Proyecto de Teotihuacán, puesto que los Juegos Olímpicos fueron un recurso ideológico más importante para el gobierno, finalmente con una planta de investigadores parcialmente renovada, el proyecto transcurrió sin mayores imprevistos, ya bajo la dirección de Ignacio Bernal en un primer momento y posteriormente bajo la del arquitecto Ignacio Marquina.²²⁴ En contraposición a los objetivos del primer equipo de trabajo, fue evidente que la segunda fase estuvo articulada por el alto valor que se les concedió a los monumentos.

En 1970 el Departamento de Publicaciones del INAH publicó en una visualmente atractiva edición el informe oficial del proyecto coordinado por Marquina. En las primeras páginas de la obra se lee:

²²⁴ Esta nueva planta incluyó la participación de los arqueólogos Jorge R. Acota, Ponciano Salazar Ortégón, Eduardo Contreras y Florencia Müller, pasantes de la especialidad de arqueología de la ENAH y un grupo de estudiantes de Arquitectura e Ingeniería de la Universidad de Puebla. Ignacio Marquina (coord.) *Proyecto Cholula*, México, INAH, 1970.

La región presenta un interés excepcional por su variedad y porque cuenta con importantes monumentos arqueológicos, entre ellos la gran pirámide que se levanta en la misma ciudad de Cholula, cuyo estudio permite conocer la forma de vida del hombre cholulteco desde unos 200 años a. c. hasta la llegada de los españoles en 1519. Después de esta fecha, la ciudad y la región adquieren gran importancia y cuentan con innumerables monumentos arquitectónicos²²⁵

En esta introducción también resaltó que el autor explicara que el cambio de dirección en el proyecto se debió a la renuncia en octubre de 1967, del arqueólogo Miguel Messmacher y el alto valor que el proyecto le concedía a los objetivos turísticos:

[Conocer los cambios y continuidades en las formas de vida, es un primer objeto]. Un segundo objeto, desde otro punto de vista, tan importante como el anterior y que se ha tenido muy en cuenta en este proyecto es el fomento del turismo que desde ahora acude en gran cantidad para conocer las obras de exploración que están en proceso en la gran pirámide y el Museo anexo a ella [...].²²⁶

Algunos colaboradores de este segundo equipo de trabajo se desmarcaron de la arqueología monumentalista, como fue el caso del arqueólogo José Luis Lorenzo que colaboró en la investigación con un breve ensayo sobre la geografía de la región que introducía al cuerpo del informe, en el cual anotó:

Partimos del principio de que la arqueología no es sólo el, hasta cierto punto rutinario, proceso de excavar para poner a la luz restos de objetos enteros y edificios en mejor o peor estado de conservación. Es cierto que todo ello refleja la vida de un pueblo pues es lo que queda de sus diversos modos de expresión, de su ser, pero también es verdad que hay otros muchos restos, imperceptibles para el no profesional y de nulo valor estético, fundamentales en la completa comprensión del pasado...²²⁷

²²⁵ Marquina (coord.), *op. cit.*, p. 5-6.

²²⁶ *Ibid*, p. 6.

²²⁷ *Ibid*, p. 7.

Sin embargo el apartado principal del informe fue el que Marquina escribió bajo el título “Pirámide de Cholula” y éste tuvo como objeto de conocimiento al monumento. En él escribió sobre sus antecedentes históricos, la historia de las exploraciones, la topografía de su asentamiento, realizó descripciones pormenorizadas de sus partes constitutivas y dio razón de sus etapas constructivas. Por otro lado, el discurso arqueológico sustentado por los autores del informe hizo uso del registro fotográfico para enfatizar la belleza y monumentalidad del pasado prehispánico. En contraste con el uso que los autores del informe de 1967 le dieron a las fotografías, la edición de este segundo reporte incluyó cuantiosas láminas a color que evidenciaban la estética de los monumentos, así como una secuencia de imágenes que registraban la apariencia de los vestigios antes de su restauración y después de ésta.

Los resultados de los trabajos suscitaron opiniones negativas entre algunos científicos que hasta la fecha son manifestadas. En 1970, por ejemplo, Guillermo Bonfil Batalla escribía en la obra en que presentó los resultados de sus investigaciones: "La historia de ese proyecto fue azarosa y sus detalles no vienen al caso. Algo de lo planeado se realizó, algo sigue en marcha (1970) y mucho se quedó a medio camino, enredado en el matorral del subdesarrollo -digámoslo así- que por todo este suelo echa duras raíces".²²⁸ En palabras acertadas de Mechthild Rutsch, especialista en la historia de la antropología:

Vilipendiado en los corrillos académicos, y sin la difusión y el total apoyo de que gozó el Proyecto Teotihuacán, el Proyecto Cholula constituyó un penoso ejemplo de práctica académica donde la arqueología mexicana tocó fondo. Los resultados académicos no alcanzan mayor trascendencia y la reconstrucción continúa siendo la

²²⁸ Bonfil Batalla, *Cholula, op. cit.*, p. 8.

nota operativa, al grado de que el producto final de las intervenciones arquitectónicas es deplorable y esto es notado hasta por los turistas, lo que ya es mucho decir.²²⁹

Todavía en el 2000, Matos Moctezuma expresó la ingeniosa sentencia: “De este tradicional punto de vista derivó la “pirámide tolteca”, no porque la hubiera hecho aquel pueblo sino por el cemento con que se reconstruyó un edificio en la fachada principal de la Gran Pirámide, de la que habíamos encontrado sus cimientos, y que se elevó de forma grotesca para dejar plasmado en sus muros el pensamiento de la arqueología tradicional”.²³⁰

²²⁹ Mechthild Rutsch (comp.), *La Historia de la antropología en México: fuentes y transmisión*, México, Universidad Iberoamericana, 1996, p. 95-96.

²³⁰ Eduardo Matos Moctezuma, "Introducción" en Felipe Solís *et. al.*, *Cholula: la gran pirámide*, México, CONACULTA, 2000, p. 15.

Conclusiones

Esta investigación se inició en el marco de la reflexión sobre los movimientos de oposición política hacia el Estado mexicano desarrollados fuera de la esfera electoral durante el siglo XX.²³¹ En el origen de su planteamiento estuvo el reconocimiento de la importancia que tuvo el discurso nacional para la formación y sostenimiento del sistema político instaurado después de la revolución, así como la noción de que la constitución de éste corrió a cargo de la élite política, cultural e intelectual de los gobiernos posrevolucionarios. Así pues, el planteamiento de la tesis partió de la lectura de una serie de estudios que han examinado la participación de escritores, artistas plásticos, cineastas, fotógrafos, filósofos e historiadores en la construcción de este discurso, así como las implicaciones que esta tarea tuvo en los diversos campos culturales e intelectuales de sus creadores. Entre estos destacaron los trabajos de los académicos Guillermo Sheridan, Ricardo Pérez Montfort, Mary Kay Vaughan, Ana Santos Ruiz, Guillermo Palacios, Haydeé López Hernández y Beatriz Urías.²³²

²³¹ Cabe destacar que esta preocupación fue promovida y cultivada por los seminarios impartidos seis años atrás por Beatriz Urías Horcasitas en la Facultad de Filosofía y Letras.

²³² Ricardo Pérez Montfort, "Un nacionalismo sin nación aparente. (La fabricación de los "típico" mexicano 1920-1950)" en *Política y Cultura*, n. 12, 1999, p. 177-193; Ricardo Pérez Montfort, *Cotidianidades, imaginarios y contextos: Ensayos de historia y cultura en México, 1850-1950*, México, CIESAS, 2008, 532 p.; Ricardo Pérez Montfort, "Indigenismo, hispanismo y panamericanismo en la cultura popular mexicana de 1920-1940" en Roberto Blancarte (comp.), *Cultura e identidad nacional*, 2a ed., México, FCE, CONACULTA, 2007; Guillermo Sheridan, "Entre la casa y la calle: la polémica de 1932 entre nacionalismo y cosmopolitismo literario" en Roberto Blancarte, *op. cit.*, p. 578-624; Mary Kay Vaughan, *La política cultural de la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México. 1930-1940*, México, FCE, 1997; Víctor Díaz Arciniega, *Querrela por la cultura "revolucionaria" (1925)*, México, FCE, 1989; Ana Santos, *op. cit.*; Guillermo Palacios, "La idea oficial de la Revolución Mexicana", Tesis de maestría, El Colegio de México, 3 v., 1969; Guillermo Palacios, "Calles y la idea oficial de la Revolución Mexicana", en *Historia Mexicana* XXII-3:261, p. 261-278; López Hernández, *op. cit.*; Beatriz Urías, "Las ciencias sociales", *op. cit.*; Beatriz Urías, *Historias secretas, op. cit.*; A estos deben sumarse otros más como: Renato González Mello, "El régimen visual y el fin de la revolución" en Esther Acevedo (coord.), *Hacia otra historia del arte en México. La fabricación del arte nacional a debate (1920-1950)*, México, CONACULTA-CURARE, 2002, p. 275-309.

Estas incursiones historiográficas además de atender a las formas y contenidos que el discurso político fue tomando durante el siglo XX y los intrincados vínculos que se formaron entre los gobernantes y los intelectuales, también dan cuenta de que en estos procesos no faltaron los proyectos encontrados, la confrontación de posiciones ideológicas y las álgidas discusiones entre los actores. Sin embargo, durante los años que estos estudios abarcan, estas confrontaciones no se dieron con significativos exabruptos sociales, quizás porque estos relatos preceden la coyuntura de los sesenta, es decir, un momento en que el sistema político en general se vio directamente cuestionado por una clase media consolidada en condiciones sociales que permitían vislumbrar las incongruencias entre la ideología oficial con la realidad.

En la década de los 60 comenzaron a manifestarse efervescentes cuestionamientos hacia el discurso político desde los mismos ámbitos que referimos como campos fértiles para la conformación de una ideología nacional posrevolucionaria.²³³ En estos cuestionamientos fue evidente el papel de los intelectuales formados desde las ciencias sociales plenamente consolidadas para estos años: como el caso de las obras del sociólogo Pablo González Casanova, *La democracia en México* (1965) y la del etnólogo Rodolfo Stavenhagen, *Siete Tesis equivocadas sobre América Latina* (1965).²³⁴

²³³ Deborah Cohn, “La construcción de la identidad cultural en México: nacionalismo, cosmopolitismo e infraestructura intelectual, 1945-1968” en Kristine Vanden Berghe y Maarten van Delden (eds.), *El laberinto de la solidaridad. Cultura y política en México (1910-2000)*, Amsterdam, Rodopi, p. 89-103.; Ana Santos Ruiz, “El 50 aniversario de la Revolución Mexicana: entre la continuidad y el agotamiento del discurso de la revolución permanente” en Erika Pani y Ariel Rodríguez Kuri (coords.), *Centenarios: conmemoraciones e historia oficial, México*, El Colegio de México, 2012, p. 437; Ricardo Pozas H., “La Revista Mexicana de Literatura: territorio de la nueva élite intelectual (1955-1965)” en Carlos Altamirano (dir.), *op. cit.*, p. 259-284.

²³⁴ Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, Era, 1965, p. 333; Rodolfo Stavenhagen, “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”, *Sociología y subdesarrollo*, México, Nuestro Tiempo, 1972, p. 15-39; *Vid.* Francisco Zapata “Rodolfo Stavenhagen. Siete tesis equivocadas sobre América Latina” en Carlos Illades y Rodolfo Suárez (coords.), *op. cit.*, p. 307-326 y Pozas Horcasitas, *op. cit.*

La circunscripción de estas obras críticas frente las decisiones de los gobiernos en el marco de los estudios que se han mencionado anteriormente motivaron una investigación planteada a partir de la búsqueda de una suerte de “contra” inteligencia emergida desde tradiciones científicas relacionadas con la construcción de la ideología del Estado. Debido a la trascendencia de la figura del indígena y la representación del México Antiguo para la ideología emanada del nacionalismo posrevolucionario, se consideró mirar hacia la antropología y la arqueología.

En este sentido, una primera conclusión derivada de esta investigación es que entre 1964 y 1970 una corriente opositora al discurso político nacionalista y posrevolucionario surgió en un *universo* de antropólogos, arqueólogos, etnólogos y lingüistas formados en la ENAH, y posteriormente convertidos en docentes en esa misma institución. El colectivo careció de una organización formal y aunque sus críticas y propuestas partieron desde una diversidad de posturas políticas y científicas, el marxismo fue su principal referente. Su carácter contestatario respondió a su formación en un momento en que había algunas manifestaciones de agotamiento en el discurso nacionalista y en los proyectos políticos y culturales más trascendentales de los gobiernos posrevolucionarios. Su instrucción como científicos sociales, por otro lado, se realizó en una época en que la revolución cubana y las experiencias de liberación nacional en Asia y África potencializaron su mirada crítica hacia los modelos políticos y económicos que habían resultado en la creación del tercer mundo.²³⁵ A la luz de estos procesos, se reforzó la idea de que el quehacer científico moderno debía estar dirigido por el compromiso político y social hacia las clases subalternas.

²³⁵ Vid. María Concepción Obregón y Pablo Yankelevich, “Cuicuilco. La historia en sus páginas” en *Historia Mexicana*, L:4, (2001), p. 853-854 y Medina y García (eds.), *op. cit.*, p. 9-74.

La expectativa de este universo rebelde fue redefinir los instrumentos mediante los cuales se interpretaba a la realidad mexicana para dar soluciones a los problemas sociales más apremiantes de la época. Lo anterior partió de la mirada crítica hacia los diagnósticos que hasta ese momento habían surgido de las ciencias antropológicas, que a su entender, habían sido elaborados a partir de modelos teóricos y metodológicos forjados bajo la ideología nacional de integración, homogeneización y modernización de la población. Desde su perspectiva, la población ya se encontraba integrada en un sistema económico capitalista en el que el sector indígena y campesino se encontraban dominados por los demás sectores. De este modo, la antropología y la arqueología desde su postura, debían redefinirse como ciencias puestas al servicio de la liberación del hombre y no como instrumentos políticos de los gobiernos posrevolucionarios.

Puestos los alcances de esta oposición en balance, se concluye que las expectativas del grupo y sobre todo las del sector cuyas perspectivas apuntaban con mayor interés hacia el terreno de la militancia política, no fueron cumplidas. Este balance coincide con otros apuntados desde diferentes prismas y en diferentes épocas. Muestra de uno de éstos, lo realizó tempranamente el joven etnólogo Andrés Medina en 1982. Desde una postura que ratificaba al marxismo como un modelo político y científico funcional para la explicación de los procesos históricos, las críticas y propuestas a los modelos culturalistas, a pesar de manejar conceptos y categorías procedentes del materialismo histórico, dejaban aún pendiente la tarea de transformar los fundamentos epistemológicos de la teoría

antropológica y en cambio, las nuevas ideas sólo se habían erigido como una teoría más del repertorio de instrumentos de análisis de la realidad.²³⁶

Un segundo recuento realizado cinco años después desde una perspectiva crítica del marxismo –pero se recordará, también impugnadora del monumentalismo en la arqueología y del discurso nacionalista– fue aquel publicado por Octavio Paz en enero de 1987 en la revista *Vuelta*. Su opinión en relación a la antropología desarrollada por las generaciones que sucedieron a Caso y a Bernal en la ENAH apareció en una nota que introducía la publicación de tres ensayos sobre antropología, arqueología e historia de México en el mismo número de la revista (éstos estaban escritos por un antropólogo francés, un estadounidense y por él mismo). En la nota introductoria manifestaba la aflicción que le causaba descubrir y confirmar que los antropólogos mexicanos desde quince años atrás no hubieran logrado una proyección internacional de sus trabajos. En el mismo texto denunció que desde 1970 la ENAH hubiera dado resultados paupérrimos o nulos, que los recursos se gastaran en “una inútil y desenfrenada actividad ideológica y política” y además criticaba que las autoridades se mantuvieran al margen de estas situaciones. Más adelante en el texto escribió: “La ideología pseudomarxista, el falso sindicalismo, la politiquería y la pasividad de las autoridades han acabado con una institución que nos enorgullecía a todos”.²³⁷ El escrito finalizaba con su adherencia a la opinión expresada por algunas personas más

²³⁶ Andrés Medina (comp.), *¿Existe...?*, *op. cit.* La obra compila las ocho ponencias presentadas en 1977 en un simposio organizado en el marco de la XV Mesa Redonda organizada por la Sociedad Mexicana de Antropología que llevó el nombre de: “¿Puede cambiar la antropología?”.

²³⁷ Octavio Paz, "Tres ensayos sobre antropología e historia", en *Vuelta*, n. 122, v. 11, (enero 1987), p. 9. Del texto se rescata: "Desde 1970 el gobierno mexicano ha gastado millones y millones de pesos en la Escuela Nacional de Antropología e Historia pero los resultados han sido pobrísimos y, en ciertos campos, nulos. [...] Todo el mundo sabe que la gran mayoría de los profesores y de los estudiantes malgastan su tiempo y los dineros públicos en una inútil y desenfrenada actividad ideológica y política. Las autoridades no dicen ni pío: no hay que despertar al dragón del motín y el desorden. La ideología pseudomarxista, el falso sindicalismo, la politiquería y la pasividad de las autoridades han acabado con una institución que nos enorgullecía a todos. Algunas personas que conocen mejor que nosotros los problemas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia nos dicen que ya es demasiado tarde para iniciar una reforma: hay que cerrar esa escuela y abrir otra."

versadas en el tema: cerrar la escuela y abrir otra con profesores competentes y estudiantes que se sometieran a las disciplinas de la ciencia. De su mordaz crítica los únicos que se salvaron fueron Matos Moctezuma y Alfredo López Austin.

Sin compartir la postura de Paz o de Medina, sí se atiende a ellas en la elaboración de un balance propio. A partir de la consideración de estas observaciones manifestadas en la década de los ochenta junto con otras más actuales, se coincide con la perspectiva de que uno de los motivos por los cuales las propuestas de los científicos rebeldes que se han revisado en esta investigación no cumplieron sus expectativas, fue que el radicalismo teórico y la pugna interna, limitaron los alcances de la impugnación y de la reelaboración de una agenda científica. A decir de los estudiosos María Concepción Obregón y Pablo Yankelevich –cuando impartían clase en la ENAH– “la ortodoxia doctrinal fue anulando la crítica creativa, y tras su original reclamo democratizador, comenzó a emerger un sectarismo que limitó los espacios académicos y las polémicas disciplinarias”.²³⁸ Incluso en reflexiones hechas en retrospectiva por los mismos antropólogos rebeldes, esta mirada prevaleció. Cabe retomar la opinión que Roger Bartra emitió hace tres años en relación a su primer obra publicada *La tipología y la periodificación en el método arqueológico* y a sus primeras colaboraciones en la revista *Historia y Sociedad*:

...son una muestra del dogmatismo marxista que se colaba en aquella época por todos los poros de la izquierda mexicana. Mi libro sobre el método arqueológico era una transposición mecánica de tesis sacadas a trompicones de manuales soviéticos y de lecturas mal digeridas de Marx y Engels. Las reseñas

²³⁸ Obregón y Yankelevich, *op. cit.*

que escribí para el primer número de *Historia y Sociedad* son una crítica pedestre a André Gorz y a C. Wright Mills.²³⁹

Sin embargo, a estas reflexiones falta agregar además del autoritarismo y la represión gubernamental como elementos eficaces para desarticular movimientos de oposición,²⁴⁰ el que la crítica en algunos casos, fue hábilmente integrada al proyecto de Estado. Lo anterior a partir de que algunos antropólogos críticos pasaran a ocupar puestos de dirección en las instituciones culturales oficiales. Desde la designación de Guillermo Bonfil Batalla como director del INAH en 1970, o la elección de Ángel Palerm como director del CIS-INAH, –cargo que luego ocupó Bonfil Batalla de 1977 a 1980, y al cual Matos Moctezuma sucedió entre 1983 y 1986– hasta la incorporación de Arturo Warman Gryj dentro del Partido Revolucionario Institucional, en donde tuvo una prolija carrera política al ocupar cargos como el de Procurador Agrario (1992-1994), nombrado por Carlos Salinas de Gortari y posteriormente, Secretario de Estado de la Reforma Agraria (1995-1999) durante la gestión de Ernesto Zedillo.²⁴¹ Pasando por la designación de Eduardo Matos Moctezuma como director del Proyecto Templo Mayor desde 1978, cuando, bajo su cargo se halló el monumental monolito conocido como “La Coyolxauhqui” y coordinador actual de las investigaciones arqueológicas realizadas en el centro histórico de la ciudad de México (1991).²⁴²

²³⁹ Roger Bartra, “Reseña de Carlos Illades, *La inteligencia rebelde. La izquierda...*” en *Historia Mexicana*, LXIII:1 (2013), p. 492-498. Aun cuando el autor reconoce que revistas como *Historia y Sociedad*, *Cuadernos políticos* y *Coyoacán* fueran “caldo de cultivo de expresiones intelectuales meritorias y que no han sido suficientemente reconocidas. Acaso no han sido apreciadas debido a que el dogmatismo y la dura cerrazón de muchos contribuyeron a nublar las aportaciones más valiosas y, sin duda, frenaron el vuelo de los espíritus más críticos.”

²⁴⁰ Obregón y Yankelevich, *op. cit.*, p. 853.

²⁴¹ María Antonieta Gallart y Teresa Rojas Rabiela, *Arturo Warman: biobibliografía*, México, UNAM, 2004.

²⁴² Es coordinador del Programa de Arqueología Urbana desde 1991, y ha tenido bajo su coordinación el salvamento arqueológico de la Catedral y Sagrario Metropolitanos, El Palacio Nacional y el Antiguo Palacio de Odontología de la UNAM, entre otros.

Más allá de las expectativas que el grupo de antropólogos y arqueólogos críticos esbozaron durante la polémica que se ha estudiado, el proceso de impugnación y de propuesta, así como la reacción que frente a éstos tuvieron los grupos de intelectuales y políticos en el poder, la polémica tuvo una serie de implicaciones en diferentes ámbitos que a continuación se revelan. En primera instancia, en relación a la historia de estas ciencias sociales, la formación de un bloque crítico significó la apertura y diversificación en el planteamiento de los problemas de conocimiento en ambas ciencias. Si bien las propuestas teóricas y metodológicas esbozadas por los científicos críticos estudiados, de ninguna manera sustituyeron los modelos teóricos tradicionales de las disciplinas, éstas sí generaron una apertura temática, teórica y metodológica en las ciencias. Desde el momento de impugnación, a los objetos de estudio tradicionales se agregaron algunos fenómenos observables dentro de los espacios urbanos, como las implicaciones de los grandes flujos migratorios del campo y la incorporación económica de los campesinos en la ciudad, la cultura de la pobreza en colonias populares y la caracterización de la clase media. Por otro lado, los estudios agrarios cobraron impulso a partir de otros conceptos y esquemas. Se introdujeron investigaciones elaboradas a través de las categorías de clases sociales o el estudio del poder político en los ámbitos rurales como fue el caso de los estudios en el Valle del Mezquital iniciados por Roger Bartra.

Asimismo, las críticas resultaron en la creación de nuevos espacios de enseñanza e investigación de los estudios antropológicos que dieron cabida al desarrollo de otras tradiciones científicas que no necesariamente se ciñeran a los estatutos de las corrientes oficialistas. Este fue el caso de la fundación del Departamento de Antropología en la Universidad Iberoamericana y el Departamento en Antropología en la Universidad

Autónoma Metropolitana o el mismo CIS-INAH. Estos espacios fueron fundados por un sector de los antropólogos críticos.

Sumado a lo anterior, el proceso de impugnación constituyó un campo fértil para la reflexión histórica de la disciplina con diferentes formas y niveles argumentativos tan vasto que bien podrían dirigir interesantes investigaciones complementarias del estudio del pensamiento antropológico. En los textos que los antropólogos contestatarios elaboraron existieron desde sucintos relatos que en pocas cuartillas abarcaban la historia de la antropología mexicana –que incluso a veces iniciaban en el siglo XV– así como interpretaciones con mayor especialización y con una metodología más rigurosa. Esta tradición argumentativa continuó varios años después de la polémica. Sobre todo por los discípulos de los científicos rebeldes. En algunos casos conjugó interpretaciones desde la filosofía de la ciencia. De esta forma se constituyó un nuevo campo historiográfico y filosófico articulado en torno al desarrollo de la antropología. A partir de éste, en años recientes, incluso se han desprendido propuestas desde modelos teóricos antropológicos.²⁴³

Y por último, significó el inicio de un proceso reflexivo más amplio que se articuló a partir de la tesis de que la antropología se encontraba en crisis, el cual se desarrolló con mayor ímpetu a finales de la década de los 80 y principios de los 90. A partir de estas críticas se elaborarán otras que ponen en tela de juicio la “estabilidad” de la disciplina.²⁴⁴

²⁴³ Vid. Vázquez León, *El leviatán*, *op. cit.*

²⁴⁴ Vid. Ruth Arboleyda, *En torno a la crisis de la antropología nacional y su superación*, México, INAH, 1979, 59 p; A. Rivera Gutiérrez, "Hacia una antropología de la antropología: los sesenta, una crisis de identidad" en *Boletín de antropología*, v. 5, n 17-19, t. 1, 1983; Esteban Krotz, "Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica" en Carlos García Mora (coord.) *La antropología*, *op. cit.*; Esteban Krotz (comp.) *El concepto crisis en la historiografía de las ciencias antropológicas*, México, Universidad de Guadalajara, 1992; Mechthild Rutsch, "Antropología y crisis de sentido" en *Nueva Antropología*, v. 12, n. 41, (marzo 1992), p. 27-46; *La crisis de los paradigmas teóricos en antropología sociocultural y sus derivaciones en la construcción de la disciplina en los países periféricos*, v. 3, n.6, p. 47-52. Alteridades 1993; Esteban Krotz, *Crisis de la antropología y de los antropólogos*, Antropológicas -IIA-UNAM, n. 12 (oct. 1994), p. 37-41; Esteban Krotz, "La crisis permanente de la antropología mexicana" en *Nueva Antropología*, v. XIV, n. 48, 1995, p. 9-18.

Hemerografía

Acta Antropológica

América Indígena

American Anthropologist

Anales de Antropología

Antropología y marxismo

Anuario Indigenista

Boletín de Antropología Americana

Comunidad

Historia y Sociedad

México Indígena

Revista Mexicana de Estudios Antropológicos

Tlatoani

Vuelta

Bibliografía

- AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo, “La antropología social”, en *Las humanidades en México 1950-1975*, México, UNAM, 1978, p. 545-644.
- ALONSO, María de la Soledad y Marta Baranda, *Palabras del exilio 3. Contribución a la historia de los Refugiados Españoles en México. Seis antropólogos mexicanos*, México, INAH, SEP, Librería Madero, 1984, 283 p.
- ARMILLAS, Pedro, *La aventura intelectual de Pedro Armillas: visión antropológica de la historia de América*, México, El Colegio de Michoacán, c1987. 159 p.
- BARTRA, Roger, “La tipología y la periodificación en el método arqueológico” en *Suplemento de la revista Tlatoani* (n. 5, 1964), p. 13-14.
- , “Sociedades precapitalistas. Reflexiones en torno a un texto inédito de Marx” en *Historia y Sociedad*, n. 3 (otoño 1965), p. 35-42.
- (ed.), *El modo de producción asiático*, tr. Roger Bartra, México, Grijalbo, 1969. 157 p. [Título de la obra original en francés: *Le monde de production asiatique*].
- , *El modo de producción asiático. Antología de textos sobre problemas de la historia de los países coloniales*, México, Era, 1969, 365 p.
- , *Marxismo y sociedades antiguas. El modo de producción asiático y el México Prehispánico*, México, Grijalbo, 1975, 154 p.
- , “Reseña de Carlos Illades, La inteligencia rebelde. La izquierda...” en *Historia Mexicana*, LXIII:1 (2013), p. 492-498.
- BEALS, Ralph L., “Anthropology in Contemporary Mexico” en *IV International Congress of Mexican Studies*, Santa Mónica, University of California, 1973, p. 1-19.

BERNAL, Ignacio, *Historia de la arqueología en México*, México, Editorial Porrúa, 1979, 208 p.

BONFIL BATALLA, Guillermo, “Tareas de la investigación antropológica en indigenismo”, en *América Indígena*, v. 28, n. 4 (oct. 1968), p. 919- 927.

———, “Del indigenismo de la revolución a la antropología crítica” en Arturo Warman *et al.*, *De eso que llaman antropología mexicana*, México, Nuestro Tiempo, 1970, p. 39-65.

———, *Cholula. La ciudad sagrada en la era industrial*, México, UNAM, 1973.

———, *Cholula. La ciudad sagrada en la era industrial*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1988, 296 p.

CÁRDENAS BARAHONA, Eyra (coord.), *50 años memoria de la ENAH*, México, INAH, 1993, 405 p.

——— (coord.), *60 años de la ENAH*, México, INAH ENAH, 1998, 484 p.

CARRASCO, David, Leonardo López Luján y Eduardo Matos Moctezuma, *Los rompimientos del centauro. Conversaciones con Eduardo Matos Moctezuma*, México, Porrúa, 2007, 173 p.

CASO, Alfonso, *Indigenismo*, México, INI, 1958, 155 p.

CAZÉS MENACHE, Daniel, “Indigenismo en México: pasado y presente” en *Historia y Sociedad*, v. 5 (1966) p. 66-84.

COHN, Deborah, “La construcción de la identidad cultural en México: nacionalismo, cosmopolitismo e infraestructura intelectual, 1945-1968” en Kristine Vanden Berghe y Maarten van Delden (eds.), *El laberinto de la solidaridad. Cultura y política en México (1910-2000)*, Amsterdam, Rodopi, p. 89-103.

COMAS, Juan, “Bosquejo histórico de la antropología en México”, en *Revista mexicana de estudios antropológicos*, n. 11 (1950), p. 95-102.

———, *La antropología física en México 1942-1959. Inventario programa de investigaciones*, México, UNAM, 1960, 66 p.

CORONADO RAMÍREZ, Rodolfo, “Antecedentes, origen y primeros años de la Escuela Nacional de Antropología e Historia” en *Anales de Antropología*, v. 27 (1990), p. 217-249.

———, “Escuela Nacional de Antropología e Historia un Proyecto: Político Académico de Estado un conocimiento a su historia 1937 – 1981”, Tesis de licenciatura en Antropología Social, México, ENAH, [1993], 540 p.

DÍAZ ARCINIEGA, Víctor, *Querrela por la cultura “revolucionaria” (1925)*, México, FCE, 1989, 206 p.

DRUCKER, Susan, “Malinowski en México” en *Anuario de Etnología y Antropología Social*, México, CEAS, v. 1, p. 18-57.

EDITORES, “Editorial”, en *Tlatoani*, n. 17 (dic. 1963), p. 3.

———, “Editorial”, en *Tlatoani*, n. 18 (ago. 1967), p. 2.

ENAH, *Anuario 1960*, México, INAH, [s.f.], 57 p.

ESPAÑA CABALLERO, Arturo, "La práctica social y el populismo nacionalista (1935-1940)" en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, 12 v., México, INAH, 1987-1988, v. 2, p. 339-437.

FAVRE, Henri, *El indigenismo*, trad. Glenn Amado Gallardo Jordán, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, 153 p.

GALI, Monserrat, “Tlatoani” en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, 12 v., México, INAH, 1987-1988, v. 9, p. 609-612.

GAMIO, Manuel, *Forjando Patria*, 2ª ed., México, Porrúa, 1960, 210 p.

GÁNDARA, Manuel, Fernando López e Ignacio Rodríguez, “Arqueología y marxismo en México” en *Boletín de Antropología Americana*, n. 11 (julio 1985), p. 5–17.

———, *La arqueología oficial mexicana, causas y efectos*, México, INAH, 1992, 294 p.

GARCÍA MOLL, Roberto, “La sociedad Mexicana de Antropología y su contribución bibliográfica” en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, n. 22 (1973), 148 p.

GARCÍA MORA, Carlos “Presentación” en Andrés Medina y Carlos García Mora (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México. (Antología de una polémica)*, 2 v., México, UNAM, 1983-1986, v. 1, p. 11-17.

——— (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, 12 v., México, INAH, 1987-1988 (Colección Biblioteca del INAH).

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, *La democracia en México*, México, Era, 1965, p. 333

GONZÁLEZ MELLO, Renato, “El régimen visual y el fin de la revolución” en Esther Acevedo (coord.), *Hacia otra historia del arte en México. La fabricación del arte nacional a debate (1920-1950)*, México, CONACULTA-CURARE, 2002, p. 275-309.

GORBACH, Frida y Carlos López Beltrán, (eds.), *Saberes locales: Ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina*, México, El Colegio de Michoacán, 2008, 401 p.

GRANADOS, Aimer, “Introducción” en Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: Redes, política, sociedad y cultura*, México, UAM-Cuajimalpa, Juan Pablos Editor, 2012, p. 9-20.

HEWITT ALCÁNTARA, Cynthia, *Boundaries and paradigms: the anthropological study of rural life in postrevolutionary Mexico*, Leiden University, 1982, 355 p.

ILLADES AGUILAR, Carlos, *Las otras ideas: estudio sobre el primer socialismo en México, 1850-1935*, México, Ediciones Era; Universidad Autónoma Metropolitana, 2008, 327 p.

———, *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México, 1968-1989*, México, Océano, 2012, 250 p.

INAH, *Cuatro décadas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, Ediciones Cuicuilco, 1982, 180 p. (Colección Cuicuilco).

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto, “Aportaciones de los antropólogos mexicanos formados en la década de los cuarenta” en INAH, *Cuatro décadas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, Ediciones Cuicuilco, 1982, p. 11-21.

JUÁREZ COSSÍO, Daniel, "El Museo Nacional de Antropología: una crónica de sus primeros 50 años" en *Maya. Coleccionismo y Patrimonio*, s.p.i., p 6.

KRAUZE, Enrique, “Cuatro Estaciones de la cultura mexicana” en *Vuelta*, v. 5, n. 60 (nov. 1981), p. 27-42.

———, “Los temples de la cultura” en *Los Intelectuales y el poder en México. Memorias de La VI Conferencia de Historiadores Mexicanos y Estadounidenses*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, University of California at Los Ángeles, UCLA Latin American Center Publications, 1991, p. 583–605.

———, *Caudillos Culturales*, México, Siglo XXI, 2000, 340 p.

KROTZ, Esteban, “Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica”, en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, 12 v., México, INAH, 1987-1988, v.1, p. 113-138.

———, *El concepto crisis en la historiografía de las ciencias antropológicas*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1992, 48 p.

——— y Ana Paula de Teresa, (eds.), *Antropología de la antropología mexicana. Instituciones y programas de formación*, v. 2, México, Red Mexicana de Instituciones de Formación de Antropólogos, UAM-I, Juan Pablos Editor, 2012, 523 p.

LÓPEZ AGUILAR, Fernando, “Los polvos de aquellos lodos. Una mirada a la formación de arqueólogos en la ENAH” en *Cuicuilco*, v. 13 n. 37 (mayo-agosto 2006), p. 149-203.

———, “Los inicios de la ENAH: 1937-1942” en Alejandro Villalobos (coord.), *Escuela Nacional de Antropología e Historia. 70 años*, México, INAH, 2011, p. 21-41.

LÓPEZ HERNÁNDEZ, Haydeé, “Nación y ciencia. Reflexiones en torno a las historias de la arqueología mexicana durante la posrevolución” en Frida Gorbach y Carlos López Beltrán (eds.), *Saberes locales: ensayos sobre la historia de la ciencia en América Latina*, México, El Colegio de Michoacán, 2008, p. 83-110.

———, *En busca del alma nacional: la construcción de la cultura madre en los estudios arqueológicos en México (1867-1942)*, Tesis de doctorado en Filosofía de la Ciencia, México, UNAM, 2010, 450 p.

———, “De la gloria prehispánica al socialismo. Las políticas indigenistas del Cardenismo”, en *Cuicuilco*, n. 57 (may.-ago. 2013), p. 47-74.

LORENZO, José Luis, “Pedro Armillas” en Teresa Rojas Rabiela (ed.), *Pedro Armillas: Vida y obra*, 2 t., México, CIESAS, INAH, 1991, t. 1, p. 15-29.

MALINOWSKI, Bronislaw y Julio de la Fuente, “La economía de un sistema de mercados en México. Un ensayo de etnografía contemporánea y cambio social en un vale mexicano” en *Acta Antropológica*, ENAH, 2ª época, v. I, n. 2, 187 p.

MARQUINA, Ignacio (coord.), *Proyecto Cholula*, México, INAH, 1970, 272 p. (Serie Investigaciones 19).

MARX, Karl, *Grundrisse: Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política 1857-1858*, tr. Wenceslao Roces, 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1985. (Obras fundamentales Karl Marx y Friedrich Engels, v. 6-7).

——— y Eric J. Hobsbawm, *Formaciones económicas precapitalistas*, 2ª ed., México, Siglo Veintiuno, 1989, 119 p. [1ª ed. 1971].

MARZAL, Manuel M., *Historia de la Antropología*, Quio-Ecuador, Abya Yala, 1996, p. 403- 458.

MASTACHE, Alba y Robert H. Cobean, “La arqueología”, en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, 12 v., México, INAH, 1987-1988, v. 5, p. 39-65.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo y Pablo López Valdez, “El Edificio No. 1 de Cholula” en Miguel Messmacher *et. al.*, *Cholula: Reporte preliminar*, México, Editorial Nueva antropología, 1967, p. 43-46, 2 láminas.

———, “Presencia de Pedro Armillas en la Arqueología Mexicana” en *Mexican Studies- Estudios Mexicanos*, v.1 n.1 (Winter 1985), p. 177-182.

———, *Las piedras negadas: de la Coatlicue al Templo Mayor*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998, p. 146.

———, "Introducción" en Felipe Solís *et. al.*, *Cholula: la gran pirámide*, México, CONACULTA, 2000, p. 15.

MEDINA HERNÁNDEZ, Andrés, “Tres puntos de referencia en el indigenismo mexicano contemporáneo”, en *Notas antropológicas*, México, UNAM, IIA, 1973, p. 19-30.

——— (comp.) *¿Existe una antropología marxista?: Escritos exploratorios*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1982, 134 p.

——— y Carlos García Mora (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México. (Antología de una polémica)*, 2 v., México, UNAM, 1983-1986, (Serie Antropología 47).

———, “Diez años decisivos [1960-1970]”, en Medina Hernández, Andrés y Carlos García Mora (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México. (Antología de una polémica)*, 2 v., México, UNAM, 1983-1986, v. 1, p. 31-34.

——— y Alfredo López Austin (eds.), *Origen y formación del estado en Mesoamérica*, México, UNAM, 1986, 197 p.

———, *Recuentos y Figuraciones: Ensayos de antropología mexicana*, México, UNAM, 1996, 287 p.

MESSMACHER, Miguel *et. al.*, *Cholula: Reporte preliminar*, México, Editorial Nueva antropología, 1967, 141 p.

———, “Los patrones de asentamiento y la arquitectura en Cholula” en Miguel Messmacher *et. al.*, *Cholula: Reporte preliminar*, México, Editorial Nueva antropología, 1967, p. 7-17, 15 láminas.

MOUNTJOY, Joseph B., "Reseña: *Proyecto Cholula*, I. Marquina (coord.)" en *American Anthropologist*, v. 74, n. 1-2 (feb. - abr. 1972), p. 123-124.

NOLASCO, Margarita y Enrique Valencia, “Problemas sociales y problemas sociológicos en la antropología aplicada”, en *América Indígena*, v. 28, n. 4 (oct. 1968) p. 323-338.

OBREGÓN, María Concepción y Pablo Yankelevich, “Cuicuilco. La historia en sus páginas” en *Historia Mexicana*, L:4, (2001), p. 853-854.

OCHOA, Lorenzo, *Quince años de la arqueología en la UNAM (1964-1978)*, México, UNAM, 1983, 139 p.

OLIVÉ NEGRETE, Julio César *La antropología mexicana*, México, Colegio Mexicano de Antropólogos, 1981, 519 p.

———, *INAH, una historia*, 2 v., México, INAH, 1995.

OLIVERA, Mercedes “Necesidad de la coordinación entre los diferentes organismos de la investigación social” en *América Indígena*, Instituto Indigenista Americano, v. 28, n. 4 (oct. 1968), p. 117-119.

———, “A 20 años. Diálogo con Guillermo Bonfil” en *Desacatos*, n. 39, (mayo-agosto 2012), p. 159- 184.

OLVERA, Ernesto, “Nuestra portada: Tzeltal de Tenango Alto de Chiapas”, fotografía de Alfonso Muñoz, en *Tlatoani*, n. 17 (dic. 1963) p. 2.

OTHÓN DE MENDIZÁBAL, Miguel, “El socialismo y la Educación” en *Obras completas*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1935, v. IV, p. 377-384.

———, “Esbozos etnográficos” en *Obras completas*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1935, v. IV, p. 154-160,

———, “La producción rural” en *Obras completas*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1935, v. IV, p. 171-277,

PALACIOS, Guillermo, "La idea oficial de la Revolución Mexicana", Tesis de maestría, El Colegio de México, 3 v., 1969.

———, "Calles y la idea oficial de la Revolución Mexicana", en *Historia Mexicana*, XXII:3 (261) (ene.-mar. 1973), p. 261-278.

———, *La pluma y el arado: los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del "problema campesino" en México, 1932-1934*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, Centro de Investigación y Docencia Económicas, División de Estudios Políticos, 1999, 261 p.

———, “Intelectuales, poder revolucionario y ciencias sociales en México (1920-1940)”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 v., Madrid-Buenos Aires, Katz Editores, 2008, v. 2, p. 583-605.

———, “Relaciones académicas entre México y Estados Unidos, 1937-1945” en Alicia Azuela y Guillermo Palacios (coords.) en *La mirada mirada: transculturalidad e imaginarios del México revolucionario, 1910-1945*, El Colegio de México, UNAM, 2009, p. 205-214.

PALERM, Ángel, “Sobre los antropólogos españoles de México desde el exilio de 1939” en *Comunidad*, v. 12, n. 51 (1977), p. 28-39.

PAZ, Octavio, “Tres ensayos sobre antropología e historia”, en *Vuelta*, n. 122, v. 11, (enero 1987), p. 9.

———, *El Laberinto de la soledad*, México, FCE, 1993, 351 p. (Colección Popular 471).

PÉREZ MONTFORT, Ricardo, “Un nacionalismo sin nación aparente. (La fabricación de los “típico” mexicano 1920-1950)” en *Política y Cultura*, n. 12 (1999), p. 177-193.

———, “Indigenismo, hispanismo y panamericanismo en la cultura popular mexicana de 1920-1940” en Roberto Blancarte (comp.), *Cultura e identidad nacional*, 2ª ed., México, FCE, CONACULTA, 2007, p. 516-577.

———, *Cotidianidades, imaginarios y contextos: Ensayos de historia y cultura en México, 1850-1950*, México, CIESAS, 2008, 532 p.

PORTAL ARIOS, María Ana y Paz Xóchitl Ramírez Sánchez, *Alteridad e identidad. Un recorrido por la historia de la antropología en México*, México, UAM-I, Juan Pablos Editor, 2010, 292 p.

POZAS H., Ricardo, “La Revista Mexicana de Literatura: territorio de la nueva élite intelectual (1955-1965)” en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 v., Madrid-Buenos Aires, Katz Editores, 2008, v. 2, p. 259-284.

REDACCIÓN, “Formas de propiedad precapitalistas. Nota de la Redacción” en *Historia y Sociedad*, n. 3 (otoño 1965), p. 1.

REDFIELD, Robert, *Tepoztlán: a Mexican Village. A study of folk Life*, Chicago: University of Chicago Press, 1930, 247 p.

———, *Yucatán: Una cultura de transición*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, 484 p

RODRÍGUEZ GARCÍA, Ignacio, “Recursos ideológicos del Estado mexicano: el caso de la arqueología” en Mechthild Rutsch (comp.), *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión*. México, Universidad Iberoamericana, Plaza y Valdés Editores e INI, 1996, p. 83-103.

RUTSCH, Mechthild (comp.), *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión*. México, Universidad Iberoamericana, Plaza y Valdés Editores e INI, 1996, 331 p.

———, *El relativismo cultural*, México, Línea, 1984, 174 p.

SANGUINO, Laurencio y Mauricio Tenorio, “Orígenes de una ciudad mexicana: Chicago y la ciencia del Mexican Problem (1900-1930)” en *Documentos de Trabajo del CIDE*, n. 47, (diciembre 2007), 51 p.

SANTOS RUIZ, Ana, “El 50 aniversario de la Revolución Mexicana: entre la continuidad y el agotamiento del discurso de la revolución permanente” en Erika Pani y Ariel Rodríguez Kuri (coords.), *Centenarios: conmemoraciones e historia oficial*, México, El Colegio de México, 2012, 437 p.

———, *Los hijos de los dioses. El grupo filosófico Hiperión y la filosofía de lo mexicano*, México, Bonilla Artigas Editores, 2015, p. 486.

SARLO, Beatriz, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica” en *Cahiers du Centre de Recherche Interuniversitaire sur les Champs Culturels en Amérique Latine, Les discours culturels dans les revues latino-américaines (1940-1970)*, 2000, p. 9-15.

SHERIDAN, Guillermo, “Entre la casa y la calle: la polémica de 1932 entre nacionalismo y cosmopolitismo literario” en Roberto Blancarte (comp.), *Cultura e identidad nacional*, 2a ed., México, FCE, CONACULTA, 2007, p. 578-624.

SODI, Demetrio "Algunas ideas de Alfonso Caso, una entrevista inédita" en *México Indígena. INI 30 años después Suplemento especial*, 1978, p. 195-198.

STAVENHAGEN, Rodolfo, “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”, *Sociología y subdesarrollo*, México, Nuestro Tiempo, 1972, p. 15-39.

TÉLLEZ ORTEGA, Javier, “La época de oro” (1940-1964)” en Carlos García Mora (coord.) *La antropología en México. Panorama histórico*, 12 v., México, INAH, 1987, v 2., p. 289-338.

TORRES BODET, Jaime “Comprender lo autóctono, para contribuir a lo Universal” en *Discursos de Jaime Torres Bodet*, México, Porrúa, 1965, p. 49-52.

———, Jaime, *Memorias. La tierra prometida*, México, Porrúa, 1972, 469 p.

URÍAS HORCASITAS, Beatriz, “Las ciencias sociales en la encrucijada del poder: Manuel Gamio (1920-1940)” en *Revista Mexicana de Sociología*, v. 64, n. 3 (jul.-sept., 2002), p. 93-121.

———, *Historias secretas del racismo en México, 1920-1950*, México, Tusquets Editores, 2007, 264 p.

VALENCIA, Enrique, “Nuestra portada” en *Tlatoani*, n. 13 (ago. 1960) p. 2.

———, “Ponencia del Maestro Enrique Valencia” en INAH, *Cuatro décadas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, Ediciones Cuicuilco, 1982, p. 54-56.

VAUGHAN, Mary Kay, *La política cultural de la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México. 1930-1940*, México, FCE, 1997, 405 p.

VÁZQUEZ LEÓN, Luis, "Ricardo Pozas Arciniega" en Carlos García Mora (coord.) *La antropología en México. Panorama histórico*, 12 v., México, INAH, 1987-1988, v. 11, p. 233-253.

———, “Ángel Palerm y la institucionalización de la antropología social en México” en *Alteridades*, v.8, n. 15 (enero-junio 1998), p. 167-184.

———, “La historiografía antropológica contemporánea en México”, en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, 12 v., México, INAH, 1987-1988, v. 1, p. 139-212.

———, “La práctica de la antropología social durante el cardenismo”, en *Cuicuilco*, n. 5, 1ª época (1982), p. 8-17.

———, *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*, México, CIESAS, Miguel Ángel Porrúa, 2003, 385 p.

VILLALOBOS NÁJERA, Hugo y Rodolfo Coronado Ramírez, “Escuela Nacional de Antropología e Historia” en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, 12 v., México, INAH, 1987-1888. (Colección Biblioteca del INAH).

VILLALOBOS PÉREZ, Alejandro (coord.), *ENAH: 70 años*, CONACYT, INAH, ENAH, 2011, 316 p.

VILLORO, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, 3ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1996. 303 p.

VV.AA, “INI 30 años después: Revisión Crítica. Número especial de aniversario”, *México Indígena*, 1978, 400 p.

WARMAN, Arturo, “Comentario I” en *Anuario Indigenista*, v. XXX (Diciembre 1970), p. 85-86. [Ponencia presentada en el XXXIX Congreso Internacional de Americanistas: Problemas étnicos en la sociedad contemporánea. Comentario a la ponencia Agustín Romano Delgado “¿Nueva tendencia ideológica en la Antropología Mexicana?”].

———, “Todos santos y todos difuntos” en Arturo Warman *et al.*, *De eso que llaman antropología mexicana*, México, Nuestro Tiempo, 1970, p. 9-38.

———, Guillermo Bonfil, Margarita Nolasco, Mercedes Olivera, Enrique Valencia, *De eso que llaman antropología mexicana*, México, Nuestro Tiempo, 1970, 153 p. (Colección La Cultura al Pueblo).

ZAPATA, Francisco “Rodolfo Stavenhagen. Siete tesis equivocadas sobre América Latina” en Carlos Illades y Rodolfo Suárez (coords.), *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*, México, UAM-I, UAM-C, 2012, p. 307-326.